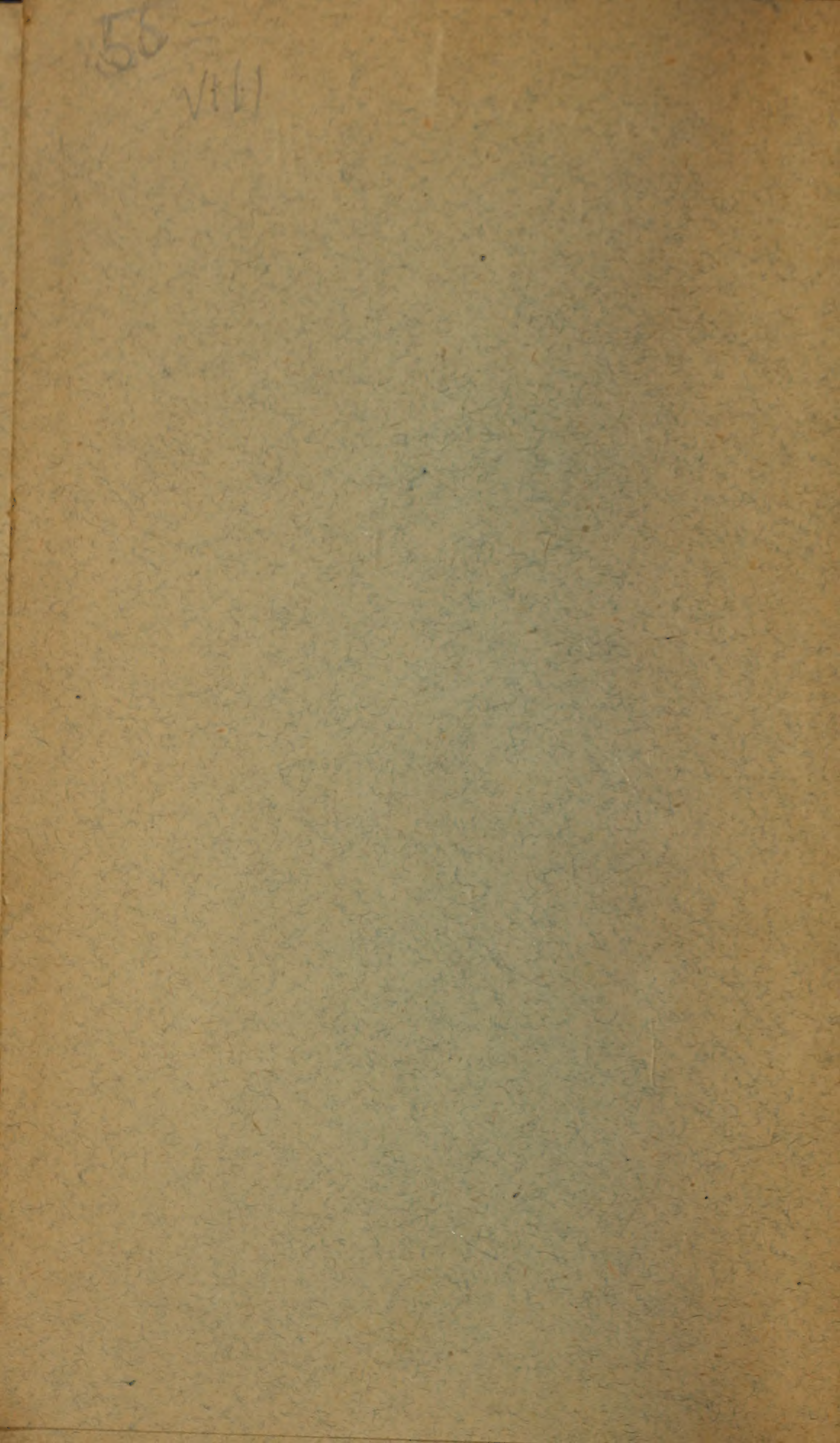
J. V. González

MIS MONTAÑAS

Librería "La Facultad"



Mis montañas

3222

Joaquín V. González

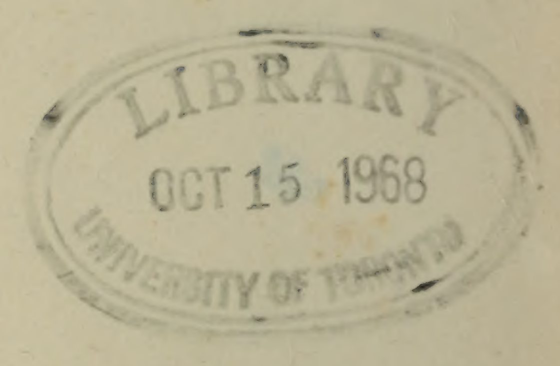
Mis montañas

TERCERA EDICIÓN



BUENOS AIRES

Librería «La Facultad», Juan Roldán
436—FLORIDA—436
1914


LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

ÍNDICE

Buenos Aires, Abril 5 de 1892.

Señor D. Joaquín V. González.

Mi distinguido amigo:

Empresas materiales en que el patriotismo anda de por medio, tal como lo entiendo en estos penosos días, me tienen alejado de las letras, con sentimiento mío y por cumplir deberes que considero ineludibles cuando su cumplimiento sólo depende del esfuerzo personal. Sabe Vd. que mi venida á la Capital ha sido por breve tiempo, por lo cual no le sorprenderá que con estas líneas le envíe mi despedida.

En la corta holganza que entre ustedes me he dado, no había de perder tan agradables horas en los clubs políticos, porque la POLÍTICA, *tomada así como en-*

tre nosotros se usa, no diré que me produce repugnancia, pero sí amarga zozobra, temor vago de que tanto discurso donde la metáfora vulgar huele á pólvora gruesa, á pólvora de fusil, nos precipite al cabo por el sendero harto conocido de las desgracias nacionales.

Por esta razón he preferido emplear las horas de descanso leyendo algo literario, de producción nuestra; y así he leído MIS MONTAÑAS.

En mi último viaje por la vía de Buenos Aires y Rosario, gozábame en la contemplación de esos campos admirables, cubiertos de maíz en sazón, que hombres, mujeres y niños cosechaban en pintorescas cuadrillas; de esos trozos de pampa virgen, con olor á trébol húmedo, que pintan y hermosean ganados multicolores; de la audaz chimenea de las fábricas que arroja cerca de las nubes blancas el humo negro del carbón de piedra; de mi Paraná querido, del río de las graciosas curvas y sorprendentes majestades, asomándose riente y azul por las quebradas, removido á trechos por las naves de vapor, conductoras de nuestros frutos, de los trigos de Santa-Fe y En-

tre-Ríos, de las maderas de Corrientes, del Chaco y Misiones, y llevando á la vez en el manso raudal, como con cariño paterno, la canoa del ISLERO, *repleta de leña para nuestros hogares, y sobre la leña brillando al sol, el hacha fuerte y limpia del trabajo honrado.*

En tal estado de ánimo y con tal copia de imágenes risueñas, que son hermosas realidades, antes de prestar atención á cosa alguna que pudiera afearlas ó suprimirlas, me he engolfado en las montañas de usted, que no por suyas dejan á la vez de ser muy mías, como argentinas, y de las cuales no pienso cederle una sola piedra sin que antes me reconozca el condominio y el perfecto derecho que tengo para amarlas como Vd. las ama.

De que Vd. haya llamado MIS MONTAÑAS *á las nuestras, tendría yo grandísimos celos si no fuera cierta consideración que no puedo honradamente ocultar y debo decir con llaneza. La propiedad artística de la cordillera argentina pertenece á Vd. de hoy para siempre, como la de la llanura al poeta de* LA CAUTIVA. *Así, pues, como escritor nacional (lo de es-*

critor va por mi cuenta), me pongo de pie y me saco el sombrero para saludar en MIS MONTAÑAS *el advenimiento de los Andes á la literatura patria.*

¡Salud al Famatina y al Aconcagua! ¡Bienvenida sea la musa montañesa á hacerse conocer de los porteños, á caer en brazos de su hermana, la de las Pampas, hija de Echeverría y dueña única hasta ahora del arte naciente en nuestra tierra! ¡Qué joven, qué fresca, qué hermosa es esta muchacha que la Rioja nos envía, un tanto desgreñada, un tanto salvaje, pletórica de sangre juvenil, perfumada en el azahar riojano y en la flor del aire de la Sierra Velazco! ¡Osculo de amor y paz sellamos en tu frente, morocha de nuestras montañas, desconocida aún, pero amada y presentida largo tiempo!

Como llevado de la mano y en tan graciosa compañía, he recorrido valles, altiplanicies, selvas dantescas, ásperas quebradas, cimas y abismos: un conjunto solemne, bravío las más veces, que pone alas al espíritu y lo empuja al vuelo con tenacidad imperiosa, gritándole siempre: ¡más alto, más alto, hasta las nieves eternas! Pero la majestad andina, que arre-

bata los ojos y el alma en ascensión gloriosa y doliente, no quita que allá, en un vallecito oculto, un hilo de agua caiga sin ruido, bañando el peñasco inmediato, gire envolviéndose á un trozo de mármol, se devane en hebras lúcidas, se reuna en pequeño lago y repose entre azucenas como los cabritillos del Cantar de los Cantares.

Así, gigantesca y ruda, sonriente y delicada, es la naturaleza de los Andes, y así está en el libro de Vd. Desde las primeras páginas se advierte un sentimiento religioso, no precisamente místico, sino semejante á aquel que embarga potencias y sentidos al penetrar al templo donde balbucimos la primera oración al lado de nuestra madre; y es que el sentimiento de la naturaleza no se revela en MIS MONTAÑAS *sólo por el empeño de hacer visible el color, la línea ó los fenómenos naturales, como acontece en Humboldt, Saint-Pierre, Wordsworth y Gutiérrez González, sino más bien á la manera de Chateaubriand en las mejores páginas de* EL GENIO DEL CRISTIANISMO *y de Longfellow en la* EVANGELINA.

Por cierta beatitud visible en sus

obras, diría yo de Vd., si no conociera su origen, que algo de los puritanos circula por su sangre, ó por lo menos, que esa especie de panteísmo que raya en lo místico, nada tiene que ver con Parménides y Zenón de Elea ni menos con Spinosa, y sí mucho con los pocos artistas que han sentido á América hondamente y dejádose arrebatar por su hermosura.

Debe notarse, además, que la pasión por la naturaleza que circundó su cuna, no es sólo religiosa, sino también elegíaca. Fuera de que es propio de los grandes paisajes cierta melancolía inefable, hay en V. causas personalísimas para que esa nota suene en su obra con singular intensidad. Bastaría leer el capítulo VI, EL HUACO, *para explicarse la ternura, la tristeza, y hasta el sollozo comprimido y próximo á estallar en algunos pasajes de* MIS MONTAÑAS. *Por mi parte confieso que pocos trozos literarios me han impresionado tanto como* EL HUACO. *Ese hogar desolado, batido por el caudillaje, sin más defensa que los brazos* COMO GAJOS DE ALGARROBO *de un negro anciano, los rezos de la familia en la capilla paterna á la luz de un candil y las*

lágrimas de una santa madre, es la síntesis de una época argentina. La misma alegría de los niños en sus paseos por las montañas, asaltando colmenas salvajes y haciéndose pedazos los vestidos en procura de frutas silvestres, sirve por el contraste para hacer más desoladas las angustias maternas, y hace presentir el comienzo de una odisea, que se produce al fin y arroja á la inerme familia al recinto de la Capital, al terror, á la dispersión, tal vez á la muerte.

Sarmiento ha pintado en RECUERDOS DE PROVINCIA, *un cuadro de hogar que es justamente famoso, porque, sin quererlo, ha resumido en él el espíritu revolucionario de la independencia en pugna con el coloniaje, la lid de América joven con la vieja y noble España; y Vd., acaso con la misma inconsciencia, ha hecho de* EL HUACO *el símbolo de los tiempos que siguieron inmediatamente, de barbarie, duelo y sangre, que aun no han terminado aunque se dé por extirpado el caudillaje, porque la barbarie no ha* muerto ni la virtud cívica ha nacido.

Felizmente, y como para borrar la impresión de estos recuerdos y verdades,

hay en Mis montañas *páginas de agradable esparcimiento y novedoso atractivo. De lo más singular y tierno, es* El Niño alcalde, *seguido de la procesión encabezada por un* Inca. *Eso de hacer alcalde universal al Niño Jesús, precedido por la sombra irrisoria del Inca, prueba que la Biblia de Valverde, tan á destiempo ofrecida, como gallardamente arrojada por Atahualpa, hizo su camino en el corazón ó más bien en la fantasía de la raza conquistada, pero gracias al violín y la elocuencia de San Francisco Solano y á las rosas místicas de la Virgen de Lima.*

La verdad sea dicha: ni los españoles ni nosotros hemos hecho del indio cosa que valga ni para la sociedad ni para el arte. El pucará ó fortificación incásica, ha sido derribado para siempre, y ni las defensas trogloditas, vivamente pintadas en el capítulo II, llegan á interesarnos, sino acaso el rodar de los peñascos por las faldas, y eso por las maravillas del Eco, divinidad griega. Sucede que para nosotros hay falta de interés esencial en el elemento indígena. Sus creencias, costumbres y tradiciones, son de tal modo

diversas de las nuestras, tan exóticas nos parecen y, lo diré claro, tan bárbaras, que no existe quien soporte de buen grado un trozo de elocuencia araucana, así lo parlen Caupolicán ó Lautaro.

Mejor estamos con los mestizos, porque al fin algo nuestro deben de tener, y sin duda por eso me ha interesado su indio PANTA, *músico de las procesiones y bailes, héroe popular, decidor y bullanguero.* EL SOLO VALÍA LA FELICIDAD DE SU PUEBLO, *dice usted, y esta frase lo pinta de los pies á la cabeza. Dió en ofrenda á la Virgen de la aldea la caja ó tambor de sus triunfos, hecho por sus manos; y en defensa de los suyos, voló á la lid y murió por la patria... Mestizos como él nos dé la tierra muchos y seremos argentinos de veras.*

Obedeciendo quizás á una fuerza extraña á mi naturaleza ó á despótica sugestión, he ensalzado alguna vez al progreso, á esa evolución más ó menos rápida que va concluyendo con el pasado y arrastrándonos á un porvenir que será grande y próspero, así lo deseo, pero nunca tan interesante como aquél, ni tan rico para el arte, ni tan característico y

genuino para la personalidad nacional. Desgraciadamente la electricidad y el vapor, aunque cómodos y útiles, llevan en sí un cosmopolitismo irresistible, una potencia igualitaria de pueblos, razas y costumbres, que después de cerrar toda fuente de belleza, concluirá por abrir cauce á lo monótono y vulgar.

LA TRADICIÓN NACIONAL, *donde el patriotismo de Vd. reventó en llamarada férvida, es riquísimo estuche que salvará para los venideros el oro de más quilates del tesoro argentino y ahora en* MIS MONTAÑAS *pone á buen recaudo otra no escasa parte de él, en sus pinturas de la familia patriarcal, de las faenas agrícolas y pastoriles, de las hazañas legendarias, de las costumbres y supersticiones populares.*

Por eso, aunque he cantado al progreso en algún momento de extravío, aplaudo sin reservas el capítulo X y siguiente, y no ocultaré á Vd. que me encuentro á mis anchas entre la familia solariega, bíblica por la sencillez de las costumbres, como si por allí anduvieran Ruth y Noemi, y que renegaría de la civilización MODERNA *si ella me apartara de aquellos bai-*

les bajo el tala, de aquellos paseos y hasta de aquel garrote de membrillo del Coronel Dávila en reñida escaramuza con sus netezuelos.

Si mi hogar no fuera tan feliz cuanto cabe serlo en lo humano, si careciera de santuario y adoraciones íntimas, ¡cuán envidioso estaría del payador del capítulo XIII, dueño del corazón de la más criolla de las morochas! La misma lira griega que, al decir de Guido Spano y Calixto Oyuela, ha caído en mis manos de no sé dónde, no puede consolarme de la ausencia de aquella guitarra que el CANTOR abandona en las faldas de su prenda, y más cuando Vd. nos dice que la niña se entró á su rancho hiriendo las cuerdas con las puntas de los dedos COMO LLAMANDO LA CANCIÓN AUSENTE.

Hace Vd. bien de hablarnos más adelante, para alejar tentaciones pecaminosas, del batalloncito escolar vestido de azul y blanco, QUE PARECÍA UNA BANDERA DESPLEGADA, cantando el HIMNO bajo el sol de Mayo, que surge de la sierra Velazco y arroja al Famatina diadema digna de su frente; de entretenernos con la chaya ó carnaval riojano; con el éxodo

de todo un pueblo en busca de algarroba, charque de guanaco y plumas de avestruz; y de borrar hasta la posibilidad del idilio, describiendo con vigoroso realismo borracheras inauditas entre indios degenerados y mestizos peores.

Empero, ni tantos ni tan originales cuadros, ni la pintura del Famatina, donde usted derrocha en formas, colores y luces cuanto la imaginación concibe y soporta la mirada, ni las escenas de la nieve en la aldea con el detalle de los niños y las aves entumecidas, ni los cuentos de mamá Leonita y su mitología de la montaña, ni la leyenda del Crespín, ni la delicada flor-del-aire, han dejado en mi espíritu la profunda impresión del capítulo XIX: EL CÓNDOR.

Hacer del buitre de los Andes el símbolo de la patria no es imaginar nada nuevo para el arte americano; pero hacerlo como usted lo ha hecho, con inspiración tan potente, con sentimiento tan entrañable, con tan soberbia y trascendental grandeza, es crear definitivamente aquello que otros esbozaron, incluso el mismo Andrade en su NIDO DE CÓNDORES. *Solemne, áspero á veces, como la*

voz de los antiguos profetas, ha retumbado en mi alma ese magnífico canto, á tiempo y con habilidad artística acallado cuando el símbolo deja de ser tal para trocarse en el buitre carnicero, harto de sangre y entrañas, y baja á ser realidad repugnante el que fué ideal glorioso en los cielos argentinos.

Hecho este elogio, que á algunos parecerá hiperbólico, pero que vive y arde en mi conciencia y es convicción en ella, voy á ocuparme de la obra de Vd. en conjunto y de la importancia que para mí tiene la novedad literaria de hablar entre nosotros de montañas SENTIDAS *desde la infancia, trepadas una y otra vez del valle á la cumbre, con accidentes propios, locales, inconfundibles.*

Dos ilustres argentinos, Sarmiento y Andrade, nos han hablado de esos portentos, de cumbres y abismos, pero sin sentirlos individualmente, sin detenerse en sus peculiaridades, el primero porque aunque los vió, no supo amarlos ó prefirió los llanos donde se desarrollaron las escenas dramáticas de CIVILIZACIÓN Y BARBARIE; *y el segundo, Andrade, porque aunque es llamado con justicia el*

poeta de las cumbres, por la alteza de su vuelo, nunca llegó á ser POETA NACIONAL, *en el íntimo sentido de la frase. Así, quiso cantar á San Martín y cantó á Bolívar, ó cualquier otro guerrero de su índole; intentó pintar los Andes, y dibujó el Monte Blanco, el Cenis ó el Chimborazo, un monte cualquiera, pero ninguno especial, determinado.*

Sienta mal al arte esa manera vaga de diseñar las formas, porque precisamente el arte vive de ellas, de lo individual, de lo observado con amor y expresado con entusiasmo. Andrade, por lo general, producía no sentida sino imaginadamente. Así se explica cómo queriendo pintar con grandilocuencia un nido de cóndores, empequeñeció la imagen colgándonos del peñasco andino un bonito nido de boyeros:

Que el viento de las cumbres balancea
Como un pendón flotante.

Esta falta de verdad ó ae honradez artística, es común en la literatura americana, y ha dañado y daña más de lo que pudiera creerse nuestra producción lite-

raria. Ejemplo (en cuanto á la naturaleza se refiere), el falsísimo TABARÉ *de Zorrilla de San Martín. Si queremos tener arte propio, arte genuino, dejemos de lado semejantes mentiras, indignas de la belleza de nuestro suelo.*

Como conozco en parte los Andes riojanos; como en compañía de Vd. mismo se me agigantó el alma y se me asustaron los ojos en presencia del Famatina, pintado en MIS MONTAÑAS *con opulencia digna del coloso; como aunque en rápido viaje he visitado esas serranías, doy fe de que la obra de Vd. es sincera, de que sus bellezas no son atavíos retóricos, sino verdad verdadera, ofrecida por primera vez á la admiración de los hijos de la llanura.*

Repito que en las letras nacionales MIS MONTAÑAS *es la Musa bienvenida como portadora de elementos nuevos para un arte naciente y ya raquítico, no por falta de savia juvenil (que nuestra Pampa bastaría para dársela vigorosa), sino por la maldita debilidad de la imitación europea, de que no nos curaremos fácilmente mientras el espíritu no arda en la llama fecunda del patriotismo.*

Así en el autor de La Tradición Nacional, *como en su última obra, aunque en ésta en menor grado, han hallado los críticos oficiosos cierto lujo ó brillantez excesiva en el estilo, cierto relampagueo perjudicial al paisaje, cierta floración que oculta en demasía el verde de la planta; en una palabra, dicen de Vd. que es muy rico, y se alegran de ello, pero táchanle de pródigo y le censuran. Francamente, pienso que estos críticos tienen razón, y aún creo haber sido uno de ellos en nuestras tertulias íntimas. Esto de tacharlo á uno de rico ó exuberante, me parece agradable tacha.*

Con echar llave al tesoro ó tomar la podadera á tiempo, asunto concluído.

Tendencia propia de quien no acierta á dar un paso sin ayuda ajena, es la de buscar á cada uno de nuestros escritores su maestro allende el Océano. A Vd., como á todos, le han buscado su homónimo ó congénere, pero no han dado con él, felizmente, aunque he oído enumerar, á propósito del estilo y tendencias de las obras de Vd., cuanto escritor y escritorzuelo escribe actualmente en idioma extranjero (eso sí, no ha de ser en castellano), especialmente en francés.

En cuanto á este punto, pienso que las tendencias y estilo de Vd. son propios, personalísimos, pero si mucho me apuran los buscadores de modelos, pronunciaré, no sin vacilaciones, sólo dos nombres: Lamartine y Mistral.

Tiene Vd., como Lamartine (sin que esto suponga comparación con el viejo maestro), amor á las blandicias del buen decir, cariño por la frase perfumada en mosqueta silvestre, bañada en el agua de los torrentes; y si no las supremas energías, un tanto artificiales, de LOS GIRONDINOS, *cierto rumor de despeñadero andino, cierto rebotar de peñasco en la falda granítica. Lamartine, por otra parte, era un pensador á su modo, y Vd. lo es también, aunque más sincero, quizá porque actúa en un medio menos apasionado y vario, ó tal vez (y aquí puede estar la verdad) porque Vd. ama á su patria con intensidad mayor que el gran poeta francés amó á la suya.*

Esa pasión por la tierra argentina es la nota predominante en las obras de Vd., y por esta sola condición, sin contar excelencias literarias, las pondría yo sobre el corazón como cosa digna de ser amada y aplaudida por todos.

He nombrado de paso al autor de MIREYA, *conjuntamente con Lamartine, debido á que en* LA TRADICIÓN NACIONAL, *como en* MIS MONTAÑAS, *el recuerdo del poeta provenzal, seguramente sin que usted lo sospeche, me ha ocurrido con frecuencia. En* LA TRADICIÓN, *el diablo, la* SALAMANCA, *las brujas y demás supersticiones criollas, tal como Vd. las evoca y pinta; y en* MIS MONTAÑAS, *la cosecha de la algarroba, los bailes y tipos populares, las ceremonias religiosas, los recuerdos de la epopeya, todo mezclado, nuevo, palpitante, me trae como reminiscencias del hermoso poema de Mistral.*

No es que haya imitación, ni siquiera semejanza notable; es que, simplemente, la naturaleza es hija del mismo sol en la redondez de la tierra, y los artistas sinceros y de talento se dan la mano, aun sin sospecharlo, á través de todos los tiempos y distancias.

Basta con lo que dejo expresado para significar la estima en que tengo las obras de Vd., especialmente la que es objeto de esta carta; y en cuanto á sus cualidades de escritor y á la importancia de su labor literaria, si LA TRADICIÓN NA-

CIONAL *fué equiparada por el general Mitre al* FACUNDO *de Sarmiento, creo que Vd., por* MIS MONTAÑAS, *debe ser llamado el Echeverría de los Andes, ornando así con su flor-del-aire los cabellos de* LA CAUTIVA.

De Vd. afmo. amigo,

Rafael Obligado

MIS MONTAÑAS

I

CUADROS DE LA MONTAÑA

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de esas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad.

Los recuerdos de infancia, y la poesía de las regiones de portentosa belleza donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba, en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las cuales cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y

dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres, los desencantos del patriotismo inexperto y las infidencias de las amistades prematuras.

Para eso, y para rendir este nuevo tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo á la literatura patria un rincón humilde para estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en Marzo de 1890, un viaje al interior de la Sierra de Velazco.

Esta anuncia ya con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan á formar diademas, la gran cordillera de los Andes. Son esas montañas, inagotables á la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico ó de la naturaleza, del hombre culto ó del indígena extinguido. Sus huellas están frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habitación y en la fortaleza, en los usos y en los festivales de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, á quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción de granito: todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra,

en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol. Enormes masas de piedra cuya altura aumenta á medida que se avanza, lo flanquean por ambos lados; y así, por largo espacio, parece aquella hendedura la selva que poblada de tan raras bestias, extravió al poeta del «infierno».

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha inconsciente sobre la mula por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que al aproximarse en la obscuridad se asemejan á espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente á su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡ Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡ Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura en la profunda noche! El torrente que salta entre las piedras, los gajos que se chocan entre sí, las hojas que silban, los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan á lo le-

jos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe á cada instante el seco golpe de su guardamonte de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante á la nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas, es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cantos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio severo en los demás objetos que pueblan la selva; porque en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

Los acordes estruendosos, los crescendos colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en la melodía dulcísima y suave, casi soñolienta, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio, que des-

plegando blancos tules cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares. Alzando los ojos á las cimas, pueden distinguirse, sobre el fondo límpido del cielo, los contornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones ó cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales.

La imaginación se puebla de idealizaciones sonrientes, suaviza las curvas del dorso granítico, da formas humanas á los rudos contornos de la piedra, ve deslizarse por las laderas, iluminadas como la tela de un cuadro, fantasmas de mujeres luminosas que pasan, como la novia de Hamlet, deshojando coronas de flores silvestres; y aplícase el oído para percibir el canto melancólico perdido en las alturas. El torrente resplandece al quebrarse entre los peñascos, y los juegos de luz dejan ver las blandas ondulaciones de formas femeninas, como de mármoles diáfanos y animados, y aparecen y se desvanecen como visiones entre las grietas y los arbustos. Risas cadenciosas surgen de aquellos baños fantásticos, gritos infantiles, arrancados por el contacto de una hoja con la carne tersa y transparente de las vírgenes que juegan entre las espumas.

Hemos gozado los dos espectáculos de la sombra y de la luz, y la transición vale por

sí misma la más sublime de las sensaciones. La caravana que al caer la tarde se internó bulliciosa en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló los accidentes del camino; y entonces, alineados de uno en uno, caminábamos por entre la selva que desde entonces llamó la Selva Obscura. Luego, á medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras, y forma con las inferiores, sumergidas aún en la obscuridad, el más notable de los contrastes que ningún pincel podría trasladar al lienzo. Los abismos que costean la calzada dejan ver poco á poco sus senos profundos, hasta que la luz plena del cenit muestra muy abajo de nuestros pies, deslizándose en curvas indefinibles, el torrente que socava sin reposo la base del granito.

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas, desde el temor supersticioso hasta la suave sensación de un sueño paradisíaco; y de súbito vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle casi circular, á donde tienen acceso todas las vertientes de las serranías que lo circundan. El cielo se muestra en toda su plenitud y esplendidez, y como salidos de una galería subterránea, aspiramos con avi-

dez el aire pleno, paseamos con loca libertad la mirada y nos lanzamos al galope, como escapados de una cárcel. Es el valle donde los calchaquíes tuvieron su fuerte avanzado sobre la llanura, el Pucará, que corona un pico casi aislado en medio de la planicie, y situado de manera tan estratégica como pudiera imaginarla el más experto de los guerreros. Sobre aquella atalaya que domina los cuatro vientos, divisando á distancias inmensurables, he meditado tristemente sobre los destinos de las razas, sobre la evolución del espíritu humano tras de su porvenir desconocido, y he visto desplegarse, á través de sombras dolorosas, la bandera de mi patria en muy lejanas regiones...

II

EL PUCARÁ

Garcilaso Inca, Montesinos, Herrera y Cieza de León, nos cuentan que los quichúas llevaron muy adelante el arte de las fortificaciones y calzadas, y el sabio Wiener ha hecho la luz plena sobre sus construcciones. Gloria es del gran Tupac Yupanqui, el unificador del imperio Tahuantinsuyo, el haber extendido sus armas y su cultura hasta estas remotas regiones, trayendo la conquista metódica y dejando en cada pueblo conquistado las señales imborrables de su dominio. Los Huacos eran sus centros estratégicos; los Pucaraes sus fortalezas inexpugnables. Ignoran los más ancianos de la comarca qué nombre tuvo éste, tan admirablemente elegido y fortificado; pero los restos existentes atestiguan que fué de los más perfectos.

Convergen á aquel valle, encerrado por un círculo de altísimas cumbres, cinco diferentes caminos por donde tenían acceso los

pueblos del Occidente, del Norte, del Sud, del Este y del Sudeste. El cerro se levanta casi aislado y en forma cónica, perfecta á distancia; y desde la cima se divisan horizontes tan apartados, que puede verse con claridad todo indicio de aproximación de viajeros. Era imposible una sorpresa en tan magnífica atalaya. La nube de polvo, la repercusión del eco, el vuelo de las grandes aves y la rectitud de las quebradas, advierten á la guardia la proximidad del peligro: y ya se encuentra parapetada y lista para la defensa.

El camino hacia la cumbre está señalado por grupos de cinco piedras, colocadas á largos intervalos, y siempre en la misma disposición. A los dos tercios de la altura, una gruesa *pirca,* muralla de piedras superpuestas, pero levantada á plomo, rodea como un cinturón toda la extensión del macizo. Una caladura cuadrada facilita el paso, y otras más vastas, pero ocultas, dan salida á las crecientes de la altura. Siguiendo la difícil ascensión, aquella punta aguda, vista desde el llano, es ya una gran planicie en la cumbre, donde pueden permanecer cómodamente y combatir mil soldados, incluyendo los locales suficientes para las tiendas de los jefes, marcadas todavía por cimientos circulares, separadas unas de otras

por cortos espacios y alineadas en el dorso del cerro.

Una muralla más alta y más gruesa que la inferior, tras la cual puede ocultarse hasta el cuello un hombre de pie, corona la cima en toda su longitud, como la *huincha* que sujetaba los cabellos de las mujeres indígenas y fué también el distintivo de los caciques. Tras de aquellas murallas se acumulaban montones de piedra para derrumbarlas sobre los invasores mientras llevaban el asalto, y ocultos casi por entero, lanzaban inpunemente la lluvia de flechas y piedras, con la honda legendaria que arroja sus proyectiles con la fuerza de un arma de fuego.

Pero nada hay tan aterrador y atractivo á la vez como aquellas enormes rocas, lanzadas desde la cumbre por la ladera. Al desprenderse del quicio secular, se siente un raro estremecimiento de la base, como si se le arrancara un pedazo de entraña; y empujadas al abismo, dan las primeras vueltas con lentitud; pero apenas han encontrado el vacío y han chocado con otras enclavadas á mayor hondura, rebotan con fuerza extraordinaria, como expulsadas del fondo de un cráter, y van á caer más abajo, llevando pedazos de la montaña que derrumban á su vez, para rebotar de nuevo arrastrando á su paso los más robustos árboles

y los cardones centenarios, hasta convertirse en un ventisquero de piedra que hace estremecer la comarca. Una densa polvareda cubre los senos del precipicio por largos instantes, y cuando el polvo se ha desvanecido y pueden distinguirse los objetos, no se encuentra sino una mezcla informe de árboles y fragmentos de rocas, sepultados en el fondo del abismo. Y si se tiene en cuenta que esta operación era simultáneamente ejecutada por una centena de esos artilleros primitivos, sobre la atrevida legión que se dirige al asalto, ya se imaginará cuán terribles estragos sembraban en sus filas.

Este admirable Pucará, que hoy los naturales llaman «el corral de los incas», sin darse cuenta de su verdadero objeto, es tal vez el modelo más perfecto que llegó á idear la estrategia de aquellos batalladores que disputaron su dominio hasta caer exterminados.

Su situación que lo oculta y lo defiende á la vez; sus escondidos senderos, la aspereza de las rocas y los árboles del camino que le da acceso; su posición en el centro de una serie de avenidas que buscan su única salida por ese valle, y la proximidad al Huaco y á la población indígena de Sanagasta—verdaderas avanzadas de la conquista incásica—le dan á los ojos del observa-

dor la más alta importancia como elemento de criterio histórico, y para conocer por análisis todo el sistema militar de aquellos emperadores que supieron imponer su ley á los cuatro vientos (1).

No podía el invasor castellano poner en juego sus artes, en medio de aquella naturaleza erizada de peligros y generadora de fenómenos tan imponentes.

Cada curva del camino presenta una sorpresa, y su paso sigiloso es delatado por el huanaco que duerme rodeado de la tropilla tras de una roca; él da la señal de alarma, estentórea, estridente, aguda como un clarín guerrero; y su relincho es repetido á muy remotos valles, por el eco delator y sensible, aumentado y afinado á medida que la onda se aleja.

Es imposible el silencio; el eco de las montañas es la nota, la armonía que vive latente en su seno como en un arpa gigantesca; el aire que frota á la peña enhiesta arranca el sonido musical; la falda vecina lo recoge con caricia, y robustecido lo des-

(1) Casi un año después de escrita esta breve reseña, apareció en los «Anales del Museo de La Plata», notable publicación que dirige el doctor don Francisco P. Moreno, un estudio de don Bernardo Lange con el título de *Las ruinas de la fortaleza del Pucará*. Con muy pequeñas diferencias pueden aplicarse sus descripciones, vistas, croquis, planos y detalle gráficos, al Pucará, del cual nos ocupamos.

pide á su vez; diríase que aquellas moles de ruda apariencia, á lo lejos semejantes á tormentas que se levantasen amenazadoras, negras, silenciosas, para estallar sobre nuestras cabezas, tuvieran un alma difundida por las grutas, los intersticios, las cuevas, los nidos y los árboles. El eco es su voz. Él modula y expresa todos los tonos: el canto triste del pastor que habla á solas con la inmensidad, el ruido terrorífico de la mole desprendida de su quicio, los gritos destemplados del combate y los alardes estruendosos de la victoria.

Todo eso y cuanto en la creación tiene un sonido, se escucha y se sabe más allá, y más allá, de manera que no hay silencio tan inquieto como aquel solemne silencio de las montañas, donde el vuelo de un ave alarma todos los nidos, las guaridas y las viviendas.

Encima de una cumbre solitaria, sin indicio de morada humana, y como nacido de la piedra, se ve un indio sentado, con la vista fija en el sol poniente, ó por la noche en esas vagas claridades, que son como fosforescencias de la noche misma. De pronto se yergue para mirar con ojos de águila el fondo del abismo, ó ya aplica el oído á las rocas como para escuchar un ruido subterráneo. Allí está, inmóvil, quemándose con el sol, azotándose con el viento, sobresaltado,

nervioso, inquieto; la noche ha llegado, las estrellas comienzan á aparecer en el fondo obscuro como las hogueras en un campamento lejano, y el aire á traer consigo todos los rumores de la llanura y de la montaña. El indio se levanta de súbito, da un salto, inverosímil hacia abajo, y otro salto y otro más, y haciendo rodar las piedras bajo las pisadas de la *usuta* invulnerable, se aleja por sendas desconocidas, en carrera fantástica como de espíritu siniestro.

Es el centinela avanzado á enormes distancias del campamento; tiene los secretos de la montaña, conoce la voz y el significado de los ruidos que vagan de día y de noche, como extraviados entre las quebradas, y sabe correr por las laderas y los precipicios aun en medio de las tinieblas. ¡Ha escuchado el rumor que anuncia la aproximación del enemigo, y rápido como una flecha, por sendas sólo de él conocidas, corre al Pucará á dar la señal de alarma, la terrible señal, la de la esclavitud y la muerte de su raza!

Ya le esperaban ansiosos los caciques, apiñados en un balcón de granito que la naturaleza formó; ya le esperaban; sus pechos de piedra y sus músculos de fierro se agitan y se estremecen á la vez, con coraje y terror nunca sentidos; sus ojos brillan so-

bre el abismo lóbrego como si fueran de fieras, con destellos rojizos; sondean las quebradas, las laderas y las cumbres, hasta que un silbido lejano y agudo hiela sus carnes y arranca un rugido:—«¡ Él es! ¡ es la señal!»—se dicen todos. El centinela ya vuelve; pero antes de llegar ha dado el terrible anuncio.

¡ A las armas! ¡ Es el último combate, es lo desconocido, es lo pavoroso! Pero ya están las trincheras repletas de soldados; montañas de proyectiles de granito, como las balas apiñadas al lado de un cañón, están dispuestas para rodar al fondo y detener el paso de los extraños enemigos, quienesquiera que sean. ¡ Estos nuevos titanes no escalarán la cumbre; allí está hirviendo el rayo fulminador de una raza heroica que defiende el hogar primitivo, las tumbas, los huesos venerados; antes la mole de piedra que les sustenta ha de convertirse en menudo polvo, sepultando sus cuerpos cubiertos de heridas!

Ya no es el combate de pueblos de una misma raza y nivel intelectual; ya no son las armas imperiales del Cuzco, ni es Ollantay, viniendo en son de guerra á sujetar en un cinto de blando acero todas las tierras del Sol; no, porque los pájaros agoreros han huído exhalando gritos siniestros, y el eco

ha traído del occidente el estrépito de armas y voces desconocidas.

Cumpliéronse las antiguas profecías; aquel ídolo que miraba al Océano y con el brazo derecho armado señalaba el Continente, era la expresión escultural de ese temor secreto que preocupaba á la nación quichúa. De allá, de esa inmensidad de agua cuyos límites nadie conocía, debían venir grandes catástrofes para la patria; los sordos é interminables rugidos de las olas, que sin reposo venían á romperse en la costa, parecían anunciarles en todos los momentos que traerían algún día la nave conquistadora. Demasiado pronto se cumplieron tan terribles pronósticos. La unidad del Imperio no había concluído de cimentarse en los hábitos de los pueblos que formaban su masa; el sentimiento nacional recién nacido, fué ahogado cuando empezaba á ser una fuerza colectiva. Aquella raza, en tal momento histórico, sometida al yugo de la conquista, me recuerda una bella esclava comprada cuando se abre su alma á las seducciones de la vida, y su cuerpo virginal á las influencias físicas que lo dotaban de gracia y de fuerza.

La lucha fué sangrienta, general y parcial: los ejércitos peleaban por el imperio, los pueblos y las tribus por el pedazo de

tierra donde nacieron y donde cavaron sus sagradas huacas, verdaderos templos subterráneos donde se encierran las cenizas paternas, la tradición de familia, la religión nacional, la idea aun informe del hogar que ha cimentado las sociedades modernas. Aquellas que poblaban las montañas de la Rioja, ramas de la gran familia Calchaquí, la indomable, la última que rindió sus armas, concurrían á la defensa común parapetadas en el suelo nativo; pero no las rindió á la fuerza, sino al Evangelio. Dejó su patria terrena por la celeste, prometida por Solano y San Nicolás, su patrono desde entonces, el que salvó la ciudad de Todos los Santos, el que realizó la fusión del indígena y el europeo, padre de la raza criolla que fundó con sangre la nación del presente.

Aquella noche funesta presenció en las cumbres del Pucará, ó fuerte Calchaquí, la más trágica de las escenas. La muerte corría del llano á la cumbre y de la cumbre al llano. Los fieros defensores lanzaron al encuentro de los invasores todas sus flechas; las grandes rocas rodaban con estrépito, estremeciendo los cerros vecinos, sembrando su paso de cadáveres; pero también rodaban al fondo de las quebradas los cuerpos exánimes de los héroes nativos. El Huaco estaba distante: volaron mensajeros por me-

dio de las selvas, pero los enemigos eran muchos y usaban armas que herían de muy lejos. El alba apareció lentamente, pero sólo iluminó despojos de una y otra parte. Nadie ha vencido, pero no hay combatientes; sólo algunos sostienen todavía las armas en el llano. Los del fuerte de piedra corrieron sin ser vistos á su gran campamento del Huaco. La guerra quedó empeñada á muerte; cada día un combate, una inmolación, un sacrificio en honor de los dioses indígenas. Sólo la palabra de un hombre inspirado, y el ejemplo de muchos mártires, pudieron desarmar aquel brazo nunca rendido á la fuerza. Los misioneros plantaron la cruz en lo más alto de esas cumbres donde habita el cóndor. Reinó la paz, y hoy las comarcas andinas presentan el más seductor aspecto, con sus templos sencillos, sus costumbres religiosas, donde en consorcio curioso se mezcla la fe católica con los ritos nativos, pero flotando siempre encima de todo la idea que llevó al Calvario al Hijo del Hombre.

III

COSTUMBRES CAMPESINAS

Era en aquellos días cuando los habitantes de Sanagasta—villa de origen indígena que aun cuenta sus genealogías por nombres propios,—celebraban una ceremonia que debo describir para llenar estos cuadros. Descansábamos á la sombra de un sauce gigantesco, á cuyo pie surgía en borbotones, del fondo de la tierra, por entre pajonales y berros un arroyo cristalino, cuando escuchamos el rumor de una cabalgata que se acercaba al son de una música criolla compuesta de un violín, de un triángulo y una caja de sonidos roncos, acompasados é interrumpidos por los accidentes del camino. Venían los músicos seguidos de una multitud de hombres, mujeres y niños, todos vestidos de domingo, los hombres con chaquetas blancas y almidonadas, dejando ver por debajo del sombrero la *huincha* de seda punzó. Ensillaban con las monturas de gala, con

caronas esquinadas de charol reluciente y riendas chapeadas de plata.

Las mujeres ostentan polleras de colores vivos y grandes mantos de espumilla de largos flecos, que dejan ondular con gracia sobre las espaldas; llevan sombreros de paja adornados con cintas que flotan al aire, y sus rostros cubiertos al estilo musulmán para resguardarlos del sol abrasador. Todos ríen y cantan, se galantean y se divierten, mientras al compás de la música que marcha á la cabeza, hacen el largo camino por entre las quebradas que dan acceso al llano y á la ciudad.

Delante, montado en un asno, camina un hombre, llevando en la cabecera de su recado una imagen de la Virgen, rosada y sonriente, adornada con profusión de seda y oro; su coronita de plata despide vivos reflejos, mientras se mueve encima de la cabellera crespa y rubia. Es el día de la visita anual con motivo de los sufrimientos de su Hijo, allá en la ciudad donde sufren los que rediman, donde imperan los escribas y los fariseos, donde ya se ha dado la sentencia que ha de llevarle al Calvario. Es la Semana Santa, y la Madre de Dios va á acompañarle al sacrificio. La población de cinco leguas á la redonda de la aldea, la sigue en su peregrinación. ¡Es tan querida aquella

imagen, tan buena y tan milagrosa! Los demás se han quedado á la salida del pueblo, apiñados, mirándola partir; y después se vuelven á sus casuchas de barro y á su huerto con álamos y cepas generosas, á esperar contritos la vuelta al templo de la Virgen viajera á la Jerusalén impía.

Y allí, contentos pero respetuosos, haciendo repercutir sus cantos, rezos y músicas, reanimando las desiertas faldas y las sombrías grutas de la montaña, se encaminan en procesión los humildes aldeanos que gozan cuando creen, sin saber por qué; que no abrieron nunca otro libro sino ese de páginas de granito, eternamente abierto ante sus ojos; pero libro que habla, que canta, que llora y que ríe, con lenguaje, sonidos, lamentos y risas intraducibles en las artes humanas. Conjunto gracioso forman aquellos trajes blancos, encarnados, celestes y amarillos de las mujeres, las cintas ondulantes y las alfombras vistosas que les sirven de manta sobre las ancas de las cabalgaduras. Y los tristes gemidos del violín rústico, los golpecillos timbrados del triángulo y los ecos casi fúnebres de la caja, consagrada á aquella imagen por el piadoso y ferviente Panta que se marchó á la guerra—ya voy á contar la historia—se internan en la quebrada, se pierden dentro de

los talas, los algarrobos y los viscos, que le forman techumbre, y se alejan y se apagan lentamente hasta perderse. Ya pasaron, pero queda mi espíritu pensativo, mi oído arrullado por la armonía sencilla, mis ojos los siguen aún y mi semblante expresa la más tierna, la más conmovedora, la más serena de las impresiones.

Hay que ver una vez en la vida esas costumbres inocentes, saturadas de una fe inofensiva y de un encanto inefable, que se desarrollan en los términos lejanos de la patria. Allí vive, allí surge perenne la fuente de las grandes creaciones, de la virtud sin cálculo, del sentimiento argentino nacido de la tierra, que vibra en sus vientos cadenciosos, que canta con la gracia de sus aves nativas, que vuela con la solemnidad de sus cóndores, que sueña con sus torrentes, que lucha con la fuerza de sus fieras, que mira á la región serena de los astros desde la punta inaccesible de sus cumbres... Sí, hay que verlas una vez para consolarnos de los dolores del presente, y para saber que nuestra tierra tiene todas las majestades, todos los esplendores, todas las bellezas creadas. Allí están la historia y los elementos ignorados del grave problema nacional, no abordado todavía; flotan en todo el territorio, vagando sin concierto, porque ningún pen-

samiento los ha recogido y les ha dado la forma visible de la obra duradera. Leyes, religión, poemas é historia, se ciernen en confusión, difusos, perdidos, errantes; y sus elementos atómicos, sus principios y sus fórmulas, van borrándose con la invasión desordenada de lo externo, de lo ajeno, de lo exótico, constituyendo un progreso institucional extraño á nuestra naturaleza, que no tiene nuestra savia y nuestro aliento vitales.

Sigo mi viaje por un ancho camino bordado de selvas seculares, por un valle espacioso abierto de pronto á la salida de aquel paraje histórico. Allí parece haber surgido un pedazo de la naturaleza de los llanos del oriente, con su vegetación corpulenta pero descarnada, su suelo arenoso y seco, sus vientos y remolinos de polvo que, como trombas marinas, unen el cielo y la tierra en espirales movibles. Seguimos la ruta que lleva al Huaco, y debemos pasar por el pueblo de Sanagasta. Ya se ven las puntas de los álamos, se siente el perfume de los viñedos y la brisa fresca de los sembrados y de los manantiales. El valle se cierra á la entrada de otra garganta estrecha y tortuosa, y allí, á sus puertas, expuesta á las avenidas, se asienta la población que sirve á la ciudad de refugio veraniego. Una larga ca-

lle, poblada de viviendas y de quintas, sombreada por sauces llorones y álamos de aguda copa, por entre cuyos claros se ve colgar de los parrones tupidos los racimos de extraordinario tamaño y variado color, atraviesa toda su extensión y termina en la plaza. Al poniente la limita la montaña, y al pie de ésta, como un castillo que hubiera construído un niño para sus juguetes, se levanta solitaria, aislada, humilde, la iglesia del pueblo; á su lado, y apenas visible, tiene el campanario primitivo; á su espalda el pequeño cementerio, de pobreza incomparable, donde nunca se interrumpe el silencio y donde casi todos los que en él yacen nacieron también dentro de ese valle pintoresco. La cima del monte se levanta al fondo, y allá arriba giran en círculos repetidos é interminables centenares de cuervos que, como Tántalo, viven ansiando incesantemente el despojo de aquellas pobres tumbas, sin saber que otros vivientes subterráneos los devoraron frescos... y graznan siniestros, lúgubres, hambrientos, día y noche sobre las rocas áridas.

Quiero aquí consignar un recuerdo para un soldado meritorio, cubierto de heridas y de medallas, que me acompañó como un fiel amigo. Ganó el grado de sargento sirviendo á la patria, siempre ausente del ho-

gar de sus padres, y volvió inválido pero con gloria al suelo nativo. Descansábamos á la sombra de un sauce, en una casa del pueblo; el soldado había salido á buscar á sus parientes y amigos, cuando de pronto llega hasta mí una mujer despavorida diciendo:—«El sargento Romero acaba de caer accidentado en medio de la calle.» Corrí á recoger su último voto, creyendo en su fin, que él esperaba; le hallé ya inmóvil, rigido, los ojos abiertos y el semblante medio sonriente todavía... Todos le conocían; hacía muchísimos años que había marchado á servir en el ejército, y era aquella la primera vez que volvía al pueblo de su nacimiento después de tan larga ausencia. Vino á morir solamente, y á dejar los huesos fatigados en el pobre cementerio donde reposan sus mayores. ¡Duerme en paz, valiente soldado, escondiendo tus heridas gloriosas en el más ignorado rincón de la tierra argentina!...

IV

EL INDIO PANTA

Este triste episodio, que llenó de sombras mi espíritu, me recuerda que debo una historia,—la del indio Panta, el tambor de las fiestas religiosas, el indispensable músico de gatos y zamacuecas en los bailes criollos, el bebedor invencible, el trasnochador sin rival, que lo mismo marchaba contrito al lado de la imagen de la Virgen en los días solemnes, como se pasaba la noche de claro en claro repicando zapateos y gritando «¡ aro!» para que la niña de pies ligeros y el mozo de espuela chillona, diesen la graciosa media vuelta revoleando los pañuelos sobre sus cabezas.

Era infatigable el indio Panta, y no se concebía sin él una parranda, ni se divertían sus vecinos sin que él fuese el alma de la fiesta; su tambor es legendario, y hoy, como un veterano, todavía redobla y resuena vigoroso, pero no ya al golpe de sus manos curtidas, sino de sus herederos, que no tie-

nen la gracia, ni el aire gallardo, ni las coplas saladas, ni las morisquetas con que, á modo de variaciones, alteraba la monotonía de la música del baile, y que las parejas se empeñaban en ejecutar con los pies, la niña levantándose el vestido hasta dejar ver sus movimientos ágiles, y el mozo deshaciéndose en figuras y en dobleces, siempre dentro del compás de la danza.

Predominaba en él la sangre indígena; lo decían los cabellos ensortijados, la piel negra y lustrosa, la frente chata y los pómulos salientes como las rocas de sus cerros, los dientes blancos como marfil y la barba escasa, semejante á un campo de trigo diezmado por la sequía. Era, pues, de esa raza criolla que tuvo en sus manos y salvó la libertad de su suelo; que oía la llamada general para correr á alistarse sin rezongos ni escondrijos inútiles; que iba á la pelea como á una fiesta, y obedecía en silencio, aunque se le mandara sablear como granadero de Maipó, ó á asaltar una fortaleza como en Curupaytí. Nacido para la fatiga, se vengaba bien cuando podía, cuando imperaba la paz, cuando las guerras civiles con sus montoneros, colorados y laguneros, dejaban tranquila la provincia; entonces llegaba á la aldea, jinete sobre la mula patria robada con buen derecho de la partida, y

apeándose en el patio del rancho—adonde ya le seguían en procesión los vecinos, á la novedad y al festejo de su vuelta con salud, y como si nada hubiera pasado—les invitaba para el baile, preguntaba de su caja, si no se la habían manoseado mucho, hacía cariños á los muchachos y á las chinitas del pueblo, y abrazaba emocionado á sus viejos amigos.

—«Ya ha vuelto Panta»—se decía de boca en boca, y las muchachas empezaban á prepararse de prisa para los bailes que comenzarían de seguro. Era su humor inagotable, y él solo valía la felicidad del pueblo, que supo mantener entre músicas y jaranas, hasta que un día llegó una compañía de línea y plantó en la ciudad bandera de enganche. Corrió la voz por las poblaciones de la montaña, de que la Nación se hallaba empeñada en una guerra grande y que llamaba á sus buenos hijos á empuñar las armas y seguir su bandera contra el enemigo. El indio Panta lo supo y se puso triste; no era ya la guerrilla casera donde como quiera se salva y está siempre cerca del hogar; era lejos, muy lejos donde debía partir, quizá para no volver, pero una voz interior le mandaba obedecer aquel llamamiento y se resolvió como siempre, sin la menor vacilación, á marchar en busca del peligro.

Una tarde se reunió con los amigos y mujeres de la aldea, y les dijo:—«Me voy á la guerra, la patria nos llama, les voy á dejar.» Y sin oir ruegos ni razones, tomó el tambor querido, compañero de alegrías y de devociones, y se fué á la iglesia seguido por todos. Se puso de rodillas delante del altar de la Virgen, y con voz ahogada por los sollozos, le ofreció como ofrenda la caja construída por él mismo, y que era su segunda vida.—«¡Adiós, Madre mía—gimió;—si no vuelvo será señal de que habré muerto por mi patria!» Salió de la iglesia enjugándose las lágrimas, pero su semblante irradiaba esa luz propia de las decisiones inquebrantables; y luego, como arrepentido de ese sentimiento, empezó á decir bromas que sabían á despedida triste, y á prometer para la vuelta las grandes fiestas, los casamientos y las procesiones, porque quería costear con sus sueldos una función de agradecimiento á la Virgen, si le sacaba salvo de aquella aventura—«la última de mi vida, porque ya me voy haciendo viejo»—decía sonriendo.

Ensilló su mula patria, dió un abrazo á todos, y diciendo «¡adiós, hermanos!» tomó el camino de la ciudad. Los aldeanos se quedaron apiñados en el camino, mirándolo alejarse, con los ojos humedecidos por el llanto; y un indio anciano exclamó en voz

baja y temblorosa, emprendiendo la vuelta: —«Pobre Panta, ya no volverá.»—Y Panta no volvió hasta ahora, porque dejó sus huesos, como tantos héroes ignorados, en frente de las fortalezas del Paraguay.

Allí quedó la caja, depositada á los pies de la imagen veneranda, como la ofrenda del patriota, que en medio de su ignorancia tenía la intuición de los deberes cívicos, que como fuerza fatal le impelían al combate. Era la sangre guerrera que clamaba al través de esa ruda corteza indígena, como en el corazón del algarrobo secular se escucha el susurro del insecto que tiene en él la vivienda. El indio Panta ya no vuelve, pero su sombra ha cruzado muchas veces en las noches de luna por la placita del pueblo, ha entrado en la iglesia donde el tambor conserva su memoria y el recuerdo de su devoción sincera, y por mucho tiempo sus paisanos guardaron su duelo, rezando siempre, á la hora triste del crepúsculo, un padrenuestro por el alma heroica del soldado que murió por la patria.

V

LA VIDALITA MONTAÑESA

He dicho alguna vez que las músicas de los montañeses tienen una tristeza profunda; sus cantos son quejas lastimeras de amores desgraciados, de deseos no satisfechos, de anhelos indefinidos que se traducen en endechas tan sentidas como primitiva es su expresión. Las noches se pueblan de esos cantares oídos á largas distancias, acompañados por el tamborcito que sostienen con la mano izquierda, mientras con la derecha golpean el parche, arrancándole ecos como de gemidos lúgubres. Es la vidalita provinciana en la que el gaucho enamorado, de inspiración natural y fecunda, traduce las vagas sensaciones despertadas en su alma por la constante lucha de la vida, la influencia de los llanos solitarios, de las montañas invencibles y el fuego salvaje de su sangre tropical.

Me he adormecido muchas veces al rumor de esos cantos lejanos que parecen descen-

der de las alturas, como despedidas dolientes de una raza que se pierde, ignorada, inculta, olvidada, y se refugia en medio de las peñas como en último baluarte, repudiada por una civilización que no tiene para ella ocupación activa. Desterrada dentro de la patria, se esfuerza por volver al seno de la naturaleza que la vió nacer; y las horas mortales de su abandono, girando eternamente como los astros, engendran en sus hijos esa íntima tristeza reflejada en los ojos negros, en las creaciones de su fantasía y en los tonos y sentido de sus canciones.

Fatigados de luchar en vano con la selva centenaria, con la roca impenetrable y con la tierra estéril, abandonan su energía á las sensaciones físicas que adormecen y matan la actividad psicológica; ó concentrados en sí mismos, van ahondando ese ignoto pesar que forma el fondo de sus concepciones poéticas. La vidalita de los Andes es el yaraví primitivo, es el triste de la pampa de Santos Vega, es la trova doliente de todos los pueblos que aun conservan la savia de la tierra; la canta el pastor en el bosque, el campero en las faldas de los cerros, el labrador que guía la yunta de bueyes bajo los rayos del sol, la mujer que maneja el telar, el niño que juega en las arenas del arroyo y el arriero impasible que atraviesa la llanura desolada.

La vidalita tiene su escenario y sus espectadores; es todo un rasgo distintivo de aquellas costumbres casi indígenas, y como el canto de ciertas aves, aparece en la estación propicia. Es cuando los bosques de algarrobos comienzan á despedir sus frutos amarillos de excitante sabor, y cuando el *coyoyo,* de largo y monótono grito, adormece los desiertos valles y los llanos interiores. Entonces ya se comienza á descolgar del clavo los tambores que durmieron un año, cubiertos de polvo, bajo el techo del rancho de *quincha;* se busca cintas para adornarlos, se pone en tensión la piel sonora y se invita á los vecinos, los compañeros de siempre, para la serenatas, allí donde ya se tiene preparada la aloja espumante, y donde concurren las muchachas engalanadas y donosas como los árboles nuevos. Ya llega el grupo de cantores, anunciando con suaves sonidos, como á manera de saludo, que van á cantar en su puerta. El tambor bate entonces el acompañamiento, y los dúos quejumbrosos hienden el aire sereno de las noches de estío.

Escucharlos de lejos, es gozar de la impresión perfecta; porque la escena prosaica, el conjunto grosero formado en derredor, y la cercanía de aquellas voces rudas pero intensas, destruyen el encanto que la distancia sólo crea, como la más admirable

orquesta se convierte en un estruendo que ensordece, si el observador se sitúa en medio de ella. El espacio purifica los sonidos, les separa lo tosco y lo áspero para trasmitir la esencia, la nota limpia, el tono simple, la melodía aérea que vuela sobre la onda liviana, dejando percibir las palabras de la dulce poesía campesina por encima de los árboles y las rocas. Le prestan ayuda el silencio de los valles, la repercusión lejana del eco, y esa arrobadora influencia de las noches solemnes, en medio de la naturaleza solitaria. Todo allí es armónico y de efectos combinados: la música es un accidente de la tierra misma, es la expresión de su vida, es una vibración de su espíritu. Por eso la impresión de la belleza resulta del sitio y de la hora aparentes, del aspecto del cielo que invita á idealizar con aquellos astros como llamas, cuyos movimientos parecen más vivos, y con las mil voces ocultas que parecen un coro lejano de aquel canto.

Hay en el alma de aquellos poetas un veneno lento que va obscureciéndoles la vida, nublando sus concepciones, y hace que á medida que dilatan su canción, vaya siendo más dolorida y sollozante; y se ha visto alguna vez un cantor que, en medio de su trova, la suspendía para sentarse á llorar desesperado; preguntadle por qué: él no lo

sabe, pero siente ansias de llorar; asoman las lágrimas y corren por la mejilla tostada ahogando la voz robusta. Por eso cuando empieza la extraña serenata, bebe con desenfreno el fermentado líquido de la velada, porque la música despierta los sentimientos dormidos que asoman con llanto y le incitan á la embriaguez.

Un poeta nacional ha sentido estos dolores íntimos del corazón argentino, y ha dado en versos de fuego la causa general de esta ansia febril de embriagar los sentidos, que devora á nuestros gauchos:

> Bebo porque en el fondo de mí mismo
> Tengo algo que matar o adormecer: (1)

y es ese algo desconocido, no analizado, lo que por sí solo llevaría al filósofo á descubrimientos sorprendentes. Pero analizarlo es perderse en una noche sin estrellas, internarse en una gruta sin fondo. ¿Quién podría encontrar la entrada misteriosa de aquel mundo que sólo en rugidos de coraje, en lamentos de pena, ó en cantos báquicos se manifiesta, y se llama el alma del gaucho? ¿Qué disector maravilloso podría percibir las fibras que llevan á aquel obscuro labe-

(1) Joaquín Castellanos: *El borracho*.

rinto donde tan raros fenómenos se presienten? No; no turbemos su quietud y su inconsciente dolor, y oigamos en las noches de luna, con los ojos cerrados, medio adormecidos, la armonía errante de su vidalita desgarradora, perdida en los senos ignotos de las montañas; contemplemos la obra, sin estudiar al artista; dejemos al filósofo investigando la fuente misteriosa de esas *lacrimæ rerum,* y sigamos con el poeta nuestra peregrinación por los reinos de la belleza. Tiempo hay en la vida para acariciar las ideas que nos hacen sufrir... Pasemos, pues.

VI

EL HUACO

El paisaje.—El negro esclavo.—Las novenas de San Isidro.
Escenas y recuerdos de infancia.

Salí de aquel valle delicioso para volver á sumergirme en las hondas cortaduras de la sierra, siguiendo el tortuoso camino que conduce al Huaco. Llevaba un cúmulo de impresiones, melancólicas las unas y saturadas de dulce poesía, pintorescas y alegres las otras que continuaban sonriendo en mi memoria. Un torrente nacido en cima ignorada, se cruza muchas veces bajo nuestros pasos, como una serpiente doméstica que retozara al tibio sol del invierno. Rectas son ya las paredes del granito, y su altura y proximidad no dejan penetrar en el fondo sino los rayos del sol en el cenit. Gustavo Doré les ha retratado de mano maestra: se cree á cada momento encontrar el gigante que entre sus manos nervudas nos va á levantar á las cumbres donde brilla la luz plena. Para verlas, hay que mirar al punto

más alto del cielo. Diríase que caminamos bajo una inmensa y maciza bóveda, cuyos arcos no hubieran todavía alcanzado á unirse en el punto céntrico, y donde la voz aprisionada se repite y se refleja sin encontrar salida. Mirando hacia las puntas de los macizos, se distingue muchas veces una roca suspendida en el espacio, como esperando nuestra llegada para desencajarse y rodar sobre nosotros. Se siente como un vértigo extraño que desvanece los sentidos, y como una presión en el cerebro, al imaginar solamente que aquella mole va á desprenderse ó viene cayendo.

Así marchamos algunas horas, y como si asistiésemos á un nuevo *fiat*, volvimos al fin á contemplar el horizonte. Era ya el del inmenso valle circunscrito aún por altas serranías y que se llama el Huaco. Es una cavidad inmensa, donde todas las sierras lejanas depositan sus aguas en la estación lluviosa. Centro estratégico de la conquista incásica, aquella comarca fué más tarde el teatro de sucesos sangrientos, aunque ignorados, y de escenas conmovedoras durante la predicación del Evangelio. Los jesuítas plantaron allí por largos años la cruz solitaria de la misión civilizadora, y dejaron los rastros imperecederos de su paso, en las creencias, en las supersticiones, en las costumbres de los moradores, en los campos

que cultivaron y en los altares construídos para sus imágenes, viajeras por todos los climas del mundo.

Cuando he visto á la distancia el techo de la casa paterna, edificada de rústico adobe encima de una colina, y el grupo verdinegro de los álamos que renovaron mis abuelos; cuando he recordado la historia sombría de los primeros años de mi vida, transcurridos en medio de las peregrinaciones de mis padres, perseguidos por la cuchilla y la lanza de los bárbaros en la época dolorosa de nuestra anarquía; cuando la primera ráfaga de aire vino á mi encuentro desde aquel humilde caserío, sentí anudarse mi garganta y humedecerse mis ojos; y apartándome de mis compañeros, fuí á ocultar mis emociones á la sombra de un añoso tala que arrastraba por el suelo su ramaje tupido.

¿Debo contar esa historia en estas páginas, destinadas sólo á despertar amor ó simpatía por mi tierra natal? ¿Por qué no? Aquellos parajes memorables para mí y para mi provincia, guardan el secreto de muchos acontecimientos que enlutaron los hogares en tiempos nefastos, y siempre la desgracia ilumina la historia, como la hoguera del incendio deja ver el fondo tenebroso de los bosques donde se guarecen las fieras... No quiero proyectar luz mentida sobre el

nombre de mis antepasados, pero sí contar los infortunios comunes á todos los argentinos.

Restos dispersos de la soldadesca torpe que fué la cuchilla de Rosas, las hordas sin ley y sin disciplina, sin más vínculo que la ferocidad de su jefe selvático, invadían las ciudades y los albergues, donde las familias cultas iban á buscar refugio y consuelo, ya en el fondo del desierto, ya en el seno de las montañas. Pero había una estrella maléfica que guiaba los pasos y alumbraba los senderos de aquellas turbas sabáticas, ebrias de sangre y de botín. Las anunciaba la nube de polvo rojizo y el tropel de sus caballos de pelea, la fuga despavorida de las aves y de los ganados, el estruendo de sus armas indicando una inmolación, al resplandor del incendio del racho humilde, ó de la pequeña parva de trigo que cosecharon para el sustento los pobres campesinos.

Eran los miembros palpitantes desparramados en toda la República, del monstruo despedazado por el cañón de Caseros, que se revolvían aún amenazantes en las últimas pero terribles contorsiones, como los fragmentos de la serpiente rota por el puñal del campesino. Resistían todavía con esfuerzos supremos á la ola de la cultura naciente, luchando en desorden con esa estrategia

nativa que en los grandes días de la Independencia hizo invencibles las guerrillas de Güemes y las vanguardias de Arenales; ¡ah, pero no era ya para detener las marchas triunfales del enemigo común, sino para caer como tropillas de tigres dispersados por el incendio de sus selvas, sobre las aldeas y las moradas indefensas, donde las mujeres y los ancianos que han quedado llorando á los queridos muertos, tenían que perecer en los umbrales de sus hogares, defendiendo ellos también el sagrado de las virtudes domésticas!

Mi padre y otros patriotas de la provincia, descendientes de las más distinguidas familias que pudieron escapar á las hordas de Facundo, trasmontando los Andes en 1828, eran el blanco, la presa codiciada de las turbas desenfrenadas. Unos volvieron á Chile de nuevo, otros se asilaron en las provincias vecinas, y los más infortunados tuvieron que caer exánimes bajo el cuchillo mortífero. Mi familia, huyendo de las agitaciones diarias de la sociedad y de los centros populosos, fué á buscar descanso en aquella morada señorial, sin sospechar que hasta allí llegaría el odio de los bárbaros.

No teníamos más custodia que los negros criados en la casa, descendientes de los antiguos esclavos, quienes por gratitud á la li-

bertad que se les dió en homenaje á la Revolución de 1810, se esclavizaron más por el amor á sus antiguos amos, hasta dar la vida por defenderlos.

¡Oh, ya se extinguieron esos tipos de la lealtad á muerte, nacida de la comunidad del sufrimiento entre señores y criados, en cuyas relaciones más parecía obrar el vínculo del amor que el de la servidumbre! Allí se conserva la tradición del negro Joaquín, esclavo de mi bisabuelo, que se ponía quejoso cuando se le prohibía servir la brasa en la palma de la mano, donde la sostenía sin el menor dolor, porque las faenas del campo le habían encallecido la piel. Y era, sin embargo, un hombre libre que pagaba con abnegación el cariño acendrado de sus amos, quienes le llamaban «Tata». En sus brazos se criaron mi abuelo, mi padre y mis tíos; él les enseñó á montar á caballo, enjaezándolo primorosamente con monturitas á la moda criolla; él los entretenía per las tardes, en los paseos por las faldas pintorescas ó por los arroyos silenciosos de las sierras cercanas; él les trenzaba lacitos para que aprendieran á *pealar* en la yerra como verdaderos gauchos, asimilándolos á la vida campesina, y se los prendía al costado del apero, mostrándoles también el arte difícil de enlazar de á caballo en el plano y en el

cerro empinado; él les enseñó á no tener miedo á los difuntos ni á los vivos, llevándolos á largas expediciones á pasar la noche al raso, durmiendo sobre el suelo en el fondo de una quebrada obscura, donde se decía que bajaba el diablo y donde las brujas celebraban sus fiestas espeluznantes.

Era el negro Joaquín el maestro de una educación vigorosa, sana y varonil, de que era él mismo la mejor prueba con su estatura gigantesca, sus brazos como un gajo de algarrobo, sus manos como enguantadas de acero y sus piernas como columnas de granito; y así también aquella armadura inquebrantable se animaba con un alma pura, llena de virtudes y capaz de las emociones más suaves. Como los indios de la comarca cuentan su historia por las edades del árbol más viejo, así el negro trasmitía de hijos á nietos la tradición de la familia; y en sus lecciones experimentales, solía sellar, con el ejemplo de los antepasados, la moral de sus sencillas pero santas doctrinas. Era el geógrafo que tiene el mapa local en la retina, el historiador de buena fe que conserva con amor los anales caseros, el filósofo de observación y de creencia sincera. En aquella aldea no había más escuela en las familias que la de la tía ó la de la hermana mayor, provistas de omnímodos poderes

sobre todos los niños de la casa y de los ranchos vecinos. Joaquín no sabía leer, pero poseía la ciencia de la vida y la educación adquirida en el trato prolongado con la gente culta; su inteligencia destellaba claridades de relámpago y esparcía influencias vivificantes, como esa frescura que viene de los valles montañosos donde crecen los árboles corpulentos, donde brotan las aguas tranquilas y se mecen las hierbas salvajes saturando el ambiente de perfumes. Patriarca de la aldea y de algunas leguas alrededor, era al mismo tiempo consejero y juez de las pendencias familiares de sus paisanos, quienes lo revistieron de una autoridad de la cual nunca hubieron de arrepentirse.

Llegaban los novenarios de San Isidro, el labrador celestial, y el cura no venía á asistir á sus fieles: era el negro viejo quien asumía la dignidad eclesiástica, y con puntualidad asombrosa dirigía los rezos de la multitud. ¡Oh cuadro sublime aquel, que he visto reproducirse todavía muchos años más tarde, bajo el patrocinio de mi familia, refugiada en la vieja estancia! Quiero pintarlo porque lo veo aún, iluminado por mis dolorosos recuerdos y los sueños indelebles de mi primera edad.

Allí está la capillita de adobe crudo y alero de paja, de gruesas paredes, donde ani-

dan las palomas silvestres y cuelgan sus panales las abejas, levantada sobre el extremo de una colina, mirando al norte; la puerta de madera medio pulida, encaja en un grueso marco grabado, de líneas curvas que parecen enroscarse en su derredor como una hiedra petrificada que hubiera perdido las hojas, y en cuya parte superior se lee esta fecha—*1664*—en el centro de un curioso arabesco de matemática regularidad. Un grupo de algarrobos frondosos, que parecen haberse renovado muchas veces, presta sombra al atrio diminuto; y á su frente se extienden las viñas y alfalfares que embalsaman el aire.

El interior impone al espíritu un recogimiento profundo: le recuerda los primeros templos cristianos, levantados en el corazón de los bosques germánicos y en medio de las persecuciones de los emperadores. El altar es de una extrema sencillez; sólo hay sitio en él para una imagen y para el oficio sagrado; restos de columnas de madera que parecen haber sido doradas, se levantan todavía, dando idea de la arquitectura de aquel pequeño palacio destinado á contener el *sancta sanctorum,* y las imágenes del culto y de las misiones jesuíticas.

Suspendida en el alto de la muralla, respetada por los siglos, muda, descolorida,

agrietada, se yergue la cátedra, encima de un conjunto de escombros informes, como enseñando que en medio del torbellino de las razas, del derrumbamiento de sus obras, de la destrucción del mundo, quedará siempre vibrando en el fondo del caos la palabra que crea, que destruye, que fulgura, que diviniza. Ella, como la luz, irradia en todos los rincones de la tierra; y también allí, en el seno de los lejanos valles habitados por el salvaje, centelleó la tribuna, trono de la palabra que rige la marcha del innumerable rebaño humano, iluminando con resplandores intermitentes los arcanos tenebrosos de sus leyes eternas.

Pero asistamos á la ceremonia religiosa á que llama la campana suspendida del árbol vecino. Es la novena de San Isidro, y allí está él, detrás de sus bueyecitos de madera uncidos al arado, cuya mancera gobierna con la izquierda, mientras con la derecha sujeta las riendas de cinta; su cara morena y encendida, está diciendo que no vive á la sombra de cómodos palacios, sino que desafía los solazos del verano, para aprovechar las lluvias que regaron el campo, antes que nuevos calores evaporen la fecunda humedad de la tierra. Es él el dueño de aquella novena, á la cual, envueltas en sus mantos, contritas, silenciosas, asisten las mujeres

de la aldea, los peones de labranza, los mozos de á caballo que viven tras del ganado. Todos se han confundido bajo su amparo, y los amos ocupan la cabecera de la congregada feligresía.

Allá, por encima de todas las cabezas, á la luz débil de un candil de sebo, se distingue la figura del negro Joaquín, arrodillado enfrente del altar, tieso, inmóvil, solemne, con el rosario en las manos, con los ojos entreabiertos, en ferviente contrición, recitando con voz quejumbrosa y monótona como el gemido del viento en una gruta subterránea, la salutación fantástica de Gabriel á la dulcísima Miriam de Nazaret:—«Dios te salve, María, llena eres de gracia...»—Y á cada recitado, la multitud, modulando en el mismo tono las voces, contestaba en coro el—«Santa María madre de Dios, ruega, Señora, por nosotros»—y aquel coro, sucediendo al recitado unísono, resuena en el silencio de la noche, como si una mano sobrenatural recorriera de un golpe las cuerdas de un arpa colosal suspendida en el espacio.

Ya se agotaron las cuentas del rosario; y cuando todos han hecho y besado la señal de la cruz, comienzan á salir de uno en uno con el mismo recogimiento, á esperar la luz de la alborada, los labradores para aprove-

char el fresco, los camperos para ensillar antes que abrase el sol, las mujeres para armar el telar ó para ordeñar las vacas, y los niños para hacer travesuras á la improvisada preceptora.

Medio siglo después, la escena se repetía con la misma respetuosa devoción; pero dos generaciones habían pasado y muy distintos eran los personajes. Entonces yo he podido contemplarlas, aunque muy niño, y oir todavía las tradiciones relativas á la aparición milagrosa de la imagen veneranda, dentro de una hendedura de la piedra, sobre el lecho del arroyo que riega los huertos; los cuentos del negro patriarca transmitidos por sus descendientes, las leyendas fantásticas forjadas en presencia de los fenómenos inexplicables de la naturaleza, las historias de cada uno de mis antepasados y sus hazañas de niños. ¡Ah, pero cómo habían cambiado los tiempos! Antes era todo sonriente, y una misma idea, la de la libertad, preocupaba á los moradores del Huaco; y ahora mi madre no hacía más que llorar encerrada en su habitación, ó sentada al caer la tarde en el ancho corredor de la casa solariega, con el corazón sobresaltado y mirando siempre inquieta á todos los caminos. Muy pocas veces he visto á mi padre durante aquel tiempo, y muy tarde supe que aquella ausencia

era porque vivía lejos, sobre las armas, ya reclutando los soldados bisoños, para hacer la guerra al caudillaje, ya huyendo por las montañas lejanas, de la persecución á muerte de la soldadesca triunfante.

Nuestra primera instrucción fué recibida allí; pero ya teníamos cartillas con grandes abecedarios que comenzaban con una cruz, de donde nuestros índices no pasaban nunca, porque no respetábamos á la preceptora de doce años, nuestra hermana mayor, que había aprendido á leer en casa por el mismo sistema y que mal disimulaba sus deseos de tirar el «catón» para jugar con nosotros. Ella, la pobre, también sufría con la profunda tristeza de nuestra madre, y buscaba pretextos para engañarse á sí misma; y nosotros aumentábamos sus prematuros martirios, haciéndola renegar en la escuela que improvisaba debajo de un galpón de quincha. Bien poco duraba, por cierto, aquel tormento común, porque las tentaciones eran frecuentes para dar el salto de la silla de vaqueta haciendo volar al techo las cartillas; y muy poco el amor á la ciencia para que pudieran sujetarnos en aquella grave faena. Y hacíamos bien, porque mi pobre madre sufría viéndonos reir inconscientes de los peligros que amenazaba diariamente la vida de su esposo, y quizá también la nuestra.

Entonces, ya el negro Melitón tenía preparado nuestro paseo por las lomas de limpias *lajas*, que se divisan desde el corredor como manteles tendidos para una fiesta campestre, bordadas de cactus encarnados de menuda espina, que se levantan como serpientes enroscándose en los arbustos, y de flores del aire que en dispersión caprichosa salpican los árboles. Mis dos hermanos mayores tenían montura, poncho y lazo, y á nosotros, los chicos, tenían que enhorquetarnos en las ancas de sus pacientes bestias.

Admirables los paisajes que se divisan desde la casa: el horizonte, limitado á lo lejos por una alta y afilada sierra, deja ver, no obstante, extensiones planas ó series de lomadas tendidas á su pie como su basamento necesario. Allí está lo pintoresco, lo gracioso; la línea curva de las colinas sucesivas, forma contraste con la rígida recta y los ángulos uniformes de las altas cumbres. Aquí la belleza del detalle, la pendiente corta y suave, la vertiente silenciosa que va formando lagos pequeñísimos en los huecos de las peñas, haciendo surgir esas florecillas que tapizan, más bien que bordan sus márgenes; allá arriba la imponente majestad de los colosos, la gravedad solemne de los monolitos que parecen brazos alzados al cielo; las hondas quebradas y los profundos preci-

picios siempre repletos de nubes, que bajan á reposar el vuelo y á nutrirse de los flúidos terrestres; en el valle los melodiosos y acordes cantos de zorzales inquietos, que se llaman entre sí con notas convenidas; de jilgueros trinadores que se asientan en grupos á tocar sus variaciones de dudosa limpieza; de canarios pequeñitos, de negra y luciente pluma, que les cubre como una capa de terciopelo su camisita amarilla, y vuelan juntos riéndose con sus voces tiples, como si huyeran de la abuela que los viniese persiguiendo con la vara de mimbre; de *llantas* inconsolables, que ocultas en lo más espeso de los talas, llaman sin cesar al amante ausente: estas románticas incómodas, que en medio de la sonrisa de todo lo creado, están produciendo la nota dolorida que no ha de faltar en ninguna alegría de este mundo. Pero allá, en la alta región de las nieves y de los rayos, no se oye otra música que los roncos graznidos de las grandes aves, que en las noches resuenan como altercados de orgía, como órdenes secas de una guardia avanzada en la obscuridad, como conversaciones de ancianos, como voces profundas de frailes rezando un funeral, hasta que el nublado despereza sus moles, moviéndose en el fondo del cielo como deformes animales que gruñen cuando sacuden el sueño, ó bien co-

mienza á extenderse, figurando monstruos extraños, como se vería el fondo del Océano iluminado por un sol interno; después, el trueno de las eternas iras, sacudiendo los seculares cimientos, da á todo lo animado la señal de la plegaria, de la súplica, del terror. Cuando el trueno estalla encima de las grandes montañas, hay que caer de rodillas ante esa potencia que hace crujir los ejes del planeta, si la chispa de su mirada se cruza entre la tierra y el cielo.

Pero volvamos al sendero tortuoso por donde cabalgando apiñados sobre una bestia jubilada, hasta de tres en una, salíamos á nuestros frecuentes recreos de tan escasos estudios. Ya los pájaros nos tienen miedo y vuelan á esconderse en las quebradas, abandonando á nuestras inicuas devastaciones los nidos, donde quedan tiritando de frío los polluelos; nuestras hondas hacen estragos, cuando arrojan silbando las piedras que hemos juntado en la arena; los enlazadores se entretienen en desparramar las majadas que pacen tranquilamente en las hierbas, tirando inútilmente la lazada inexperta; otros, más prácticos, se apartan del grupo en silencio y á hurtadillas, porque saben el secreto de un panal en formación que descubrieron antes, juramentándose de no revelar el sitio, hasta que la impaciencia, frustradora

de tantos buenos designios, les obliga á delatarse por el humo que hicieron para ahuyentar las abejas, ó por el grito indiscreto que lanzaba el explorador sigiloso, cuando la reina del enjambre, que ha quedado la última, le ha clavado su aguijón en el rostro.

La desgracia concilia á los hombres, y entonces es fuerza compartir el dulce botín cosechado en lucha abierta con abejas y *huanqueros* en el hueco de un cardón anciano, dentro de un nido abandonado por el carancho antipático, ó entre la rajadura de una peña que dividieron las conmociones subterráneas. El festín empieza y acaba en un momento, y sigue la expedición en busca de huevos de perdices y palomas, de chorrillos y piedrecitas de colores, de flores del aire y tunas silvestres—frutos de la infinita variedad de cactus de la comarca,—y á buscar la *doca* suculenta que cuelga de la enredadera tupida dentro de un verde estuche en forma de corazón.

Al caer la tarde, los silbidos nos reunen en un solo punto, y emprendemos la vuelta; cargados con las sobras del banquete para regalar á los que se quedaron, teniendo cuidado de ocultar los excesos cometidos en la comida enciclopédica; pero lo que no falta son los obsequios de flores silvestres y de pichones, de nidos y de plantas; como

que todo eso no se puede comer y sirve para adornar la casa, ó para entretener un minuto á la niña traviesa. Mi madre venía luego á pasar revista á la tropa expedicionaria, en busca de las heridas, de los golpes y de las espinas, de las roturas de pantalones y botines, remendados sobre el campo de batalla con espinas de *penca,* cuando por razón de lo apurado del trance, ó por hacerse de noche, no resolvíamos volvernos así, con las ropas desgarradas ó con una pierna menos del pantalón, que se quedó enredada en un garabato, para espantajo de cotorras bullangueras y de tordos dañinos.

Melitón, el noble negro que durante las prolongadas ausencias de mi padre, y toda su vida, fué el fiel guardián de nuestra hacienda y protector de nuestro hogar, venía entonces á llenarnos de caricias y á incitarnos á contar hazañas imposibles, que le hacían risotear como un niño, mostrando las hileras de dientes blancos que contrastaban con su negra y lustrosa piel. Caíamos rendidos por el sueño después de tanta fatiga, y recuerdo que pocas veces alcanzábamos á concluir el rezo, que de rodillas y alineados sobre nuestras camas tendidas en el suelo, nos enseñaba mi madre todas las noches, con su voz siempre entrecortada por sollozos que en vano pretendía ahogar en su garganta.

Nada comprendía yo del drama que se desarrollaba en la estancia, ni menos que mi padre fuese en él un actor. Esa tristeza de todos los semblantes, ese mutismo impenetrable y sombrío, esas miradas inquietas, á cada momento dirigidas al camino de la ciudad, ese ir y venir de hombres á caballo á todo galope, tres veces por día, como á llevar y traer mensajes que se daban y recibían en secreto, fueron lentamente llamándonos la atención, hasta infundirnos miedo y retraernos de nuestras habituales excursiones á la montaña. He sabido después que se perseguía á mi padre, quien se hallaba oculto en una gruta conocida solamente de los viejos del lugar. Estaba á precio su vida y se le buscaba con orden de llevarle vivo ó muerto. No era él solo: muchos otros huían también por esos mismos cerros, mientras sus familias lloraban su suerte sin poder auxiliarlos en los desiertos escondites que ocupaban.

¡ Oh tiempos dolorosos! ¡ Cuánta amargura vertieron en mi corazón que despertaba! ¡ Cuánta sombra en mi imaginación, que ensayaba sus vuelos en medio de una naturaleza tan rica y tan fecunda! Un día nos dijeron que debíamos marchar á la ciudad á visitar á mi padre; pero que todos, todos marcharíamos. ¿Por qué no venía á visitar-

nos á nosotros, que le esperábamos todos los días y salíamos á encontrarlo, creyendo que á él anunciaba la lejana nube de polvo? ¿Por qué no venía nunca, y nos volvíamos tristes después de haber visto desvanecerse esos locos remolinos que el viento nada más levantaba con la tierra cernida de los caminos? Era que ya mi padre estaba preso, y sus enemigos, por atormentar á mi madre, á quien no pudieron arrancarle ni con amenazas brutales el secreto de su escondite, le mandaron decir que estaba condenado á muerte, y que se apresurase á verlo antes de su fusilamiento. Eran las torturas refinadas, características del tirano de ciudad, á quien la educación le sirve sólo para afilar y pulir la hoja con que hiere á su adversario. No quiero ni puedo describir las escenas de aquel día. Partimos en larga procesión siguiendo á mi madre, que marchaba á la cabeza, y no recuerdo haberla visto sonreir una sola vez mientras duró el viaje por aquella vía dolorosa. Alzamos nuestro hogar para no volver á verlo más en aquel sitio consagrado por tantos recuerdos, y fuimos á vivir á la capital, mientras duraba la prisión de mi padre.

Era un verano abrasador, como lo es en aquella tierra sedienta; el pueblo estaba fúnebre, con las puertas cerradas casi todo el

día, ya porque el tránsito fuese imposible, ya porque el temor á la soldadesca obligase á las familias á vivir en clausura perpetua. Las delaciones, las infidencias, se sucedían, como acontece en las sociedades donde impera el terror al poder. El criado que sirve dentro de casa espía los menores movimientos; el pariente que va de visita á informarse de la salud de la familia, lleva la intención del espionaje; la tía mojigata, envuelta hasta la nariz en su manto negro de merino, entra á cada momento con esa francachela provinciana, para la cual no hay puerta ni conversación prohibidas, y mientras toma el mate, pasea los ojos escudriñadores por los rincones de la habitación, y entrecorta sus charlas insulsas con preguntillas de política, como quien busca uno de su opinión diciendo:—«Pero ¿qué piensan ustedes de este atentado que acaban de cometer?»—y la respuesta imprudente vuela á los oídos del tiranuelo advenedizo, que tiene la suerte de hallar una sociedad que lo adule y lo auxilie en sus pesquisas vengativas.

La atmósfera parece saturarse de flúidos de infamia, de ráfagas descompuestas, de perversiones y sutilezas increíbles, cuando los pueblos han perdido su cohesión y la anarquía ha penetrado en su sangre, en su criterio, en sus sentidos. La opinión sin im-

prenta tiene sus vehículos admirables en las agrupaciones pequeñas, asediadas por el mal político: son las mujeres sin amor y sin trabajo doméstico, son los hombres pusilánimes que pululan allí donde se vive de los gobiernos, quienes forjan, acrecientan y transmiten esa noticia, que naciendo de una sospecha maligna, llega á producir la catástrofe social, como la bola de nieve.

VII

EL NIÑO ALCALDE

Las fiestas del patrono.—La dinastía Nina.—El Niño Alcalde. La procesión.

Durante aquella permanencia, pude observar y grabar en mi memoria las costumbres populares transmitidas por la religiosa educación colonial, mantenida aún con sello primitivo, sin que los progresos recientes de la enseñanza hayan podido todavía borrarlas del todo. No ha habido tiempo para la evolución transformista, porque el orden de las instituciones puede decirse cimentado sólo desde 1870, aunque hubiere cortos períodos de gobiernos cultos antes de esta fecha.

Las fuerzas de las leyes sociológicas, las influencias de la historia y de la naturaleza, obran con vigor intenso todavía en aquella pequeña sociedad, que crece lentamente en medio de un aislamiento relativo. El elemento criollo apenas ha recibido una mínima

porción de mezcla desde su nacimiento; mantiénense vivas las huellas de la antigua cultura, con sus ideas, sus hábitos y sus tradiciones, que se traducen en sus fiestas y en los diversos aspectos exteriores de su vida. Esta refleja el pasado, en cuya fisonomía se ve la influencia profunda que ejerció en ese pedazo de nuestro territorio la conquista religiosa.

Resto curiosísimo, reliquia viviente de aquellos tiempos nebulosos, se conserva una fiesta popular semibárbara, pero conmovedora á la vez, que con singular entusiasmo celébrase el primer día del año. Es la rememoración tradicional del suceso que más interesó el espíritu infantil de los nativos, la conversión de las tribus que disputaban á las armas españolas el dominio del valle, donde habían levantado la primera muralla de la futura ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja. Siempre tras del general venía el sacerdote, tras de la espada la cruz, tras del estruendo de los combates el rumor suave de la palabra del misionero, que trueca en dócil esclavo al guerrero de piel desnuda y de instintos indomables.

Las expediciones militares de los generales Ramírez de Velazco y Luis de Cabrera, fundaron los muros de una ciudad; pero sólo el auxilio de la predicación despejó los

peligros que mantuvieron en perpetua agitación á sus moradores, reduciendo á la obediencia á los bravos diaguitas que los combatían desde la llanura, y á los feroces calchaquíes que los aterraban desde las montañas.

¿Quién y cómo obró el prodigio de la conversión en masa de esas puebladas nómades, cuyas artes guerreras tenían tantos recursos de destrucción? Allí están todavía palpitantes los recuerdos en la memoria de los ancianos, que colora con relatos pintorescos y con fiestas llenas de animación, las descarnadas páginas de las historias doctas de los Lozano y los Guevara.

Existe en la ciudad una institución que recuerda y explica aquellos sucesos lejanos: es la dinastía político-religiosa de los Nina, quienes conservan el derecho de celebrar la gran solemnidad de la conversión realizada por San Nicolás de Bari, auxiliado milagrosamente por el Niño Jesús en un momento supremo. Los padres jesuítas dieron forma litúrgica y social al hecho histórico, organizando una cofradía de indígenas devotos al milagroso apóstol y á su divino protector. Eligieron el más respetable de los indios convertidos, y lo cubrieron con la investidura regia de los Incas; diéronle el gobierno inmediato de todas las tribus sometidas

y el carácter de gran sacerdote de la institución, como un trasunto del que revestía el emperador del Cuzco. Los caciques obtuvieron el nombre y oficio de *alféreces*, ó caballeros de la improvisada orden, especie de guardia montada que obedece idealmente al Patriarca conquistador.

Doce ancianos llamados *cofrades*, forman el Consejo de aquella majestad extraña, como el Colegio de los Sacerdotes, que asistía á los reyes del Perú. Viene en seguida la clase popular de los *allis*, ú hombres buenos, que son los que, reconociendo la dignidad real del Inca, y adictos á la festividad del Santo, dedícanse al culto y á la devoción del Niño Dios, erigido, según la tradición, en «Alcalde del mundo». Se le llama el *Niño Alcalde*, y San Nicolás es su lugarteniente en la tierra.

Cuentan los archivos orales de aquella curiosa monarquía, que los caciques fueron convertidos por San Nicolás en sus peregrinaciones por los cerros del Oeste, y que, sublevadas las masas de indios por no consentir en aquel sometimiento de los jefes, hubo de producirse tremenda catástrofe, cuando empuñando una vara de alcalde, vestido con el traje é insignias de este título en aquella época, destellando luces celestiales, irradiando sus ojillos azules y brillando su cabellera

rubia, se apareció en medio el Niño Jesús, como la historia lo representa cuando predicaba entre los doctores incrédulos. La fascinación fué repentina, el encanto deslumbrador, y como fieras magnetizadas cayeron de rodillas los rebeldes ante aquella varita, levantada en alto por un alcalde de doce años.

El hermoso Niño bendijo aquel concurso que le adora con terror y emoción: el atribulado apóstol le besó los pies, porque la aparición sublime é inesperada le dejó atónito y transportado de divino fervor. El maravilloso Alcalde le tocó con su mano cubriéndole de gracia; y después de pedir para sí los caciques y de cederle la chusma innumerable, como un premio por su heroísmo y una confirmación de su valimiento, desapareció en el espacio, dejando en el ambiente un suavísimo perfume como de vaso sagrado, y una estela luminosa como la de una estrella que rueda en la noche. La belicosa asamblea cambió el aspecto tosco y gruñidor por el de la más sumisa devoción, y fué á deponer sus furores y sus armas á los pies del Patriarca, ante cuyo poder de hacer prodigios hubieron de convencerse de que la lucha era inútil, y que sus propios dioses le protegían de manera tan visible.

Los jesuítas, he dicho, recogieron aquel suceso para darle forma tangible y práctica en el gobierno y en la religión; para combinar los elementos salvajes con los cultos de aquella leyenda, y para hacer entrar en la obscura conciencia de los indios la idea de las dos potestades que gobiernan las sociedades humanas. La idea del Niño Jesús convertido en Alcalde del mundo, es algo que sale de los límites de una invención vulgar y sencilla; despierta trascendentales raciocinios, proyectando desarrollos vastísimos en el orden de las reflexiones filosóficas.

El municipio fué la primera forma de gobierno civilizado que conocieron las poblaciones aborígenes; fué la que encontraron sus descendientes mestizos y en la que se educaron los hijos de los conquistadores, nacidos en la tierra conquistada. Unir el pensamiento religioso con el pensamiento político, en aquella fórmula material del Redentor de los hombres, alma única de la Iglesia, era plantear ya el secular problema del gobierno católico, trasplantado á la América en medio de la efervescencia de la lucha del nuevo mundo; y era sentar las bases, los puntos de partida de los futuros gobiernos hispanoamericanos.

Pero vamos á la fiesta, á contemplar la obra de la fe y de la tradición que la trans-

mite y la vigoriza á través del tiempo. Mucho antes del primer día de Enero, las señoras se ocupan de los adornos de la imagen de San Nicolás, el santo de tez morena que atestigua sus largas peregrinaciones por los desiertos. Colocado bajo un dosel de flores doradas y blancas de reluciente esmalte, ostenta sus vestiduras de raso, la túnica y la capa bordadas primorosamente y rodeadas de flecos de oro; la corona de plata y la vara que termina en una flor como un lirio, y los encajes finísimos que muestran sus orillas sobre los pies de madera pintados de negro. La ciudad comienza á animarse porque van llegando los visitadores, devotos y promesantes de todas partes de la provincia y de fuera de ella, á asistir á la festividad legendaria, en la que todos esperan conseguir los dones suspirados para sus hogares y haciendas, y para alivio de las dolencias que no pudieron curar con la medicina de ellos conocida, ni con el auxilio de brebajes consagrados con rezos y con signos de una cabalística extraña. En otra casa se prepara y se viste al Niño Alcalde sobre su pedestal sin dosel, porque tiene el inmenso, el inconmensurable del cielo, donde domina como dueño absoluto.

Allá, en un rancho miserable, el Inca descuelga el tambor tradicional, y comienza á

dar fuertes golpes llamando á su corte, que congrega sólo una vez en el año; y llegan á acompañarle los cofrades vestidos con lo mejor, adornados con diademas ó huinchas de las cuales suspenden cintas de colores, y llevando pendiente del cuello, sobre el pecho, un colgajo en donde han colocado espejitos de varios tamaños, como queriendo significar que por allí se ve el corazón.

La imagen del santo se halla expuesta en una sala, donde el Inca, seguido de su corte pintarrajeada, como esos coros de óperas representadas por artistas famélicos en un lugarejo de provincia, penetra por primera vez á presentar el anual homenaje. Los cofrades, los allis y los promesantes, son los que hacen séquito, todos vestidos con trapos de colores, con papeles de esmalte y con piezas de vidrio que, según he deducido, llevan como reliquias imaginarias. Los alféreces han ido á formar la guardia de honor al pequeño Alcalde, que pasa sus vísperas en la Iglesia Matriz. El día siguiente, el primero del año, es el de las grandes emociones; el gentío comienza á agolparse en el atrio del templo donde está el Niño, donde se celebra la misa solemne con asistencia de todas las personas reales, con cantos escritos en lengua quichúa, cuya letra es conservada y transmitida por el Inca á sus su-

cesores legítimos. Allí tienen un sitio preferente y una parte designada en el ceremonial. Cuando ha sonado la hora meridiana, se ve asomar á la plaza mayor dos grandes grupos de gente: uno sale de la iglesia tras de la imagen del Niño Alcalde, y otro detrás del Santo Patrono, y ambos se dirigen á un mismo punto, á encontrarse en frente de la casa del gobierno de la Provincia.

El sol abrasa la tierra, y del fondo de aquella masa de gente surgen llamas de fuego impregnadas de ese olor peculiar á las grandes agrupaciones. ¡Qué hermoso, qué risueño, qué majestuoso viene el Niño, haciendo vibrar los flecos de oro de su casaca de terciopelo negro! ¡Qué bien lleva y con cuánta gracia la gorra con plumas de color del azabache, encima de su cabecita dorada como un manojo de espigas! ¡Con qué donaire cuelga la capita sobre sus espaldas, y con cuánta majestad é imperio empuña aquella vara con que á los hombres señala el derrotero de la vida, á los reyes obliga á inclinar la cabeza, á los mares serena y á los truenos impone silencio!

Las mujeres del pueblo se apresuran, se aprietan, se apiñan y estiran el cuello para verle mejor; alzan en brazos á sus hijos para que reciban un destello de esos ojos celestes, de donde creen, en su inocencia pri-

7

mitiva, que van á obtener la divina unción y la salud del alma y del cuerpo. Y aquellos ojitos pintados en la madera pulida, rodeados de negras pestañas, están inmóviles y nada dicen en verdad; pero ese pueblo fascinado por la belleza de la graciosa imagen, se figura verlos movedizos, repartiendo miradas que son bendiciones, y cree ver sonreir sus labios encarnados, como si se sintiera satisfecho de la piedad de los devotos. Una música de violín y tamboriles rústicos, ejecutada por artistas criollos, marca el pausado compás de la marcha con sonidos apagados é intermitentes, que más bien parecen el acompañamiento de un ajusticiado; pero en medio del singular conjunto no serían reemplazados con mejor efecto.

«Grave, solemne, pausado»—como dice el poeta—sobre sus andas sostenidas por cuatro indios morrudos, se encamina San Nicolás al encuentro de su protector. La masa del pueblo le sigue embelesada; el Inca va detrás en medio de dos cofrades que sostienen sobre su cabeza, á modo de dosel, un arco forrado de tules de color abullonados y entrecruzados por cintas de las cuales penden las reliquias, como solían hacerlo en los tiempos antiguos el Inca verdadero y sus mujeres. Impone una vaga tristeza aquel aire de majestad que se toma el pobre Inca

cuando ejerce su grave ministerio y sacerdocio; envuelto en una atmósfera de sueño y beatitud, con los ojos cerrados, como contemplando un mundo ideal que no quisiera ver disiparse con la luz del sol de Enero, entonando con voz ahuecada y fatigosa por la edad y los achaques, la canción consagrada, al son monótono de su tamboril hereditario, sigue paso á paso las andas tardías del Santo Patrono. De rato en rato, los diáconos que le acompañan inclinan delante de él por tres veces consecutivas el arco de las reliquias, mientras repite las palabras de la adoración quichúa á que hacen coro los demás:

Santullay Santullay,
Yayhuariscu yayhuariscu
Achallay mi santu,
Chaimin canqui,
Achallay mi Virgen, etc.

El momento solemne llega: las dos procesiones se encuentran delante del Cabildo de la ciudad, y se detienen para que el divino Alcalde reciba la triple salutación de su general, del que acaudilló en los tiempos de pruebas las huestes indígenas sometidas por el poder de sus milagros. Las andas del Santo Patriarca se inclinan tres veces delante del Niño, que ha quedado inmóvil, imponiendo silencio á la multitud, con la faz

risueña y los ojos serenos fijos en actitud de bendición sobre su pueblo, el cual le adora de rodillas en aquel instante; mientras el Inca, que conduce la ceremonia, entona con un coro de voces graves las estrofas del himno de alabanza, alusivas á aquel punto del ritual. Concluídas las salutaciones, los dos grupos dan vuelta con la misma lentitud, desandando el camino hasta volver á sus sitiales.

La fiesta religiosa ha terminado, pero empieza la fiesta popular, el regocijo callejero que se manifiesta en formas desbordadas y silenciosas. El Inca entonces se toma unas horas de recreo, yendo á presentar sus saludos oficiales al Gobernador de la provincia, quièn le recibe con respeto, y le habla de su dinastía, y del buen derecho que le asiste contra los que le disputan la legitimidad de la corona. La visita se anuncia por unos leves sonidos del tamboril, y en seguida canta con la misma gravedad religiosa «la canción de los allis», como se llama popularmente, que lo mismo se emplea en aras de las imágenes que en las visitas á las personas principales de la ciudad. Haciendo demostración de acatamiento á la autoridad, pide permiso para que *su gente* corra á caballo por las calles que se determinan, en caballos compuestos y adornados

al estilo que lo está ella misma. La concurrencia se dispersa en grupos, luciendo con inocente vanidad sus colgajos de colores; y cuando por vez primera presencié la fiesta, salían los gigantes mezclados con la multitud, haciendo chillar de miedo á los niños y huir despavoridos, hasta soterrarse en el último rincón de sus casas.

Aquellos gigantes eran hombres añadidos con enormes máscaras de proporciones colosales, de colores hirientes y de gestos expresivos de viveza ó de estupidez, pero formando un conjunto desagradable, como sucedería si al través de una lente de grandes dimensiones viésemos el rostro humano aumentado en todos sus detalles: la cabeza como una pequeña cubierta de troncos, la frente como una ladera de greda, las cejas como colinas erizadas de espinas, los ojos como quebradas donde hay dos grutas sin fondo, la boca como una hendedura bordada de rocas calcáreas, vistas detrás del bosque que la circunda.

Vestidos de hombre y de mujer, recorrían esos figurones las calles, bailando y mostrando á uno y otro lado sus caretas estereotípicas, que parecen á la imaginación como teniendo vida y movimiento; haciendo contorsiones y dando saltos á la carrera con cierto compás, como si siguieran una música

que nadie oye; pero todo con tal desabrimiento, que no puede evitarse una conmoción de disgusto mezclado con cierto supersticioso temor de que vayan á aproximarse. Y esos gigantes, cuyo simbolismo no he podido penetrar, asistían á la misa y seguían con toda reverencia á la procesión. Creo, después de haber oído las ingenuas interpretaciones populares, que aquella exhibición tan curiosa no significaba sino un medio inventado para llamar la atención de los indígenas, amigos entusiastas de todos esos aparatos y mojigangas; pero se sabe que sólo los que habían hecho una promesa al santo, podían vestirse con aquellos extraños disfraces. Hoy ese detalle ya no existe, prohibido por las autoridades civil y eclesiástica, por razón del abuso á que llegaron las máscaras y los movimientos de su grosera danza por las calles, al amparo del disfraz conductor de la licencia.

Yo he contemplado hace muy poco, con la más profunda tristeza, esa fiesta indígena celebrada por gentes que en los días ordinarios trabajan y se conducen como seres razonables; pero aquel día parecen desenterrar de su sepulcro de tres siglos toda una época de barbarie, para presentarla como en un teatro de raras exhibiciones. Hay en ella como una vaga reminiscencia de esas proce-

siones báquicas que precedieron á la formación de la tragedia helénica; una mezcla informe de ritos idólatras y católicos, en la cual apenas puede percibirse la línea divisoria, el pensamiento civilizador que presidió á su invención, y el sentido del simbolismo encerrado en cada uno de sus detalles. Pero es indudable que en su origen fué claro y visible el significado, y que la transmisión consuetudinaria de sus ritos, entre gentes sin la menor cultura intelectual, fué mutilando las formas y suprimiendo muchas de las ceremonias, hasta quedar sin unidad de acción, como esos manuscritos en los cuales el tiempo ha borrado palabras y conceptos, haciendo imposible la restauración del período.

Así, tengo en mi poder, recogida de los labios del Inca actual, Eustoquio Nina, la letra de la célebre canción quichúa que, comenzada la víspera, sigue en las salutaciones al Niño Jesús, al año nuevo y á la Virgen Madre; continúa en la gran procesión y termina como un himno de gracias por las cosechas de la tierra, y una especie de brindis á la salud de los concurrentes; pero toda ella, escrita seguramente en el quichúa docto de los jesuítas, fué adulterada por la tradición oral, pasándola maquinalmente de unos á otros sin comprender ya su sentido,

como si se quisiera reproducir en palabras los mil ruidos nocturnos de una selva, y conservar en la memoria el conjunto de monosílabos muertos é incoherentes que resultarían de semejante operación mental. Restituir hoy esa canción á su primitiva forma y lenguaje, es trabajo de paciencia y prolijo estudio; pues habría que remontar por el análisis hasta la formación del idioma mismo.

Debe notarse que el clero no les presta su auxilio; la procesión es puramente popular, y su sacerdote único el Inca, seguido de sus cofrades y alféreces; pero está de tal manera arraigada en la costumbre, que han sido vanas é impotentes las tentativas para suprimirla. Gobernador hubo que queriendo prohibirla, provocó un motín que puso su vida en peligro; y cuando uno de los vicarios de aquella iglesia impidió la entrada al templo á la procesión del Niño Alcalde, suscitó en tal grado las iras de la muchedumbre, y tal lluvia de improperios y obscenos insultos se atrajo de los hombres y de las mujeres—siempre, eso sí, salvo la corona y el hábito,—que llegaron algunas de esas profetisas á augurarle una muerte desesperante y horrible.

La fatalidad se encarga muchas veces de confirmar las supersticiones y las vagas pro-

fecías del vulgo, nacidas sin origen visible, á no ser en ese pequeño tinte de venganza que colora las almas más inofensivas. El Vicario cayó enfermo de una parálisis que le dejó mudo y tullido hasta la muerte. «¡ Ah! sí—rugía la plebe, iluminada por aquella prueba de la ira celeste,—no en vano se prohibe á nuestras queridas imágenes entrar al templo que pertenece á todos los creyentes! Dios le ha castigado; ¡ loado sea Dios!» Hace poco fallecía un benemérito y austero sacerdote de aquella provincia, fray Laurencio Torres, y el pueblo dijo también que había allí un castigo de Dios, porque intentó suprimir la festividad de Enero.

¡ Pobres creyentes! dejémoslos pasar con sus ilusiones y su fe, que al fin ellos no sienten la oleada que va sepultando sus costumbres primitivas, no dándoles tiempo para preocuparse de ellas con exceso. Dejemos al pobre Nina adornarse puerilmente cada año, soñando quizá que es un rey desterrado dentro de su tierra, destronado encima de su trono, apenas vislumbrado por su ignorancia unas cuantas horas. Allí está para perdonarlos aquella hermosa creación del Niño Alcalde, que no puede mirarse sin sentir conmovido el corazón por reminiscencias tristes de un pasado sombrío, y lleno á la vez de martirios y abnegaciones sin límite.

Sí, él es todo, es el detalle poético de la prosaica fiesta, y se sobrepone al conjunto grosero como una música tierna encima de un desordenado y confuso griterío, como una flor solitaria sobre la selva desvestida por el incendio, como un rayo de luz en medio de una multitud de esqueletos que danzan con sus muecas horrendas.

Impresión indecible produce aquella procesión sin sacerdotes y sin himnos sagrados, sin incienso y sin vestiduras relucientes; diríase que es un pueblo maldito que marcha al destierro, llevando sus dioses tutelares al rumor de los cantos dolientes de la despedida, á buscar en climas remotos una tierra hospitalaria y una roca donde reconstruir los altares. Sí, dejémoslos gozar de su sueño fugitivo y al pobre Inca esperar la muerte envuelto en el raído manto de su grandeza sepultada. Los años corren veloces, y ya la llama que va á quemar sus andrajosos adornos se cierne sobre sus cabezas.

VIII

LA MISIÓN DE SAN FRANCISCO SOLANO

Quede para los historiadores de severo estilo y frase comprobada, y para los cronistas místicos, la narración de los sucesos políticos y las vidas de los santos y de los mártires; yo quiero reflejar en estas páginas los caracteres sociológicos de mi pueblo, su fisonomía y su alma, arrancando su secreto á los despojos del tiempo y de la naturaleza, á las obras mutiladas de los hombres y á las huellas medio ocultas de los que levantaron los primeros cimientos de la ciudad civilizada.

La ciudad de la Rioja presenta todavía signos elocuentes de antigüedad; sus templos de piedra descubierta y de murallas ennegrecidas, le dan el aspecto de la tristeza y la meditación; sus huertos de naranjos seculares, despiden en primavera el incienso invisible, que sube á lo alto en las ráfagas tibias de sus noches clarísimas, invitando á soñar en fantásticos paraísos; sus casas de

gruesas paredes de adobe, de techos de teja y puertas que rechinan con todo el peso de sus dos siglos, encierran los majestuosos salones donde el *estrado*, tapizado de chuse, invita todavía á la conversación y á la sencilla etiqueta de las antiguas y patriarcales costumbres coloniales. Allí está la alcoba clásica, donde la madre de familia, de hábitos reservados y severos, reune sus hijas y sus criadas para las costuras, los bordados y los tejidos primorosos, y en la noche para arrodillarse delante del gran Cristo hereditario, que pende de la pared cubierto con un velo transparente, á rezar la oración cotidiana por la salud de los vivos, por el descanso de los muertos amados, y para enseñar á los niños las primeras oraciones; allí el grande y espacioso patio, sombreado por el naranjo de amplia copa, rodeado del corredor espacioso donde se recibe las visitas familiares y se hace la rueda amante del mate, que incita á la confianza, despierta el buen humor y consuela el cuerpo, mientras llega la hora de la comida casera y de gustar el vino inocente de la finca señorial.

Los conventos se mantienen todavía en pie con la ayuda de puntales y remiendos; impávidos, con las fachadas terrosas y carcomidas, desafían aún otro siglo; al interior se extienden sus largos y estrechos co-

rredores, á donde dan las puertas de las celdas pavimentadas de ladrillo, habitadas por muy pocos veteranos, como una guardia vieja dejada en el cuartel de un ejército en marcha; uno que otro cuadro donde más se ve lienzo que pintura, y donde apenas puede adivinarse una forma de las que trazó el pincel, adornan las murallas, en cuyas grietas han hecho sus viviendas los millares de murciélagos que por la noche azotan el rostro del fraile y del visitante. ¡Y cuánta reliquia encierran esos retiros como sepulcros! ¡Cuánto árbol que puede contar la historia de la orden! Allí están los naranjos plantados por el fundador, volviendo hacia la tierra de donde surgieron un día lozanos y esbeltos, hasta trasmontar con sus gajos los techos mohosos.

San Francico Solano ha dejado en el convento de su nombre recuerdos que duran ya más de dos siglos: la celda, el naranjo favorito... Pero hablemos de este inmortal misionero, que logró alcanzar un nombre ilustre entre todos los apóstoles del Evangelio en América. Su misión ha sido grandiosa, su heroísmo imponderable, y su abnegación le ha valido ya la corona de luz de los elegidos. El hizo el árido camino del Perú por el centro del continente; su sandalia de peregrino ha recogido el polvo de los caminos

que se extienden desde el Ecuador al corazón de la llanura argentina, siempre solo y siguiendo la inspiración de su apostolado, tras las huellas que los ejércitos iban dejando, y muchas veces abriéndoles el paso con su denuedo, que, á no ser el de un mártir, sería el de un estoico. Santiago, Tucumán, Córdoba, la Rioja, guardan la memoria de este infatigable viajero; pero es allá, en el foco de la resistencia calchaquí, en la cual ya algunos sacerdotes habían sufrido el martirio de manos de los salvajes, donde pasa quizá el período más interesante de su vida.

La opinión vulgar, que viene de muy antiguo, señala las ruinas de la casa de San Francisco á la entrada de la montaña; son dos habitaciones de tapias superpuestas, y cuyos techos han desaparecido, pero cuyos muros de tierra apisonada se sostienen en pie; un inmenso algarrobo la cubre casi por entero, abrigando su desnuda vejez con una capa verde y tupida por donde no penetra el sol. Allí tuvo un altar de madera construído por él mismo, que fué después al convento y en seguida al poder de un coleccionista; bajo el ramaje de aquel árbol solía sentarse á tocar su mágico violín, con el cual atraía las puebladas de indios, fascinados por los sonidos de una música que para ellos, tan inclinados á todo lo que ve-

nía de la religión incógnita del cielo, debía ser sobrenatural. No de otra manera el «rey de los pajaritos», esa ave de poder sugestivo, se pone á dar gritos encima de un árbol para apresar después á todos los demás que fatalmente acuden á su llamamiento imperioso. La música desarma el furor del bárbaro, haciéndole llegar al alcance de la palabra del misionero; el artista domaba con sonidos lastimeros á la fiera de la selva primitiva, que corría á echarse á sus pies para recibir la caricia de la mano que pasaba dulcemente por su cabellera hirsuta: la flecha duerme en el carcaj; el arco está tendido en el suelo; la honda terciada sobre la espalda curtida y anudados sus extremos sobre el pecho velludo; los ojos ávidos y el oído encantado están fijos sobre el instrumento maravilloso, de cuyas cuerdas brotan lamentos jeremíacos bajo la presión del arco, que recorre lentamente los tonos y las intensidades del sonido. Primero es la infantil curiosidad, luego la influencia de la melodía, obrando sobre el organismo del salvaje como sobre el de la serpiente, y después la idealización instintiva del poder que tales arrobamientos produce: y como más allá de lo conocido no concibe sino la divinidad omnisciente, es ella, sí, la que habla por intermedio del hombre de tupida barba y de tú-

nica talar, á cuya cintura se enrosca un cordón de cáñamo, y cuyos pies desnudos sólo defiende de las espinas con la usuta que le es conocida. Sí, debe ser ese Dios de los cristianos quien ha mandado á este hombre extraordinario dotado de arte tan sublime; deben ya los dioses nativos, é Inti Pachacamak, haber rendido sus armas fulgurantes ante el Dios invisible del invasor, entregándole sus palacios y el dominio de las nubes, de las nieves y de los vientos.

Hay que obedecer y adorar el portento que ha podido vencerlos; aquella música es su voz, aquel hombre es su mensajero:— adorémosle. Y el salvaje concurso clava la rodilla en tierra, y juntando con ella las manos y la cara, espera la bendición de la deidad triunfante. El músico habla su idioma y les dice que así, con tan dulces acentos, habla también el Dios que le envía, lo mismo al indio desnudo que maneja la flecha, que al rey orgulloso que se viste de oro y de púrpura: y todos se deleitan en él.

Ha comenzado la plática de concepto claro y de lenguaje primitivo, llena de comparaciones reales y de narraciones prodigiosas, de imágenes poéticas que el indígena ve diariamente en la hoja que se mueve, en el torrente que salta, en el águila que hiende el azul, en el rayo que incendia, en el

amor que inflama las almas, en el heroísmo que lleva al sacrificio, en el combate que defiende la tierra nativa; todo lo pasado—la creación, la muerte del Cristo, la fundación de la Iglesia—va deslizándose nuevamente en los oídos y en el corazón de aquella asamblea de fieras domesticadas, con el mismo arrobamiento de la música, con la misma dulzura y fascinación de un sueño fantástico, con la misma variedad y coloración progresiva de una alborada tras de las cumbres vecinas; y cuando el ferviente apóstol ha levantado en alto la cruz que empuña su diestra, cayendo de rodillas, con los ojos clavados en el firmamento y con lágrimas que riegan su mejilla tostada, prorrumpe en un himno de alabanzas al Omnipotente, al Ser que anima el Universo, y le pide con voz sollozante é impregnada de sincero entusiasmo, haga descender un destello de la gracia infinita á las tinieblas de aquellas almas, como un rayo de luna se infiltra en el fondo de una cueva. El *fiat* ha irradiado al impulso del verbo; la plática saturada de unción y de fuego ha hecho amanecer en la noche de la barbarie. La conversión por el arte del sonido y de la palabra, es la obra del misionero que la historia y la tradición han consagrado con este nombre: «el portentoso apóstol del Reino del Perú».

Construíase entonces el templo de la Orden franciscana; pero el discípulo de Francisco de Asís levantó su altar al pie del monte donde los indígenas tenían las viviendas. Sus visitas á la obra eran frecuentes, y ya trabajaba con la predicación, convirtiendo á los fieles y á los indios en obreros, ya poniéndose él mismo en la faena. Se le dió después una celda en el convento, y trasladó á ella su morada y su constante penitencia. Existe un naranjo consagrado por sus oraciones y por sus martirios cotidianos: los siglos lo han obligado á inclinar la copa, y el tronco, por donde circuló la savia juvenil, hoy está hueco como un nicho, y hondas cuevas horadan sus gajos.

La tradición es á veces obscura é incomprensible, y ella cuenta que el santo misionero practicó esa excavación para martirizarse, manteniéndose largas horas incrustado en aquella hendedura, con los brazos aprisionados también dentro de dos agujeros cavados hacia arriba en el mismo tronco. Así, el «naranjo de San Francisco» es hoy la reliquia viviente de su misión en aquella ciudad; él lo consagró con sus penitencias, lo santificó con su fervor y lo dotó de cualidades medicinales, comunicándole la gracia con la cual obró los milagros que cuentan sus biógrafos, durante su paso por los reinos del Perú.

Uno de esos biógrafos dice que obró prodigios innumerables en las provincias del Tucumán, y que de tal manera se avergonzaba después de la propia fama, que se sentía impulsado á abandonar los lugares que habían sido testigos de sus maravillas. Yo he escuchado esos relatos inocentes con verdadera curiosidad, y he estudiado las fuentes de la creencia ingenua del pueblo que el valiente misionero visitó en los primeros tiempos de la conquista, y que ha legado sin examen á la posteridad, por ese instinto innato de fantasear, de poetizar todo cuanto no tiene una solución inmediata. En aquellas épocas los milagros eran frecuentes; las conciencias no meditaban sobre los grandes problemas que la filosofía ha planteado á la humanidad contemporánea.

El ilustre Esquiú decía en una plática memorable que escuché bajo las bóvedas de la catedral de Córdoba:—«¿Sabéis por qué ya no hay milagros? Porque ya no hay fe».—Y mucho tiempo he meditado sobre el sentido profundo de esta frase, que, involuntariamente, en el proceso mental yo invertía. Sí; ya no hay milagros, porque ya no hay fe; y las multitudes de hoy como las que seguían á Jesús en sus predicaciones ambulantes, piden siempre milagros para tener fe: ¡eterno dilema de la razón rebelde!

Pero el pueblo no raciocina cuando intervienen sus creencias seculares; siente, imagina, idealiza los sucesos cuya causa no puede penetrar *á priori* con su criterio casi siempre empírico, y la ilusión de uno solo se convierte en una verdad indiscutible para muchos, y sobre ella se levantan religiones y costumbres, ritos é instituciones: son el elemento poético que perfuma las páginas graves de la historia, en las cuales la línea recta marca la inflexibilidad de las leyes generales del desarrollo humano; son la poesía y la tradición, entrelazadas con el desnudo y árido relato, con la misma gracia y suaves curvas que la enredadera se trepa, enroscándose, en la columna sobreviviente del templo derruído; son las brisas del oasis cargadas de aromas virginales que vienen á dar alivio al viajero del desierto, fatigado de recorrer sin reposo este camino de la vida, que hemos de andar hasta vislumbrar el abismo en donde se difunde como un torrente en las arenas de la llanura.

IX

LA VUELTA AL HOGAR

¡Cuánta alegría en el hogar después de tan largos días de terribles dudas! Mi madre ya no es la misma dolorosa, que en muda peregrinación recorría con su servidumbre los desfiladeros de la montaña. Se oyen risas y carreras de los niños en los patios espaciosos, palmoteos locos, anunciadores de una buena noticia, movimiento de peones que aprestan mulas y caballos para nuestro viaje de vuelta á la casa materna, abandonada hace tanto tiempo.

Mi padre ha salido en libertad, y vamos á partir para nuestra aldea de Nonogasta, donde nuestros abuelos han quedado llorando nuestra ausencia y nuestro bullicio, donde los parrones cuajados de racimos multicolores, nos esperan bamboleantes del peso de la cosecha; donde el olivo centenario de la huerta, sombrea el baño al aire libre formado por el arroyo que atraviesa la fin-

ca; donde nuestras primas nos aguardan ansiosas para sus paseos y para que construyamos los palacios de las muñecas, que vestidas de toda gala están sin tener dónde recibir dignamente las visitas de etiqueta; donde las mujeres del pueblo ya preparan los dulces y las primicias del año, para obsequiarnos á la llegada.

Comienzo á sentir el rumor de los sauces llorones y de los álamos de hojas bulliciosas, alineados á lo largo de la calle del pueblo, teatro de nuestras correrías á pie en las noches de luna; oigo los cantos de la vendimia que empieza, los tañidos de la campana colgada de un travesaño rústico y los preludios del clarinete de Francisco, que ensaya su repertorio olvidado por la inacción y la tristeza.

¡Oh día venturoso de mi vida en que vi de nuevo las rocas del camino, los precipicios y los mogotes que limitan las vertientes de la sierra de Velazco! Ellos me separan de mi valle nativo y me ocultan la visión espléndida del Famatina, de ese centinela inconmovible de los Andes, que desde su torre de nieve insoluble está vigilando el sueño de la llanura! Ruta cruzada mil veces, siempre nueva y de impresiones inesperadas, es aquella que recorrimos entonces en son de fiesta, en busca del nido abando-

nado. Mi corazón se abría con avidez á las ráfagas andinas, á la sensación de los paisajes y de los cuadros que mi imaginación animaba con vida y colorido nuevos; mis miradas retozaban de piedra en piedra, de cima en cima, ya siguiendo el vuelo de un pájaro de grandes alas, alarmado del estrépito de nuestros gritos y de nuestros cantos, ya la carrera del huanaco, espía de la tropilla lejana, que ha venido á pararse sobre la roca, encima de nuestras cabezas, para dar la señal del peligro; ya asistiendo á los movimientos de la nubecilla solitaria que se pliega y se despliega sobre un pico aislado, como una niña juguetona que ensayase mil formas de adorno con un tul diáfano sobre la cabeza de un anciano; ya descubriendo las sendas que surcan las laderas como hilos desparramados por el viento, y por último, buscando en los grupos de las peñas esas figuras caprichosas de cúpulas atrevidas, arcos majestuosos, ventanas ojivales y grutas sombrías que la naturaleza construye y desmorona en incesante labor.

Apurábamos la marcha con frenesí, sin piedad para las bestias ni para nuestros cuerpos, espantando el sueño de la noche pasada al raso en la cumbre, para no interrumpir el pensamiento febril de las cerca-

nas alegrías, y la serie de proyectos fantásticos discutidos en rueda, encima de la arena donde hemos improvisado nuestras camas de viaje.

A cada momento preguntamos impacientes por la distancia que nos falta, la hora de la llegada, el estado en que encontraremos nuestros árboles y nuestras cepas favoritas. Y así, en esta agitación sin tregua, hacemos nuestro camino por quebradas y desfiladeros, faldas escarpadas y espirales sin término, hasta que llegamos al llano y emprendemos el galope, sin que sean fuerza para detenernos las órdenes imperiosas de mi padre, quien al fin tiene que consentir en perdernos de vista, por el recto y ancho carril que remata en la plaza del pueblo.

Las mujeres y los muchachos salen en grupos á darnos la bienvenida cariñosa, y los perros en jaurías asaltan y encabritan nuestros caballos; pero ya estamos en los gruesos portales de la casa, y desde allí se divisan la cabeza blanca de la abuelita sentada en el corredor, hilando su interminable madeja, como otra Penélope; ahí es el correr á quién se desmonta primero y gana la primera caricia de la anciana, que tiene los ojos enrojecidos y sombreados de tanto llorar los sufrimientos de sus hijos; á quién

da primero el abrazo á las primitas ya crecidas, y que ruborosas se han escondido en la alcoba, y si he de hablar lo cierto, á quién aventaja la mejor sandía y las uvas más doradas, de la mesa de frutas preparada para recibirnos.

X

LAS COSECHAS

Era la época de la vendimia y de la cosecha de todos los cultivos, cuando el pueblecito se pone alegre y bullicioso, porque vuelven muchos ausentes, y porque los labradores festejan alborozados los dones ópimos que premian sus fatigas. ¡Cuánta algazara al despertar el día, de mozos que enganchan los carros, ó uncen los bueyes á la carreta tradicional, ó ensillan las mulas, ó cargan los cestos al hombro para marchar á las viñas á recoger la uva, que se cae de puro sazonada, y traerla á los lagares! Las mujeres y los niños siguen la caravana de los trabajadores llevando los avíos, porque volverán á la noche y la finca está distante; van también escondidas algunas guitarras, para armar el baile durante el descanso de la siesta, bajo los árboles coposos que rodean la viña; y los muchachos tienen preparadas flautas de caña con las cuales tan bien se toca el triste y la vidalita, como se

florea un gato, un escondido, una mariquita ó un vals, de esos que oyó una vez «tocar por papel» al clarinete del pueblo.

Cuando el sol ha asomado, ya han ido y vuelto dos veces los carros llenos hasta el tope de racimos negros y dorados; por toda la viña no se oye sino cantos; silbidos musicales, gritos que se llaman, risas que se desbordan, exclamaciones que se fugan, y de vez en cuando palabrotas que se escapan, cuando el cosechero ha caído preso en un bosque de cadillos que se pegan como agujas en el cuerpo; aquello parece una colmena en la cual todos tienen su tarea que ejecutan con gozo y que mil incidentes cómicos amenizan, arrancando risotadas á todo pulmón.

Allá, en medio de un tupido grupo de árboles, una muchacha monta sobre la cepa para cortar el racimo más alto, y al bajarse enrédase el vestido en presencia del festejante, que la busca, agazapándose bajo las parras, por si logra un momento de hablarla á solas, ó por lo menos, con su poquillo de picardía, por si sorprende algo de eso que enciende más la pasión naciente. «¡ Qué pierna... para una cueca!» grita el maligno perseguidor, y la niña, toda encendida, baja los ojos sin decir nada.

Las mujeres, que esta vez no fueron por

curiosas, andan también por ahí, perdidas entre los *yuyos* y las malezas, charlando como *catas* en el nido y cuidando sus niñas de las imprevisiones, entre tanto mocetón como se ve ocupado en la misma obra; los chiquillos, que han ido á estorbar á los grandes, no hacen más que comer y cosechar pichones ó huevitos de tórtolas en los nidos descubiertos en medio de las parras hojosas; y aquí ríe uno de una caída, allá llora otro picado por una avispa ó claveteado por las rosetas y los amorsecos que crecen ocultos entre los matorrales.

Nosotros también—los niños, como nos decían las gentes de faena.—ávidos de aquellas emociones, nos mezclábamos en ellas, echándolas de guapos, cuando apenas duraba nuestro brío el tiempo necesario para empalagarnos con el jugo azucarado de la uva. ¡ Fuera botines, saco y sombrero! Todos somos lo mismo á esa edad en que se hace daño en las plantas y se estorba á los demás con el pretexto de trabajar; sí, fuera todo ese ropaje de amos que incomoda, y venga el bochinche, y luego las insolaciones, y los rasguños, y las roturas, para dar que hacer á las tías que se encargaban de nosotros en vacaciones.

A las once, todos se han reunido á la sombra del tala gigantesco á tomar descanso y

almuerzo. El costillar chirría en la parrilla de hierro, y despide ese humo perfumado que se aspira con deleite, producido por las gotas del jugo caído sobre la brasa; las teteras están despidiendo como locomotoras bocanadas de vapor, haciendo dar saltitos á la tapa, por debajo de la cual se escurren las burbujas de la ebullición, porque ya va á comenzar á dar vueltas el mate, que se acomoda lo mismo antes que después de la comida; las guitarras se hacen las que duermen suspendidas de un gajo del árbol, y las mozas de la vendimia las miran de reojo, mientras sirven á sus hermanos y amigos el asado suculento; el locro hierve á borbotones dentro de la olla tapada con una piedra chata, dejando salir la espuma blanca por debajo, hasta que vaciado en la gran fuente de madera, los campesinos forman círculo y la dejan limpia. Un racimo de postre, un vaso de vino del año pasado, y comida hecha. Ahora se extienden los ponchos sobre la hierba y se pestañea un poco para decir que se ha dormido, hasta que la orquesta de guitarra y flauta comienza á preludiar esos aires que ponen los huesos de punta y hacen tararear, sin quererlo, una letrilla picante.

Las caras de los concurrentes se animan con luz repentina, los ojos chispean y los

labios sonríen, y todos sentados en rueda sobre el suelo, cruzando las piernas, se tiran y se retrucan los dichos que se entreveran como fuego graneado. La pareja más joven sale al medio; la niña de larga trenza y de moño encarnado sobre la cabeza, con un ramito de albahacas sobre el pecho, y el mocetón de barba nueva y renegrida y de ojos obscuros, están frente á frente comiéndose á miradas y diciéndose galanterías, hasta que los músicos rompen en alegres rasgueos, entre los bravos de los asistentes que los acompañan con palmoteos acompasados y castañuelas imitadas con los dedos. Les sirve de alfombra la gramilla verde y de cortinado y techo el ramaje del árbol de sombra espaciosa. Las vueltas ágiles, los movimientos graciosos del cuerpo, la expresión de los rostros, la novedad de los zapateados y la precisión en el compás, arrancan exclamaciones entusiastas de los espectadores.

—«¡ Una sin otra no vale! ¡ Un trago para el cantor!» Una salva de aplausos resuena al final del baile, y antes que se siente la heroína, otro mozo, que ha estado brincando por echar su escobillada, la invita diciendo:

—«¡ Barato, la niña!»

Cada uno muestra así su sistema en ese

baile curiosísimo, que tanta gracia presta á las jóvenes desenvueltas y bonitas, y el cual consiste en dar vueltas como siguiendo el mozo á la niña, ya intentando pasar sin que ella se lo permita, formándole un atajo con el vestido y corriendo siempre en frente para estorbarle el paso, hasta que el joven se pone á zapatear como para conquistar á su enemiga, quien concluye por dejarle libre el sitio yendo á ocupar el de su compañero; y así se repite dos veces hasta que se termina con alguna figura de reverencia ó adoración de parte del rendido galán, entre los vivas y dicharachos dirigidos á la brava pareja. El guitarrero le endereza una copla sentida, una declaración de amor á la cual ella contesta con una sonrisa, pero sin hacerle más caso: son licencias de que goza el cantor, sin comprometer nada seriamente.

Ahí está el tío Jonás, gran bailarín en sus mocedades, y que se alborota todavía viendo la danza. Una chinita despejada sale á darle la mano para obligarlo á bailar una zamacueca chilena, porque aun el viejo sabe quebrarse graciosamente y mover las piernas con agilidad. Todos le hacen círculo, metiéndole una bulla infernal, y el anciano reverdecido, hasta se toma la libertad de dar un abrazo á la compañera, al terminar la tanda, cuya repetición obligada se le dispensa en razón de sus achaques.

—«Eh, diablos, que bailen mis nietos; yo ya no estoy para dar brincos»—dice secándose el sudor de la frente con un gran pañuelo de algodón; porque el calor del sol produce bajo la sombra esa irradiación que los paisanos llaman *resolana,* cargada de los perfumes calientes de los pastos y del hinojo abundante.

La animación decrece al influjo adormecedor de la alta temperatura, y poco á poco van cayendo estirados sobre sus mantas los bailarines y los espectadores, hasta que el silencio más profundo reina en la asamblea. Y aquí de las chicharras, que durante el alboroto han estado calladitas sobre el gajo de tala, y ahora rascan todas á un tiempo sus guitarritas en el mismo tono, produciendo una somnolencia irresistible. Diríase que en las siestas ardientes, cuando todo se adormece en la creación, ellas son la música del silencio, porque no se cansan de imponerlo con su *chirrrrrrr* prolongado y narcótico.

Cuando el sol ha caído y dejan de ser temidos sus flechazos, la gente vuelve al oficio, hasta que el astro se oculta tras de la sierra; la bullaranga se desvanece como por encantamiento y comienzan á volver todos á los ranchos; la noche se va acercando y empiezan á encenderse los fogones en la pla-

nicie, al mismo tiempo que las estrellas en el cielo. Mirado desde la altura, donde está la casa de mis abuelos, aquel conjunto de luces dispersas sin orden en el arenal de enfrente, hace el efecto de una bahía silenciosa y en calma, donde arden los farolillos de las embarcaciones.

Pero allá en el seno de las familias propietarias, la escena es diferente; la alegría repercute en el vasto corredor, donde se ha armado la charla con todos los que han venido de visita trayendo criaturas y sirvientes. Ninguno se sentía desgraciado, porque un vínculo amoroso los reunía en una sola ambición noble y pura. Los ancianos estaban allí para reflejar su severa virtud sobre los hijos y los nietos, congregados cotidianamente, y para mantener la atmósfera serena de aquel hogar que ya no existe. Nosotros hacíamos reunión aparte; mejor dicho, nos mandaban á jugar, y á pelear también, sin peligro de lastimarnos sobre la arena espesa de la gran playa que se junta con el campo. Formábamos numerosas comitivas, y prendidos todos de las manos, íbamos en corporación á hacer visitas á las viejas mamás que teníamos en los ranchos, porque, cual más, cual menos, todas habían sido nodrizas de nuestros padres.

Allí, lo recuerdo bien, vivía «mamá Ubal-

da», ó Walda, que murió cuando iba á cumplir un siglo, ya perdidos la razón, la vista y el gusto, y á quien inconsideradamente le hacíamos las travesuras de Lazarillo de Tormes, dándole á beber menjurjes inofensivos, pero no usados, que á ella se le antojaban sabrosas bebidas y refrescos deliciosos.

En seguida la pandilla marchaba á dar un malón á los ranchos, donde tenían aloja fresca en los grandes *naques* de cuero que le sirven de vasija, ó en tinajas de barro cocido tapadas con ramas de sauce llorón; ó bien, cuando oíamos sonar el tambor chayero, en anuncio de diversión criolla, éramos seguros á formar la mosquetería, á gritar, á reir y á ensayar también los bailes nacionales. Todo esto mientras los viejos de casa, con la gran rueda de visitas de la misma familia, pero que vivían en sus fincas, departían sobre todos los temas serios de la política, traídos por los diarios de Buenos Aires y de Chile, sobre los intereses comunes de la localidad, y por fin de todo cuanto nosotros no entendíamos y menos nos importaba.

En aquellas reuniones se proyectaba los paseos á los sembrados y á las huertas distantes. Al día siguiente, todo un ejército marchaba á caballo: las señoras con sus sombreros y vestidos de campo, y los ca-

balleros acompañándolas devotos y enamorados. A las abuelitas las llevaban en carruaje, y á nosotros nos metían en un carro de la cosecha, y nos dábamos por muy bien servidos con tal de no perder el banquete preparado bajo un inmenso algarrobo, y en el cual se hacía un gran derroche de frutas, con el pretexto de probar la producción del año y comparar la de una finca con otra.

No me olvido nunca de aquellas montañas de sandías y melones olorosos de extraordinario volumen; de aquellas tipadas de higos de toda especie, desde el *uñagal* de color violeta, hasta el cuello-de-dama de piel blanca y de corazón encarnado como sangre joven; de aquellas canastas de uvas finas elegidas de los parrones reservados, contrastando en colores y rivalizando en lo exuberantes y en lo transparentes. Se daba un paseo á pie para hacer apetito, y luego se dividían señoras y caballeros para ir á los baños de las grandes acequias, cubiertas por impenetrables bóvedas de sarmientos entretejidos y arqueados por el peso de los racimos. Nosotros, los niños, quedábamos dueños del arsenal, y cuando volvían todos al almuerzo campestre, ya habían disminuído notablemente las provisiones. No podíamos resistir á la tentación, cuando estábamos libres del deber moral de la continen-

cia; partir una sandía era descubrir un tesoro de emociones, porque su corazón del color del fuego despertaba ansias de devorarlo de un sorbo, y así lo practicábamos sin tener en cuenta la ciencia intuitiva del ahorro.

A esa edad no se piensa sino en que las plantas dan el fruto y en que éste es hecho para gustarlo; la idea del trabajo y del sudor de la frente, todo eso nos sabía á sermón y á cosa incomprensible. Nuestra ilustración no pasaba todavía de unas cuantas letras del abecedario y de una marcada aversión por la escuela. Esto no impedía que para reirse de nosotros, nos creyeran los viejos capaces de pronunciar discursos en el banquete. Mi primer ensayo oratorio tuvo aquel escenario, y por señalar el corazón para expresar que lo tenía henchido de no sé qué —el discurso era soplado—tuve vergüenza, y mi mano se quedó á la altura del estómago: la acción oratoria resultó trunca, pero el efecto que el auditorio se prometía, nada dejó por desear.

¡Qué quintas aquellas, y cómo el trabajo unido de toda una generación era coronado por la tierra fecunda! ¡Cómo reinaban el bullicio y la vida en aquella aldea habitada por una aristocracia de limpio pergamino, por familias que habían ilustrado su nombre en

la historia local, y habían fundado su hogar común con la noble y asidua labor agrícola! Todos los años rebosaban los graneros, extendíanse los cultivos, las bodegas multiplicaban sus vasijas, aumentábanse en la casa los depósitos, ensanchábanse los cercos para la hacienda, y en la época de las cosechas resonaba sin interrupción el rumor del trabajo, como un himno de la tierra agradecida al cuidado del hombre. ¡Con cuánta animación la gente labradora asistía á sus tareas diarias, al son de músicas y de cantos de alegría! Allí el tronco venerable de todas las familias propietarias, el anciano coronel don Nicolás Dávila, veía crecer su prole numerosa, como el olivo secular, alimentando con su presencia el amor y la ayuda recíprocos, que aplicados al cultivo de la tierra, hacíanla rebosar en frutos.

La tierra tiene un alma sensible y es dócil á las caricias de sus hijos y al riego regenerador de sus torrentes; ella se viste de gala y despide perfumes cuando los hombres se aman y santifican con su amor el hogar; ella se rejuvenece cuando siente el calor de las dulces afecciones domésticas, y el de ese otro grande y sublime sentimiento que nace de sus entrañas para encender el fuego creador de las naciones; ella guarda en sus recónditos abismos la patria del

hombre, que comienza en el árbol solitario, sigue en la cabaña rústica donde arde ya la llama simbólica del hogar, y se difunde en las agrupaciones. Entonces los valles se alfombran de verdura, los llanos crían las selvas gigantes, las montañas albergan el metal precioso y útil, y por encima de toda ella discurren una armonía, una frescura, un aroma, que van derramando en los corazones anhelos de grandezas desconocidas, fervores purísimos de las virtudes fundamentales, ansias irresistibles de un puro ideal, erigiendo templos que no pudiendo llegar hasta Dios, lo hacen bajar hasta ellos en la forma plástica, rodeado de todos los esplendores con que lo forjan los sueños y las fantasías.

Pero ¡ cómo palidece y se descolora la tierra cuando sus habitantes, olvidando las leyes comunes del origen, dejan penetrar en el santuario de las familias las pasiones egoístas, las ambiciones sórdidas, la llama rojiza de las rivalidades y de los odios! Un soplo caliente del desierto cruza por los bosques, cubriendo de amarillo ropaje los árboles ; las hojas que formaron dosel al arroyo, despréndense una á una sobre la corriente tardía, porque van agotándose los manantiales que le dieron su caudal ; los frutos jugosos de otro tiempo nacen y mueren en el ta-

llo, porque les faltan el riego y la sombra; las aves que fueron música de los huertos y sembradíos, emigran de la comarca inhospitalaria, porque no tienen ramas para sus nidos ni brotes para su alimento; en los ranchos del labrador no se encienden los fuegos, ni crecen en los techos pajizos la verdolaga y las margaritas silvestres del color del oro, ni resuenan los tambores ni las guitarras en las horas del descanso: una ráfaga de hielo parece deslizarse por todo lo creado, y ha enmudecido y muerto.

Es la discordia que ha invadido con sus alas espinosas los hogares, y nublando los ojos, enfriando las almas, desgarrando los corazones, ha sembrado al pasar la desolación y la miseria...

XI

EL CORONEL DON NICOLÁS DÁVILA

Todo esto lo sabe el veterano que vigila aún, desde su humilde huerto, la paz de sus hijos, hace esfuerzos para vivir y trasmontar la valla del siglo que se acerca, con aquella fortaleza de ánimo que fué la virtud de su generación, con aquella experiencia de la vida que adquirió en luchas incesantes y en sufrimientos infinitos. Era el patriarca que gobernaba la grey con el derecho innegable de la sangre, y con el poder temido de un carácter que no doblaron jamás los reyes, ni los déspotas de cuchillo, ya se llamaran Fernando VII, ya Facundo Quiroga.

Duro, inflexible y áspero como las montañas que le vieron nacer, tenía también su espíritu las ternuras, las suavidades y las dulces conmociones de una naturaleza delicada y poética. Fué el nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad y sus lejanos términos, acaudillando el sentimiento de libertad cuando nació al influjo

de la revolución; fué guerrero cuando se le mandó traspasar los Andes; fué estadista cuando hubo de regirse el pueblo por sí mismo; y fué mártir cuando la barbarie criolla levantó lanzas y sables, para devastar y ahogar en embrión la obra de la Independencia. Muchas veces su cuello estuvo bajo la cuchilla del bárbaro, sus pies encadenados y su hogar invadido por el fuego y el pillaje; y cuando al fin la causa civilizadora alzó en señal de triunfo su bandera acribillada en los combates, volvió á la aldea, cubierto de gloriosas cicatrices, á empuñar la azada, á derramar la semilla en el surco y á decorar el templo del hogar, donde después de tan amargas odiseas, pudo agrupar en torno de la misma llama sus vástagos dispersos por el infortunio.

Yo he alcanzado á conocerle cuando iba á cumplir un siglo de existencia; todos los biznietos le mirábamos con ese temor que inspira una imagen veneranda y solitaria dentro del templo silencioso; allí en su casaquinta de largos corredores que dominaban un patio como plaza, le veo todavía sentado por las tardes en su sillón de suela, medio encorvado apenas, empuñando un grueso bastón de membrillo y cubierta su cabeza con un gorrito de terciopelo celeste, con un sencillo bordado de oro.

Su huerta era nuestra codicia; tenía las uvas y las naranjas más sabrosas, no sé si por la calidad ó por la prohibición que pesaba sobre nosotros de tocarlas. Nuestras viñas y nuestras huertas las tenían también; pero un placer delicioso sentíamos al penetrar á hurtadillas en la de nuestro bisabuelo, practicando portillos en los cercos de ramas, ó saltando las tapias vetustas que la separaban de las nuestras. Había allí una atracción misteriosa, y algo como esos jardines guardados por gigantes, con los ojos abiertos cuando duermen y cerrados cuando velan, de que nos hablan los cuentos de viejas. Solíamos arrastrarnos por las malezas, bajo los parrones y los naranjos, para espiar si el anciano podría descubrirnos, si el gigante fabuloso creado por nuestra fantasía estaba despierto ó dormido.

Era yo entonces un mocito de siete años, y andaba ardiendo en amoroso fuego por una de mis primas, quien, según mis recuerdos, me daba á creer que me correspondía; no nos separábamos nunca en las horas del recreo y vagabundaje por los huertos, y sentía como ráfagas de gloria cuando le entregaba nidos y ramos de flores, ó cuando trepándome sobre un manzano, un naranjo ó una parra encaramada sobre un durazno corpulento, podía tirarle desde arriba, ó

traerle con mis propias manos, la fruta ó el racimo codiciados.

Nuestras familias fueron una tarde á casa del anciano, y mientras hacían su visita, mi prima y yo nos escapamos á la huerta á nuestras habituales correrías. Hallábame colgado de una gruesa viga del parrón, forcejeando por arrancar un apretado racimo con el cual se había encaprichado mi primita, que enfrente de mí observaba la operación con ojos de deseo, cuando sentimos caer á nuestros pies el bastón de membrillo del abuelito, quien con todo silencio nos venía atisbando y poniéndonos al alcance del garrotazo. Oímos un grito cascado y ronco, que nos pareció el rugido de una fiera, y corrimos despavoridos, cayendo y levantando, hasta las faldas de nuestras mamás, que apenas pudieron contener la risa al saber la causa de nuestro espanto.

El anciano tenía la grave ocupación de cuidar sus árboles, y en la época de la poda, veíasele con la tijera, cortando los sarmientos y los gajos arrastrados por el suelo; sus leyes eran crueles y las penas terribles para los violadores; y para darles el debido cumplimiento, estaba allí el garrote de la justicia, y aun podía cimbrarlo por nuestras piernas, sin que, no obstante, llegara á escarmentarnos jamás.

Recordaba él sin duda que un tiempo empuñó la vara de alcalde, allá por los años de la Revolución, manteniendo tiesos y en compostura al pueblo y cabildantes, y al mismo orgulloso Teniente de Gobernador, quien revestía el mando militar en toda la Provincia; pero es fuerza confesar que con la bandada de sus bisnietos no las tenía todas consigo, porque se le escabullían por debajo de la silla, le daban vueltas al pilar ó al tronco del naranjo, ó corrían tan veloces que sus piernas no podían más, y forzábanle á quedarse refunfuñando y enarbolando el bastón entre juramentos y amenazas estériles. A sus hijos, que eran nuestros abuelos, los trataba como niños y los reprendía con dureza, cuando en su vida pública vislumbraba algún asomo de debilidad ó vacilación. Vivía con la mente siempre en el pasado, como si esa época de heroísmo se hubiese estereotipado en su cerebro; y con sus hombres, caracteres y sucesos, eran todas sus comparaciones de los acontecimientos contemporáneos.

XII

¡ VIVA LA PATRIA!

Quiero referir un sencillo episodio de la vida de este patriota ignorado, que duerme hoy el último sueño en el pobrísimo cementerio de su aldea, en medio de sus hijos y de algunos de sus nietos. El año 1810, en el mes de Junio, atravesaba con su familia las montañas, por el camino que he descrito; la noche le sorprendió lóbrega, nebulosa y azotada por un viento frío, en una de las profundas gargantas que bordan la impracticable senda de entonces. Había en el aire como anuncios de algo siniestro, porque el viento silbaba con aullidos funerarios. Las señoras dormían alrededor de una grande hoguera; sólo él velaba, presa de inquietudes y de zozobras inexplicables, pero que hacía tiempo le preocupaban intensamente.

Aplica el oído á ambas direcciones del camino: nada más que choques de ramas, bramidos del viento imitando voces, graznidos y llantos en la tiniebla profunda. Monta so-

bre una roca del sendero, y cree escuchar el rumor de un jinete que se acercaba haciendo chillar las rodajas de las espuelas como si viniera con mucha prisa. Su ansiedad ha encontrado una prueba; sí, algo grave ocurre, algo muy grande ó siniestro, y ese hombre no puede ser sino una víctima escapada, ó un mensajero de órdenes ó noticias que lo explican todo. Cuando llega á su lado, siente un impulso nervioso, irresistible, y sin pensar que se asemejaba á un bandido de caminos, le grita desde la obscuridad con voz imperiosa:

—¡Alto! ¿Quién es usted? ¿Para dónde va?

—Señor, soy chasque y llevo órdenes de estar esta misma noche en Nonogasta.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Qué sucede?

—Son mis órdenes; debe haber sucedido alguna cosa muy grande *para abajo,* porque el Comandante General me mandó ensillar inmediatamente y llevar un oficio para don Nicolás Dávila.

—¡Para don Nicolás Dávila! ¡Soy yo, déme pronto ese oficio!

Toma el sobre, y casi sin atinar á abrirlo, corre al fogón y lee en un instante aquel misterioso pliego.

Sü rostro se iluminó con un resplandor de alegría tan extraordinario, sus ojos se di-

latarón de tal modo, su pecho respiró con tanta fuerza, sus manos se alzaron al cielo en actitud tan ferviente é inquieta, que habríasele tomado como poseído de un acceso de locura religiosa, en la cual hubiese visto cercana la transfiguración. Corre á donde su esposa y sus hermanas descansaban, las sacude, las grita, las levanta de los brazos, llama á los criados, á los peones, balbuce palabras incomprensibles y se mueve sin tino de un lado á otro, golpeando con la mano derecha el pliego extraño, como si allí tuviera una revelación tremenda, grandiosa, esperada mucho tiempo con ansia. Al fin se serena, normaliza la respiración, sosiega los pies inquietos y tranquiliza la familia, abismada ante esas manifestaciones de una alegría rayana en la exageración.

—¡ No saben ustedes lo que es esto! ¡ Alégrense como yo! ¡ La patria ya es libre! ¡ Ha estallado la revolución! ¡ Viva la patria! ¡ Viva la patria!

Y volviendo de nuevo á su paroxismo, corría gritando cual si quisiese despertar á los muertos, como buscando un pueblo que repitiera sus aclamaciones, como pretendiendo conmover las rocas inmóviles. El viento tronaba con furia, rugía como un tigre al chocar con los árboles seculares: y el primer grito de «¡ viva la patria!» que oyeron

los Andes, se alejó por aquellas tinieblas, en medio del fragor pavoroso del vendaval, vibrando con profética conmoción por encima de las cumbres eternas.

Era lo que esperaba en sus alucinaciones; era lo que envolvía en sombras su espíritu desde mucho tiempo; era lo que le agitaba sin tregua y lo que providencialmente guiaba sus pasos hacia la ciudad. Cayó rendido sobre la cama, y durante el sueño se le oían palabras incoherentes, gritos de entusiasmo, risas de una alegría neurótica, movimientos bruscos como si hablara en una tribuna, como si marchase á la cabeza de una multitud pidiendo libertades, como si asistiese á una batalla al frente de una legión de héroes. El estruendo de la tempestad que parecía desencajar las moles de granito, amenazando arrebatarlas en sus torbellinos incendiados por el relámpago, resonaba en su cerebro como el de las multitudes amotinadas para derribar el trono dominador de la América; y así pasó aquella noche, hasta que el siguiente sol aplacó con sus primeras claridades el furor de los vientos desencadenados.

Corrió á la ciudad á poner la vida al servicio de la causa nacional, y desde entonces su cuerpo no reposó un momento, hasta ver á la patria reconocida por las naciones

civilizadas y libre de la barbarie de los caudillos; hasta que, doblegado por los años, fué á encerrar los últimos en la finca de naranjos y de viñedos, cultivados con sus propias manos; hasta que la más humilde de las tumbas se abrió en el terruño nativo para sus reliquias beneméritas.

¡ Oh tiempos y hombres aquellos! ¡ Qué tristes, qué terribles, qué amargas meditaciones sugiere la vista de esos panteones miserables, repletos de cenizas venerandas, expuestos á la voracidad de las aves carniceras, y la contemplación de los palacios que la vanidad y la fortuna erigen cada día para los felices despojos de los favoritos!

Sombras densas envuelven todavía las leyes que rigen el desarrollo humano. El vínculo de una edad contra otra edad se pierde en el espacio como hilo finísimo, imperceptible al más profundo observador, y las generaciones parecen, así, desligadas de las que las engendraron, borrados los sentimientos instintivos del origen y del amor, nacidos de una fuente común. Un cementerio es una muralla que divide á los padres de los hijos, enterrando con los huesos su historia bajo el mismo sudario. El estrépito de las pasiones contemporáneas ensordece la voz de los recuerdos, que surge del fondo de los sepulcros con la dulce me-

lodía de un arpa escondida entre el follaje; y mientras la loca multitud se aleja al son de cantares de orgía ó de himnos de triunfo, deshojando las coronas de hiedra, se ve en otro lugar del cuadro, de fondo sombrío y teñido del rojo de los crepúsculos, una bella imagen de mujer agonizante, pero sonriendo con esa sublime poesía de la muerte, cuando el alma que se va no ha manchado las alas en el lodo. Sí, la turba ebria de placeres ó de victorias báquicas ensordece la selva al pasar; pero sobre la tumba que se abre bajo sus danzas grotescas, cae una piedra fúnebre. La imagen de la patria se encierra en ella; hay en su estertor postrero un resplandor de esperanza, como la tenue vislumbre del astro que se pierde tras de la cima.

El hijo de la aldea inocente, arrastrado por las corrientes mundanas vuelve un día, después de recios golpes y desengaños sangrientos, á buscar en el hogar el amor que le fortalece; el árbol carcomido dobla la última rama viviente hacia la tierra, donde absorbe de nuevo la savia primitiva para renacer con formas espléndidas; el ave emigrada á climas remotos, donde ha perdido el brillo de su plumaje y el timbre de su voz, retorna á la selva nativa á beber en el manantial y á reconstruir el nido donde sus

padres murieron de soledad; así los pueblos olvidados de su origen, de su tradición, de su historia y de sus destinos, lanzados al vértigo de las vanidades y de las falsas glorias, sienten un día la voz secreta que les habla del pasado, como Jehová del fondo de la nube, y entonces, como el peregrino al hogar, como las ramas á la tierra, como el ave á su bosque, descienden á los sepulcros de sus glorias á impregnarse de virtudes invulnerables, de abnegación y de heroísmo; reanúdase la historia interrumpida por la locura, resucita ceñida de flores inmortales la visión de la patria, al rumor de himnos juveniles que bendicen el hogar común, consagrado por la santa religión del amor...

XIII

LA TRILLA.—LOS NOVIOS

Pero volvamos á los recuerdos de color sonrosado, que tienen el encanto del alba y las gracias de la niñez; dejemos á los muertos dormir tranquilos en sus fosas, guardando esa obscura filosofía con la cual no quiero nublar estas páginas. Todavía resuenan á lo lejos voces de júbilo y estrépito de fiesta; la cosecha no ha terminado, y pintorescas escenas se suceden allí donde las parvas de trigo, á distancia semejantes á pirámides de oro, esperan la trilla. Los hombres de á caballo conducen por los largos callejones de la hacienda la tropa de mulas briosas é indómitas, impelidas por los golpes de la azotera sobre el duro guardamonte, abierto en dos alas sobre la cabecera de la montura; llegan al cerco de palos atravesados que rodea la parva, se agolpan para entrar todas á un tiempo por la pequeña puerta, asustadas de los gritos de los peones, que agitan-

do sus ponchos y corriendo á todos lados les impiden la fuga.

La pista está alfombrada de espigas, porque de lo alto de la parva las echan con la ayuda de rústicos tridentes formados de la rama de un árbol. El picador azuza á la tropa con golpes de guardamonte y gritos estentóreos, obligándola á dar vueltas en torno de la parva, arrojando bufidos como si huyeran de un tigre que las persiguiese de cerca.

El vértigo de la furiosa ronda despierta en el arreador un entusiasmo frenético, alimentado por la algazara que levantan de afuera los curiosos apiñados alrededor de la palizada, y para quienes es deleite la vista del espectáculo. En breve ya no se vé sino una nube de polvo amarillo, envolviendo el cuadro, y adentro resuenan en concierto satánico los resoplidos de las mulas aterrorizadas, los desacordes aullidos de la multitud, y por encima de todo, vibra sin interrupción el *harr, harr, harr...!* con que el arreador desespera en la fuga á la tropa endemoniada.

De pronto cesa el tumulto; el silencio lo sucede y el polvo se disipa lentamente, dejando ver los animales amontonados, despidiendo sudor á chorros y respirando con movimientos bruscos; el jinete fatigado ha

hecho cama sobre las pajas y reposa de espaldas, con los brazos abiertos, al lado de la bestia. Acuden después las mujeres con grandes tipas tejidas de caña, á recoger el trigo desprendido de su envoltura, para acumularlo en otro sitio barrido con primor, donde luego han de cernerlo con la ayuda del viento.

Cada una de estas escenas se convierte en fiesta por la reunión de parientes y amigos viejos, por la necesidad de pasar el día fuera de los hogares y por ese contento íntimo del hombre cuyas fatigas son recompensadas por frutos abundantes. Siempre han de acudir las morenas de ojos retintos, sombreados por pestañas tupidas y arqueadas, como para dar paso libre á las miradas de fuego; y así ¿cómo no ha de llenarse la faena de gauchos lucidos, que más tardan en oir la señal del descanso, que en estrechar la blanda cintura de las morochas, siempre al alcance de sus brazos como si los estuvieran esperando?

El baile se arma en cualquier parte, á la luz del sol y sobre el suelo tapizado de yuyos, como á los exiguos resplandores de un farol y sobre el chuse criollo. Ellos nada tienen que ocultarse, y prefieren la tertulia de sobretarde, donde por más que se arrimen unos á otros, nunca han de hallar esplendores falsos ni mentidos colores.

Aquellas cejas negras de las muchachas provincianas tienen las raíces hondas, y son regadas por una savia virginal que da brillo y aureola á los cabellos, á la *simpa* exuberante que envuelve su cuerpo cuando la dejan chacotear en libertad sobre la espalda. Los rayos del sol alumbran hasta el fondo de aquellas pupilas, de las cuales surgen las miradas tímidas, asomándose cautelosas por entre los hilos del cerco de ébano, como teniendo miedo de ser sorprendidas por el amante en acecho; el joven, inclinado para hablar cerca del oído, las obliga á levantarse, ruborizando la mejilla tostada y escudriñando la fuente recóndita de los sentimientos en breves palabras confesados.

Un clavel rojizo se marchita y ennegrece, prendido en medio del pecho, allí donde se cruzan las puntas del pañuelo de seda, dejando ver apenas las orillas del encaje tejido por ella misma bajo la sombra de su rancho; el enamorado campesino clava en él los ojos tristes y humedecidos, como fascinados por un punto de fuego que marcase el resorte de un tesoro oculto; el compás de la danza se ha perdido, los pies se mueven sin impulso, los brazos se estrechan sin saber por qué, la morenita deja caer la cabeza sobre el hombro de su compañero, sin advertirlo, y mientras sigue el perezoso baile,

hay una sonrisa en su boca rosada y el velo de una lágrima se extiende sobre sus pupilas entreabiertas. Nada se dicen con palabras; las miradas dormidas son súplicas que se entienden, promesas que se corresponden, reflejos mortecinos del mundo ideal en que se creen transportados. Muchas veces no han advertido el silencio de la música, y siguen la prolongación del último compás, mientras el concurso los contempla con esa burla piadosa que inspiran los enamorados, cuando han perdido la noción de lo externo.

Son los novios de la aldea, y esperan la venida del párroco para cumplir los votos jurados en primavera, cuando florecían los duraznales y las cepas destilaban su llanto cristalino; y entretanto se devoran sus almas y se ahondan sus ojos. El es el payador de la comarca, el de las décimas llorosas y de romances melancólicos; sabe la historia de las aves y de las flores, y su voz trémula canta los idilios de los bosques, los amores primitivos, las poesías de las puestas de sol y de las noches de luna, cuando el genio del Famatina asoma entre llamaradas sobre los campos de hielo de la altura, oprimiendo el corazón de cuantos oyen el profundo gemido que trae el viento á los valles; y sólo muy rara vez, y á escondidas de la gente, entona la canción de su amor, cuando sen-

tado en el patiecito del rancho, al lado de su novia, ella se la pide con tono de ruego. Entonces, ¡cómo vibra su voz juvenil y cómo brillan sus ojos insomnes, levantados al cielo para recordar la poesía, y para presentar el rostro árabe á la luz plena de la luna dormida en el firmamento!

Cuando el último verso y la última pulsación de la bordona han quedado repercutiendo en la noche muda, ya no pueden esperar más tiempo, y haciendo un heroico esfuerzo, él se desprende de su banco, salta sobre el caballo que le llama con resoplidos, y se aleja al galope... La guitarra ha caído sobre las faldas de la novia, como para decir lo que calló su dueño en la extraña despedida, y después de una larga meditación que atrae muchas veces á su garganta empujes de sollozos, la pobre enamorada se va también, acariciando con la punta de los dedos las cuerdas, como llamando la canción que se ausentó sobre la brisa errante.

El gaucho argentino es siempre el mismo bajo todas las latitudes de nuestro inmenso territorio; la tristeza es el fondo de su ser, porque se la infunden la soledad de la llanura y sus lúgubres crepúsculos, y se la vierten la sombría majestad de las montañas y los recónditos bramidos del viento aprisionado en las quebradas profundas.

Ama siempre con vehemencia, poniendo en el amor la vida, ya á la campesina de tez morena en cuyos ojos arde el fuego del clima, ya á la tierra de su nacimiento, regada en los combates y en los infortunios con la sangre de sus padres. El sabe la historia, porque allí está, clavada al tronco del algarrobo del camino, la cruz negruzca en cuyos brazos se lee la fecha de la viudez de su anciana madre; allí, á la salida de la aldea, se ve aún manchada con sangre la piedra que sirvió de banquillo á los defensores de la patria, y allí, muy cerca, el camposanto donde se enterró á montones los cadáveres de sus antepasados, de sus amigos, de sus compañeros.

Es siempre el mismo gaucho nacional, susceptible de lo bello y de lo grande; hay en sus amores purezas infantiles dignas del idilio, respetos del caballero medioval, que desnuda la espada y provoca á duelo al osado insultador de la dueña y de la honra. Los desdenes del amor le acibaran la vida y enervan el vigor nativo, convirtiéndolo en dócil instrumento de sus sensaciones dolorosas; pero el rival le trueca en héroe, despertando los instintos nobles, y no es ya el dulce cantar la voz de sus sueños, sino el rugido ahogado en el pecho el que expresa la sublevación de las pasiones que hacen

chispear las pupilas y armar el brazo. Su alma es como el árbol en cuyo tronco vive el enjambre elaborando su miel y susurrando como cuerdas de arpas invisibles; pero el leñador ha dado el golpe formidable, y entonces la multitud de esos obreros que trabajan cantando, surge furiosa y armada de terribles púas contra el que viene á amenazar la paz del taller y la vivienda.

XIV

EL VATICINIO DE UN CIGARRO

Veinte años hace que el pueblo señorial de Nonogasta presentaba el alegre aspecto de la abundancia y de la unión fraternal de los hogares, que no eran sino ramas de uno solo. Vivían entonces todos sus aristocráticos propietarios, hombres de notoriedad política y altas virtudes cívicas; las mujeres participaban de esa educación desenvuelta entre las luchas, las agitaciones, los sobresaltos de la guerra civil, de la montonera nómade que caía en busca de botín y de las cabezas de los hombres cultos, aguijoneada por los intereses anarquistas en derrota. Extinguida la lucha entre las antiguas familias de Ocampo y Dávila, por un matrimonio célebre concertado por mi bisabuelo, estos últimos quedaron tranquilos en sus linderos, yendo los otros á ocupar los suyos entre las sierras de Famatina.

Tres hombres distinguidos derivaban de aquel tronco casi secular; eran los herma-

nos Dávila, don Maximiliano, don Guillermo y don Cesáreo. El último dejó de existir después de haber desempeñado un papel principal en la política interna, en épocas de convulsiones y desórdenes. Los dos primeros quedaron todavía mucho tiempo, sosteniendo la autoridad paternal que hacía la dicha de todas las familias. La más estrecha intimidad los unía, se visitaban todas las noches, y siempre apartados de la gran rueda formada de hijos, nietos y biznietos, conversaban sin interrupción hasta las doce, hora en que la tertulia se disolvía, después del clásico té de las familias provincianas.

Una de esas noches departían tranquilamente en sus sillones, preparados en el patio sobre un chuse cuadrado, al claro de una luna llena que iluminaba los más lejanos accidentes de la planicie. Don Guillermo tenía un espíritu vivaz y penetrante y una gran ilustración en ciencias, política y literatura; y durante los años que fué senador de la República, había tratado á los hombres más eminentes. Su conversación era, así, interesantísima, atrayente y muchas veces poética. Mi abuelo don Maximiliano no ocupó altas posiciones, pero alimentaba sin cesar su inteligencia con las serias y escogidas lecturas de su rica biblioteca, la primera

que despertó en mí la curiosidad de las letras.

Estaban de buen humor, y llamaron á su lado la reunión con gran sorpresa de señoras y caballeros, habituados ya á ver esos dos filósofos, indiferentes en apariencia á las alegrías y juegos de la familia. Don Guillermo saca del bolsillo dos grandes cigarros, y ofreciendo uno á su hermano, le dice como una ocurrencia súbita:

—«Maximiliano, ya sabes que soy supersticioso y vamos á poner á prueba á la fatalidad; aquel de nosotros que concluya antes su cigarro, fumándolo con la lentitud acostumbrada, ese morirá primero.»

Poco se festejó, y en indecisas frases, la salida inesperada; y olvidados pronto del incidente, siguió la charla hasta más allá de la hora habitual, hasta retirarse todos, sin fijar siquiera la atención en que mi abuelo arrojó antes que su hermano el resto del cigarro puro. Al separarse los dos, éste le dijo riendo:

—«Bueno, Guillermo, puedes ir preparándote para mi entierro. Me ha tocado la bolilla negra.»

Allí todos esos viejos despreocupados del mundo y del trabajo personal, se levantaban á los primeros anuncios del sol, cuando dora los *cogollos* de los álamos del huerto

de enfrente. El corredor donde él dormía era abierto al naciente, y aquella mañana viéronse en el caso de colgar cortinas al lado de su cama, porque el sol ya lanzaba sobre ella punzantes rayos. Llegaron las nueve entre las zozobras, las conjeturas siniestras y las dudas, entre si debían ó no despertarle de tan profundo é inusitado sueño. La viejecita su esposa no pudo resistir más, y fué despavorida á sacudirle. Estaba duro y frío como un témpano, y ni una arruga había en la sábana, á no ser la depresión formada por el peso del cuerpo.

Bien pronto se cumplió el funesto vaticinio pronunciado en un momento de buen humor; pero no tardó mucho tiempo su hermano en seguir sus huellas, y en apagarse ya la llama de aquel santuario conservado por la presencia de los ancianos y por el religioso respeto que inspiraban á sus hijos, reflejándose sobre el hogar y sus relaciones domésticas.

Cuando después de veinte años de ausencia he vuelto á visitar aquellos sitios, consagrados por la poesía y los ensueños de mi infancia, lo confieso, he llorado á solas sin poderlo resistir. Estaban los sauces, los álamos y los naranjos tan descoloridos; había tanta desnudez en los parrones predilectos y tanto mutismo en aquellas inmensas vi-

viendas, llenas en otro tiempo de bendiciones y de inocente bullicio, que tuve necesidad de imponer silencio á mi cerebro, y de ahogar el corazón bajo la presión de mis manos.

XV

EN EL FAMATINA

Por fin, y después de tantas correrías y ostracismos dolorosos, mi padre consiguió levantar las paredes de nuestra casa, en la que debíamos pasar el resto de la vida. Está en el antiguo pueblo minero de Chilecito, asentado al pie del Famatina novelesco, con sus viñas, alfalfares, naranjos y sauces llorones. El hogar nuevo y definitivo hallábase rodeado de huertas de abundantes frutas, donde crecían dos olivos centenarios; los rosales que cubrían por largos espacios las rústicas tapias, y la acacia de flor violeta. No bien nos instalamos, mis hermanos y yo salimos á reconocer el teatro de proezas futuras. La viña que se dilataba al fondo, nos ofrecía brillantes perspectivas; hallábase entonces cargada de frutos en sazón, y los árboles, diseminados en todo el circuito, se tronchaban al peso de una producción exuberante, casi excesiva.

Comenzó mi madre á formar la hortaliza

y el jardín; á levantar encatrados para los parrones y los rosales frondosos de la multiflor, de esa rosita pálida pero traviesa, que vive asomándose sobre las paredes para curiosear en los sitios vecinos; á construir las melgas y los canales de riego; á bordar los cercos grotescos de la heredad con álamos y rosas ordinarias, pero con la virtud de crecer de prisa y cubrir de apretado follaje los muros limítrofes. Nosotros éramos sus peones, armados de palas y azadas, y ella nos dirigía señalándonos la línea del surco y del bordo, indicándonos con cruces marcadas en el suelo las excavaciones para las plantas nuevas, que ya tenían sus raíces en humedad. En seguida ella misma, atacando la tierra con sus propias manos, enterraba los gajos de álamo, de rosa, de naranjo y de los olivos desprendidos de sus abuelos, y ella misma distribuía las semillas en las zanjas abiertas por nuestras herramientas.

Veíamos retozar el contento en aquel rostro, sombreado por tantos infortunios y tantos soles; sentíamos la influencia de su dicha íntima y trabajábamos sin fatiga desde la mañana á la noche; la oíamos reir á menudo de nuestras torpezas, como si la pobre no advirtiera que nos improvisaba hortelanos, jardineros y labradores.

Allí andábamos todos con los pantalones arremangados hasta las rodillas, los pies descalzos, y en mangas de camisa, paleando como jornaleros empedernidos, sin confesar cansancio, ya porque la alegría de mi madre nos comunicara un febril entusiasmo, ya porque rivalizáramos en fortaleza y en maestría, ya, finalmente, porque sabíamos que la recompensa era de todo nuestro agrado. Mi padre iba á vernos trabajar cuando volvía de sus ocupaciones, sentábase debajo de un árbol á reir también y á decirnos bromas que nos estimulaban con más ardor á la tarea, picando nuestro amor propio con dudas acerca de nuestras fuerzas, y apostando á que más podía la raíz de la maleza que el filo de nuestras palas.

No obstante salió vencido en sus apuestas, porque en poco tiempo la hortaliza, la huerta y el jardín quedaron sin una planta estéril, llenos de varillas de todo árbol, de semillas y de obras de arte accesorias. No restaba sino la atención del riego, y para esto nos turnaron por semana. Así se esperó el tiempo de los brotes, defendiendo todo el invierno nuestras sementeras y plantíos contra las heladas y las nieves.

Cuando llegaba la primavera, nuestro júbilo rayaba en locura. Todos los días y á cada momento corríamos á ver como asoma-

ban entre los terrones de la melga las primeras hojas, y de los tallos rudimentarios los botoncitos verdes que encierran la futura rama del árbol corpulento. Premió la naturaleza con abundancia los azares de nuestra vida, y bendijo con frutos desbordantes el nuevo hogar planteado en la villa pintoresca que vela el Famatina, como un signo de la paz conquistada por los sacrificios de algunas generaciones.

Amplio panorama se divisa desde el patio: hacia el poniente, muy por arriba de los olivos gigantescos que cierran el horizonte, se contemplan las cimas blancas del nevado, unas veces coronadas de un penacho de rayos de sol reflejados en sus cristales indisolubles, otras pobladas de nubes movedizas é inquietas, formando figuras fantásticas en sus evoluciones múltiples, como bailarinas de vaporosas telas y relucientes joyas sobre el escenario de un inmenso teatro bañado de luz. Al frente la vista se detiene en los filos lejanos de la sierra de Velazco, que sólo se presenta como una masa uniforme de color azul, veteada de rosa y de oro por los reflejos del sol en ocaso; pero la visual pasa encima de un extenso paisaje: colinas onduladas que, al parecer, apenas se levantan del nivel de los árboles; puntas de álamos erguidos en medio de una selva uniforme de

fondo verde obscuro; copas de naranjos, pugnando por elevarse sobre los algarrobos seculares y coloreados de suave amarillo; multitudes de cardones esbeltos de las lomas vecinas que forman parte del conjunto, y por ahí, asomándose por entre los claros del follaje, vértices de rocas salientes de las masas graníticas.

Mirada de lo alto de una de las colinas graciosas que la circundan al naciente, la villita ofrece el cuadro más pintoresco, con todos los detalles descubiertos: los grupos de casas, cada una con su huerta floreciente, separadas por anchos espacios ocupados por las viñas; las calles rectas y limitadas por tapias, por cercos de álamos ó de pirca coronada de pencas espinosas como una fortaleza; los alrededores, que son cauces secos de ríos accidentales formados por las crecientes bravías; y levantando más los ojos en todas direcciones, vese á grandes distancias, como pequeños oasis en medio de esos inmensos pedregales, los pueblecillos vecinos y los trapiches, apenas como una eflorescencia repentina, ó como caprichos de pintor sobre una tela inmensurable, extendida en el valle y pendiente de las faldas del coloso, donde muere el horizonte y dura largas horas el crepúsculo.

Hay que observar este último fenómeno

para tener idea de lo grande y lo sublime en la naturaleza. Las nubes no se alejan sino rara vez de las cumbres, amontonándose y moviéndose incesantemente para ocultar los picos nevados, y para dar las grandes sorpresas con sus figuras de inconcebible variedad. El sol va acercándose para transponerlas, y ellas á su paso se aprietan, se condensan, se separan, se bifurcan, le abren calles inmensas, le forman círculos como para encerrarlo, lo velan breves instantes, le cubren los ojos con vendas, le prenden diademas, le ponen penachos y plumas de oro, le despliegan banderas multicolores, le levantan doseles, le colocan pedestales negros, le cuelgan cortinas transparentes, le queman incienso en altísimas columnas, le alzan y bajan telones fantasmagóricos, le dibujan paisajes maravillosos, le desarrollan mapas de países ideales, le construyen palacios y templos, castillos y puentes de torreones ciclópeos y de arcos inverisímiles; le extienden mares, lagos y ríos, surcados por buques de velas desplegadas y rodeados de montañas y grandes bosques; le hacen desfilar ejércitos de gigantes, rebaños de animales apocalípticos, bandadas de aves desconocidas que le azotan el rostro, fantasmas de blancas y flotantes túnicas, legiones de demonios rojos y espeluznantes en con-

torsiones grotescas, despidiendo llamas y lluvias de polvo, ángeles del paraíso que cruzan el espacio con trompetas, estandartes, espadas y ramas de olivo, carros de guerra de la Iliada tirados por monstruosos corceles ó dragones de fauces enormes, y montados por hombres inmensos; procesiones solemnes de cíclopes, que ya marchan lentos, ya se arrodillan á intervalos; le remedan la forma de los vértices del cerro, las grietas y los torrentes, agrupándose, superponiéndose, rasgándose y estirándose sin cesar; le hacen correr á sus pies arroyos de plata y oro fundidos, lo engarzan como un brillante en marcos con relieves colosales, lo visten de mantos imperiales de púrpura, le tienden lechos mullidos con colgaduras de encajes como espuma, haciéndole sombra para que duerma y abriéndole ventanas y celosías para que entren colores de alborada; le danzan en torno, lo besan y lo acarician como niñas traviesas vestidas de gasas diáfanas: todo esto con la rapidez de los sueños y las transiciones inesperadas de una linterna mágica, que estuviera proyectando sus imágenes sobre un lienzo, dando apenas tiempo para percibirlas, y mientras el astro majestuoso, rey de los mundos, va llegando y apagándose tras de la eminente cima de la montaña. Las nubes lo siguen hasta el

límite del cielo y del granito, se apiñan todas á despedirlo, y él las baña de un resplandor rojizo que va obscureciéndose lentamente, hasta que la noche ha velado el escenario infinito donde han de dormitar los planetas, las constelaciones y los ríos de astros que surcan el firmamento como arenas luminosas.

La distancia no permite percibir los rumores, los estrépitos, las marchas guerreras, los himnos triunfales, los acordes religiosos, los cantos y las músicas á cuyo compás se desenvuelve aquel fantástico cuadro; sólo llega á los valles un rumor sordo y profundo, sin soluciones ni modalidades, como se oye á lo lejos el eco de campanas echadas á vuelo, ó de truenos prolongados de una tempestad ahogada en los precipicios de una cordillera; pero la imaginación reemplaza á la vista, y puede forjarse las armonías y los tonos correspondientes á cada escena, á cada movimiento del grandioso espectáculo, en el cual parece como si un mago escondido entre las nieves hiciera aparecer en el lienzo celeste del firmamento toda una mitología ignorada, epopeyas ideales y humanidades habitadoras de otros mundos.

Cuando todo esto se ha perdido bajo la capa uniforme de la noche, y las nubes descansan de sus juegos olímpicos, acurruca-

das en una hendedura del macizo ó detrás del horizonte, una vaga, tenue y casi imperceptible claridad comienza á bañar el espacio desde el Oriente, donde, separada del Famatina por un valle de diez leguas, se extiende la sierra de Velazco. La vista se vuelve á esperar las nuevas sorpresas anunciadas con esa luz difusa y suave, pero que va avivándose y coloreándose de oro á medida que el foco se acerca á la cima.

De súbito revienta sobre un negro pico del monte un punto centelleante; se agranda, se eleva, hasta desprenderse pronto de las tinieblas, y es la luna llena, grande, dorada á fuego, envuelta en aureola de iris, que ha venido espiando cautelosa, velada por brumas, la puesta del sol, hasta que arrojándolas de un golpe á sus pies, ha irradiado en toda la plenitud de su belleza. Esta súbita aparición de la luna en el Océano azul de los cielos, recuerda la virgen tímida, que entre el follaje del bosque se interna paso á paso, mirando con recelo á todos lados y temiendo hasta del rayo de luz que se filtró por las hojas, porque no la vea desnuda, la cabellera suelta, los pies de rosa hollando el césped y envuelta apenas en una rica túnica que vela las curvas griegas; pero cuando ha llegado á la margen del torrente, donde tiene su baño de espumas, y segura de ha-

llarse sin testigos, arroja al suelo la nítida envoltura, la selva se estremece ante la irradiación repentina de la virgen de mármol coloreada por rosas primaverales.

Así el astro sereno de las noches se aparece sobre el valle, que enmudece de amor, y luego canta con todas las voces de sus músicos silvestres el himno adormecedor de su arrobamiento, mientras ella recorre el camino marcado por las estrellas que amortiguan su luz para mirarla pasar, soñando y vertiendo inadvertida sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones y de sus encantos. ¡Cómo ha cambiado la escena en las cumbres del Famatina! ¡Con cuánta dulzura y placidez reverberan ahora sus láminas blancas, y cuántas visiones de incomparable poesía se ven cruzar de cima en cima sobre el terso tapiz fosforescente, envueltas en lampos de luz y con fulgores de astros errantes!

Imaginad un inmenso pedestal de nieve cuya cúpula rasga el azul del cielo, y en cuyas caras el escultor ha bordado relieves colosales que la luz anima y mueve. ¿Cuál es el Dios que va á erguirse sobre su cima centelleante?

El genio habitador de las grutas, que reina en las vastas soledades de las alturas, ha detenido el paso; y en éxtasis sublime contempla á la dormida reina de sus amo-

res, que se acerca como impelida por un sueño divino á reposar del viaje sideral entre sus brazos, sobre la cúspide del pedestal de nieve. Ya se dieron el abrazo resplandeciente; la luna ha posado la dorada cabeza en la almohada de blancos capullos: el genio solitario de América ha dado la señal del canto á todo su reino alado y lucífero, y el arrullo solemne empieza al unísono, mientras millares de seres de formas impalpables llevan en marcha cadenciosa á la reina de los cielos dormida sobre un lecho de témpanos.

XVI

LA ESCUELA

Era tiempo de abrir las cartillas, abandonadas tantas veces á medió deletrear: la escuela nos llamaba á aprovechar la tranquilidad y la paz en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco, pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjambre inculto, pues no éramos otra cosa los flamantísimos escolares. En tantas tentativas contra el primer libro, algo había conseguido yo aprender; cada una de mis maestras dejó en mi inteligencia una letra del abecedario, y allí, sometido al método y á la disciplina, pronto pude leer de corrido y hacerme el predilecto de mi preceptor.—Es claro—decían mis compañeros,—si ha entrado sabiendo la cartilla porque la estudió en otra parte, y no es hazaña aventajarnos. Si hubieran conocido mi historia, no habrían

sido tan injustos. Yo no les llevaba más ventaja que unas cuantas letras y muchos catones rotos, agujereados siempre en el Cristo, punto en que se armaba la camorra entre la maestra y los discípulos, bajo los corredores de la estancia del Huaco. A medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo á quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces á dormir el último sueño, sentado en el umbral del aula, mucho antes de amanecer, esperando que se abriera la puerta. Aguijoneábannos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro á mi padre, los elogios tributados en la clase y la esperanza de tener pronto en nuestras manos unos libros con láminas de color, en que leían los más adelantados; y sentíame rebosante de orgullo cuando por encima de sus hombros podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío.

Pocos años más tarde cambiamos de maestro, y estudiábamos ramos de memoria; la escuela se trasladó á un espacioso edificio situado en la plazuela de la iglesia. El nuevo profesor sabía mucho y halagaba nuestro entusiasmo con fiestas frecuentes, en las cuales pronunciábamos discursos es-

critos por algún amigo de la familia, sin hacer de la trampa gran misterio. Mucho era, en efecto, conseguir que recitáramos aquello delante de la gente, y yo delante de mi padre, á quien le tenía miedo porque luego, en casa, se burlaba de mis actitudes oratorias. No sabía cómo mover los brazos, ni para qué servía esto; los sentía pegados, metía las manos en los bolsillos ó entre los botones del chaleco, me tiraba las puntas de la chaqueta, cruzaba los pies y encogía una pierna, y todo esto mientras recitaba como una exhalación el trozo aprendido, alusivo casi siempre al término de nuestras fatigas anuales, á la confraternidad entre condiscípulos y el respeto al maestro y á los padres, quienes se sacrificaban para sacarnos de las «tinieblas de la ignorancia»:—así solían decir mis discursos.

Era de verse la clase de lectura—nuestro desahogo—porque el profesor nos señalaba largas páginas de *La conciencia de un niño,* para tener tiempo de almorzar cómodamente en las piezas interiores donde vivía. Quedábamos solos, entregados á nosotros mismos, sin rey ni Roque, sin miramientos y sin respetos para nadie, ni siquiera para los bancos del gobierno, que pagaban la fiesta. Tan pronto conveníamos en leer todos á un tiempo la misma cosa, como á quién gritaba

más fuerte. La lectura comenzaba en tono moderado, pero iba aumentando en intensidad y rapidez hasta que hacíamos un solo borrón, sin que el diablo pudiera entendernos; allá saltaba uno sobre una banca para dominar desde arriba, por lo menos, á los otros, ya que no pudiera con la voz; aquí se encaramaba otro sobre la mesa del maestro, y revistiendo su autoridad *motu proprio*, é imitando su gesto, gritaba como un clarinete destemplado:

—¡ Sileeeencioooooo!...

El entusiasmo, el vértigo, mejor dicho, subían de punto; y ya volaban cuadernos, libros, puñados de papel, lápices, tinteros llenos y vacíos, sobre el usurpador osado que se permitía representar, siquiera fuese en caricatura, la menor idea de orden en aquella asamblea de demonios sueltos. Otros se trababan en pugilato sobre los asientos, y rodaban trenzados como Aniel y la serpiente, por el suelo polvoroso y aventadizo de la clase, pisoteado todos los días por más de cien muchachos; otros mal inclinados abrían el *oyito* en el piso y se ocupaban de jugar á la *quema* con bolitas de cristal pintorreadas por dentro, ó de piedra, que eran las más estimadas porque con éstas se rompía las otras; y de repente salía bramando un trompo, que luego su diestro lo hacía

bailar en la palma de la mano, ó lo tiraba sobre la cátedra, muda é impávida ante tamaños ultrajes, para que *escribiera* sobre los papeles del maestro. La baraúnda era diabólica, de golpes, risotadas, carreras y gritos de orden y de respeto, que eran los más sensatos que se oían. De pronto llegaba un muchacho despavorido y con los ojos por reventársele, y gritaba en la puerta:—¡El maestro!—y entonces era un encanto el vernos á todos quietecitos en nuestras bancas leyendo en voz baja, pero sin advertir que los despojos dispersos, las roturas, la tinta derramada y las caras encendidas y empapadas en sudor, estaban delatando el infernal barullo.

Inútiles eran las inquisiciones y las pruebas para descubrir á los promotores del escándalo; las conjuraciones comienzan desde allí á tener ese carácter sombrío, que les vale el éxito contra los gobiernos buenos ó malos; las autoridades subordinadas se conjuraban también, por lo menos para callar ó abstenerse; de lo contrario, nada bueno les esperaba á la salida: toda la arena de la plaza era insuficiente para llover sobre ellos como arma de venganza. Además, como todos negaban su participación, había que condenar á todos; y aquí el problema grave que después, en la política, he visto

reproducirse: cuando todo el pueblo se uniforma para producir un hecho contra la autoridad aislada ¿quién tiene la razón? Nosotros la teníamos siempre, eso sí, después de una amonestación, más bien cariñosa que dura, porque, á decir verdad, excepción hecha de esos momentos de holganza, siempre nos portábamos bien, haciendo lucir al profesor en los exámenes, para los cuales invitaba á todo lo mejor de la villa.

Cuando llegaron á mis manos la historia argentina, la geografía y la gramática, me contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Doña Juana Manso, Asa Smith y Herrans y Quiroz, no sabían que yo me los devoraba todas las tardes sobre la tapia de la viña, recorriéndola de punta á cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuadras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era mi gabinete de estudio, y la hora la del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en mi camino, estimulando mi imaginación y mi inteligencia con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje á la tapia.

Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética: toda mi vida fué ella el nudo

de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de esas, no lo puedo negar; en cambio mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fué providencial mi aversión á las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas; y cuando he podido mostrar mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más simple. ¡ Bendito sea Dios que no me puso esa afición á sumar y á multiplicar, porque me he librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicidades procuran á los mortales!

Pero debo decir quién era el maestro. Algunos han de leer estos recuerdos, y quiero que esos sepan que debo á ese hombre una gratitud inmensa. Me enseñó mucho, me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen 3 más 2. Tenía—tiene, porque aun vive—unos ojos pequeños, movedizos y chispeantes, frente abultada, labios gruesos

y barba escasa, alta estatura, delgado de cuerpo, temperamento nervioso, signo casi siempre de viveza intelectual, hablaba rápido, medio confuso, con voz aguda y estriada como la de una flauta rota. Ejercía dominio sobre nosotros, porque nos gritaba fuerte y no se equivocaba en las explicaciones; amaba nuestra tierra hospitalaria, y cada 25 de Mayo y 9 de Julio nos hacía fiestas que nunca he de olvidar.

Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasmarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno. Con algún tiempo de anticipación nos ordenaba mandar coser nuestros trajes de chaqueta celeste y pantalón blanco, para asistir á la plaza á saludar al sol naciente. Ensayábamos todos los días en coro el Himno Nacional, preparábamos discursos y algunas veces nos ejercitaban en el manejo de las armas. La víspera nadie dormía; pasábamos la noche en claro, revolviendo la ropa de la fiesta, y por temor de dormirnos y faltar á la llamada del cuartel general—la plaza de la escuela. Ya estamos de pie, el agua está congelada, hace un frío «de cortar las carnes», no amanece y están cayendo gruesos capullos de nieve. No importa, vamos: ya ha sonado la llamada y no podemos ser los últimos.

Al asomar á la calle, el suelo está alfombrado de tapiz blanco, terso, finísimo, como que está cayendo del cielo, y nuestros pies se hunden en él, mientras corremos á la formación y mientras nuestros corazones laten con la ansiedad de la expectativa. El tambor toca asamblea sin cesar, hasta que el último soldado ocupa su claro en la fila, y entonces la llamada termina con un redoble vigoroso, digno del veterano que sólo empuña los palillos los días de la patria. Ya estamos todos: la guardia nacional armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la colmena; en seguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada, tiritando de frío y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo. No importa; el pequeño batallón no defecciona; está firme, rectificando la línea de formación y atento á la voz del jefe, el maestro, que también tirita como nosotros, y por eso le queremos y le obedecemos.

—¡ Armas al hombro! ¡ Media vuelta! ¡ Paso redoblado! ¡ Mar...!

Una banda de músicos aficionados nos precede, tocando trozos marciales que nos encienden en bélico entusiasmo; las piernas

se mueven con perfecta simultaneidad; no se altera la formación por el frío, ni por tropiezos; de todas las bocas salen columnas de vapor como de calderas hirvientes, mientras á marchas forzadas el ejército se dirige á la plaza. El sol de invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas, dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va á dorar la cúspide del Famatina. Las nubecillas madrugadoras que han ido á agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego. Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela á nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frenético, una diana que conmueve y electriza á la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y nuestras cien gargantas le envían el saludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la Independencia.

¡Oh sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes

primitivos fuiste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡ Cuán imponente y avasalladora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, donde los cóndores parecen símbolos de destinos ideales, obscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí á amarte, donde ensayé mis cantos de Mayo, donde me vestía de blanco y celeste para correr á arrodillarme á tu salida. Núblanse, sí, mis ojos, cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda é indiferente á tu belleza y á tu historia, pero saludado por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y sentimientos eternos. Séame dado volver á descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina. Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea.

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro: el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cabezas descubiertas y de rostros bañados de sol naciente, mientras el redoblante, la música y nuestras gargantas entonaban, cada uno en su lenguaje, la estrofa gloriosa:

Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, libertad, lib rtad.
Oíd, el ruido de rotas cadenas...

Cuando la canción concluía y el viejo tambor seguía bordando flores en el parche con sus manos rejuvenecidas, el sol ya empezaba á templar la atmósfera, á derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal. Había que hacer callar al veterano, porque era hombre de redoblar todo el día 25, hasta ponerse el astro de la patria. Entonces se daba la voz de marcha y de vuelta á la escuela, donde el maestro nos obsequiaba con chocolate, ó cuando los tiempos eran malos, nos enviaba á tomarlo en nuestras casas y á descansar hasta la hora de las fiestas escolares y de la despedida del sol, que se hacía repitiendo el canto y las descargas. ¡ Qué hermosa era la fatiga de aquel día! Nuestros padres no podían conseguir que cam-

biásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de Mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos y en los árboles las banderas de la fiesta, flotando incesantemente como bandadas de aves azules que revoloteasen sobre la villa.

XVII

LA CHAYA

Asistamos ahora á una de las fiestas más originales de estos pueblos montañeses. Pero antes quiero trazar la historia de sus preparativos, ya en los centros habitados, ya en la soledad de las selvas de algarrobos seculares, tanto más fecundos en frutos cuanto más gruesa y agrietada es la cáscara que los reviste. Los primeros calores del estío han despertado de su amodorramiento á las chicharras y al *coyoyo,* los cuales empiezan á rascar sus chirriadoras guitarrillas, y á adormecer los llanos intermedios con su grito prolongado y triste. Son los anuncios de la madurez de las frutas silvestres; los ranchos comienzan á animarse después de un año de mutismo y holganza, durante el cual los moradores no se ocuparon sino de esperar el verano, consumiendo la pasada cosecha, entregados á muy escasas labores, ó refiriéndose cuentos á la luz del fogón,

con la indolencia del árabe fatalista y soñador.

Sí, ya ha cantado el coyoyo entre los árboles, y las noches se narcotizan con el rumor de sus conciertos monótonos; es preciso ir á buscar á los asnos que pacen en el campo ó en las faldas de la sierra próxima, para emprender la cruzada en busca del sustento; hay que pensar en las provisiones para largos días de vida errabunda y nómade, porque ¿quién sabe cuántas leguas de campo habrá que recorrer para lograr una abundante cosecha de algarroba? El campo, encerrado entre las dos primeras cadenas andinas, es vasto y sediento; el cielo ha sido mezquino en lluvias y la vegetación es escasa; pero Dios provee á sus criaturas y no las abandona.

En aquel extenso valle, tributario de dos sierras eminentes, se asientan poblaciones antiguas, de base indígena, y dotadas de privilegios reales para aprovechar los productos del campo común. Malligasta, Anguinán, Nonogasta, Vichigasta, todos del mismo origen y cultura, son esos pueblecitos sometidos por la expedición de don Jerónimo Luis de Cabrera, gobernador de Córdoba del Tucumán, enviado en misión *pacificadora* del rebelde gentío del Famatinahuayo: en premio y como base de población,

se les dió el uso en común del llano que limita al Este la sierra de Velazco. De aquellos caseríos parten en Diciembre numerosas caravanas de hombres, mujeres y niños, seguidos de sus perros, llevándose sus trastos y sus haberes, como si fuesen á fundar otros pueblos en parajes remotos. Van á la recolección de la algarroba, negra y blanca, cada familia para sí en la cantidad que pueda, hasta dejar talados los árboles.

Allí á su sombra, tomando cada grupo una región del bosque, se improvisan aldeas de chozas, que son cobertizos de ramas sobre cuatro horcones, entre cuyos espacios se teje la «quincha» protectora contra los vientos. Las noches se animan entonces en aquellas soledades con la luz de los fuegos encendidos entre cuatro grandes piedras, con los ladridos de los perros de uno y otro campamento, respondiéndose á lo lejos con toreos y aullidos incesantes; con los gritos de los muchachos cuidadores de las bestias en los lugares pastosos, con los cantos y los ecos de la «chingana» improvisada para amenizar las horas de reposo, ya bajo la techumbre del árbol, ya al aire libre—lo que es más frecuente—en cualquier abertura de la selva. Allá es donde se ensaya las vidalitas para la *chaya* próxima, dejando volar

las notas agudas de sus cantares por el espacio sombrío de la llanura antes dormida; y allí también, la presencia de la naturaleza, la lejanía de la población y la intimidad de la vivienda nómade, encienden los amores salvajes, reproduciendo las escenas que la estación cálida desarrolla en los ramajes entre las aves nativas. Aquí los gajos se pueblan de nidos nuevos, fabricados por palomas, jilgueros y loros, con trocitos de paja ó con fragmentos de ramas; y allá en la choza del campesino, se verifican los misterios inexplicables cuya solución es la vida humana, renovada eternamente bajo todos los climas.

Desiertos quedaron los pobres ranchos del pueblo, con las puertas de cuero seco amarradas con lazos al marco burdo; la pequeña campana de la capilla no suena más hasta que vuelven los feligreses; y las avispas han construído panales en el fondo, al lado del badajo de hierro; el pozo cercado de enredaderas silvestres se purifica en el abandono, aumenta sus aguas y se cubre de verdes capas de hierbas espontáneas; los senderos que unen las viviendas se llenan de arbustos, y ni una sombra se cruza por la desierta plaza. Sólo ha quedado alguna vez un anciano, impedido por la edad ó los achaques de seguir la expedición de sus vecinos,

ó el propietario relativamente rico, que no necesita de aquel sacrificio, porque ha formado su huerta y tiene, á espaldas de la casa, sembrados y árboles frutales que le aseguran sustento y holganza; pero ha edificado su morada lejos del núcleo indígena, y muchas veces no sabe que en el centro de la ranchería silenciosa, como una momia insepulta en un pueblo destruído, vive el viejo centenario, sin poder asomarse siquiera á divisar los remolinos de polvo, ó el nublado espeso y amenazante que asoma tras de las cumbres. Diríase que es el genio solitario de una raza muerta ó desterrada, que ha quedado guardando las cenizas del hogar maldito, ó bien uno de esos seres diabólicos, sentado en actitud de ídolo antiguo, atisbando desde su retiro la aproximación del viajero incauto para atraparlo entre sus redes maléficas.

Los sapos que habitan el pozo entonan con voz plena sus recitados solemnes, como rezos oídos bajo las bóvedas de una catacumba; los cuervos atraídos por los despojos de los ausentes, graznan en coro sobre el techo mismo del rancho, oliendo á cadáver; los *chilicotes,* ó grillos, salpican el silencio con sus gritos como ruidos de espuelas; las lechuzas llaman á los muertos, paradas sobre las cruces del cementerio con-

tiguo á la iglesia, ó vienen á anunciar al viejo abandonado su cercana muerte; la serpiente de cascabel, enroscada en el tronco del árbol que sombrea el techo de la choza, ó acurrucada en acecho entre los intersticios del muro de ramas, agita los anillos de la cola, hasta hacerles producir ese sonido que horroriza y estremece; el *ucultuco*, de color invisible y de rastros de niño, lanza sus quejidos lúgubres desde el fondo de las galerías que construye para ir á devorar á los difuntos, y el zorro, cauteloso y burlón, se aventura hasta la puerta del rancho, en busca de *tientos, ojotas* y zapatos viejos del muladar contiguo; y al volverse cargado del botín de su rapacidad insaciable, se ríe del viejo inútil con gritos ásperos é irritantes—*huac, huac, huac*—como que no hay gallinas que lo denuncien, ni perros que lo tarasqueen, ni mujeres que animen á la caza del ladrón audaz. Todo esto es la música á cuyos arrullos se duerme la aldea en las noches tranquilas y en las siestas reverberantes.

Han pasado dos meses de abandono; el carnaval se acerca con el semblante pintorreado y hendido por arrugas de risas retozonas, ya se escucha el rumor de las caravanas que vuelven; llega el perro puestero á olfatear por los agujeros de la «quincha»

de la cerrada vivienda, todo lo que dejó al partir, como un miembro de la familia que hubiese regresado al hogar después de una larga ausencia; luego los viajeros montados en los burros engordados en el campo, y sobre los costales de algarroba balanceados sobre los ijares de la sufrida bestia; después la vida, la animación y el bullicio de siempre; ábrese las puertas, bárrese los patios, sacúdese los trastos guardados, y los insectos huyen á sus cuevas, abandonando á sus dueños el campo que ya creyeron suyo; la cosecha se apila bajo la enramada abierta, hasta que se hace la división: una parte va á las *pirhuas* de jarilla levantadas en alto donde se conserva para el invierno; otra queda en tinajas de barro enterradas en el suelo, para el consumo diario; se enciende de nuevo los fogones, se pueblan de aves domésticas los árboles caseros, extiéndense las sogas para asolear la carne de los huanacos cazados en el campo y obtener el charqui tradicional; átase en manojos las plumas de avestruz, que cazaron gracias á la ligereza de los galgos, para venderlas después en la villa; y por fin sale todo el producto de aquella expedición fructífera á formar el capital del año. El pueblo torna á su ser pasado, y toda la comarca siente el beneficio de la cosecha, por el comercio recíproco de sus habitantes.

Ya están todos instalados y empieza la vida nueva; en todos los pueblos del valle—la villa aristocrática inclusive—se oyen los rumores del carnaval, que llega saltando de contento á derrocharlo todo y á enloquecer á las gentes; se invitan hombres y mujeres á formar comparsas, y se aprende versos decidores para la vidalita chayera; los paisanos atusan el caballo querido y lo cuidan en el corral de la casa, unos días antes; las muchachas del pueblo almidonan sus ropas, orean sus mantos y trajes guardados, y visitan el jardín donde las albahacas echan sus hojas aromáticas; los cantores conocidos están preparados con coplas inéditas y tambores reforzados; debajo de las higueras, los naranjos ó los parrones, ya está repleto el noque de la aloja espumante con que se liba al Baco montañés durante las fiestas anuales. Sin ella no hay alegría, ni cantos, ni reuniones; es la vida de la chaya; es la fiesta misma, porque enciende los corazones, despierta las gracias y el entusiasmo, da ligereza á los cuerpos, alegría inusitada á los espíritus y alas á la musa de los poetas criollos, para improvisar y modular canciones que sacan de quicio á los caracteres más torvos y huraños.

También en todas las ventas de la villa y pueblecitos circunvecinos, se ve grandes

acopios de almidón perfumado con clavo de olor, en cartuchos de papel cuidadosamente envueltos: es el otro distintivo del carnaval de mi tierra. Hombres y mujeres, provistos de esos paquetes, se toman la libertad de arrojarse á la cara el contenido, ó bien de vaciarlo sobre la cabeza para que corra por el cuerpo, blanqueándolo por entero; y no habría palabras para pintar el íntimo contento que embarga á aquellos paisanos al verse cubiertos de polvo blanco por la mano delicada de la chinita embestidora, que no abandona la presa hasta que ha logrado refregarle la cara y cegarle los ojos, dejándola convertida en una máscara. ¡ Y cuidado con limpiarse el rostro, porque es el honor del juego mostrarse todo el día y en todas partes con ese disfraz curiosísimo, que atestigua sus batallas con las mozas del lugar! Se traban verdaderos combates á almidón, mientras se balancea una habanera, ó se brinca una polca, lo mismo en el cuarto estrecho de la pulpería, que en el baile armado debajo de un árbol.

Las comparsas á caballo se cruzan por las calles y recorren los lugarejos á gran galope, deteniéndose en todas las casas donde se las espera en son de guerra á resistir el formidable ataque. Una lluvia de almidón baña á los combatientes de uno y otro ban-

do durante algunos momentos, hasta que vienen las paces, las dulces paces selladas con vasos de aloja con que la dueña de casa invita á los visitantes, y con ramos de albahacas que van á adornar los sombreros de los galanes, el pecho de las damas, y cuando ya no hay sitio, hasta las cabezas de las cabalgaduras.

Todo esto se sucede mientras los cantores de la comparsa, separados en grupo del tumulto, sin apearse, cantan la vidalita en el tono de los «tristes», dedicada á la más donosa de las niñas presentes, ó al más enamorado de los jóvenes. Cada copla es saludada por ellos mismos con exclamaciones ó gritos estentóreos, y con ladeos de cuerpo sobre las monturas, como imitando ó haciéndose los borrachos, hasta terminar siéndolo de veras con las repetidas invitaciones de la aloja fermentada.

En seguida se marchan de nuevo á dar el asalto en otra parte, siempre con los cantores á la cabeza, pero ahora acompañados por todos, porque cantan la vidalita del carnaval, con alegre compás de candombe, al son de los tamboriles que nunca caen de las manos. Durante la marcha los jinetes hacen proezas sobre los caballos vivaces y espantadizos, azuzados por la espuela y por la bulla: corren carreras desenfrenadas,

arremeten contra los cercos, saltan las acequias y queman debajo de sus patas millares de cohetillos que los enfurecen y encabritan hasta la desesperación, haciendo crujir las coscojas del freno «peñaflor», que no pueden vencer ni quebrar, y haciéndoles arrojar gruesos copos de espuma. Las mujeres no se quedan cortas en piruetas, caracoleos y embestidas al centro de la masa compacta de jinetes, á donde se cuelan á fuerza de empujones y de mañas, ya azotando su caballo, ya á los demás para «abrirse cancha» como ellas dicen, ó gritando con voz tiple y chillona:

—«¡ Abran campo y anchura para que pase la hermosura!»

Y allí son los apretones, los estrujamientos, los abrazos con todo el cuerpo, las palabras libres, los cariños sin reparo y las coronas de sauce echadas al cuello de las valientes amazonas. Cada rasgo de esa especie les vale gran prestigio y celebridad, y los vivas estruendosos aumentan el infernal bullicio de la muchedumbre endemoniada, tanto más salida de juicio cuanto más se agita y entusiasma con las carreras y el olor á la pólvora de los cohetes, que los envuelve en una espesa nube de humo.

Casi siempre los paseos á caballo concluyen en un gran baile en casa de alguna se-

ñorona con niñas; la comparsa se desmonta, y así, con las ropas blanqueadas de almidón y las caras como de payasos, ó como de peones de molino, adornados con las flores y con las cintas obtenidas en las luchas galantes del día, calzados los hombres con botas y espuelas, comienza la danza con un encarnizamiento que no se para en límites. Las parejas se prenden una vez para no separarse, porque son amores viejos, retraídos por las consideraciones sociales, que encuentran en el carnaval licencioso una libertad casi absoluta. También no es para menos el haber vivido un año entero, viéndose de tarde en tarde, á hurtadillas, y asomándose por el cerco del fondo que da á la huerta ó al camino público. Así, no es extraño que se estrechen con fruición, que bailen toda la tarde y la noche, que no se suelten las manos, que se distraigan á veces, se prendan flores en el pecho y se aproximen las caras al amparo de la confusión y del desorden; de todos modos la madre no puede protestar, porque también se entretiene, pues es señora que ama la sociedad en su salón y gasta cumplimientos y habla en términos pulcros.

Prolónganse estos bailes hasta muy entrada la noche, hora en que el cansancio del día, los licores convidados y el natural has-

tío de todo lo apurado hasta las heces, empiezan á dar flacidez á las piernas, peso invencible á los párpados, y frialdad al humor; la niña enamorada ya no puede con su cruz, y de vez en cuando se le sale un bostezo que en vano pretende ocultar con el abanico ó el pañuelo; el compañero, también rendido por el exceso de sensaciones reprimidas y de «obligos» y «correspondencias», busca ya un pretexto para salir al fresco á desperezarse; los músicos—clarinete, triángulo y bombo—ofrecen un espectáculo curiosísimo; las mazurcas ó las habaneras van cada vez alargando sus compases y dejándose interrumpir por soluciones de continuidad, ó intervalos de silencio involuntarios pero inevitables; el clarinete ya no suena, sino berrea, porque al músico apenas le han quedado fuerzas para el *do* natural, á causa de los repetidos agasajos de la dueña de casa, que á cada instante ordena:—dénles algo á los músicos, no descuiden á los músicos;—del bombo no se diga: tiempo ha que clavó la cabeza sobre un borde de la caja, y sólo allá, cuando en sueños se acuerda de que está tocando en un baile, se despierta sobresaltado, y atraca contra el parche unos recios golpes repicados como zamacueca, aunque se estuviese bailando polca,

No, ya no es posible continuar, por más ferviente que sea el culto á la chaya; cuando el cuerpo no quiere, es en vano, hay que irse y esperar el nuevo sol. Los novios quieren hacer el último esfuerzo para decirse la postrera palabra; murmuran, disimulando el sueño, unas pocas frases conocidas en esos casos, y el barrio queda en sosiego definitivo, exclusión hecha de las comparsas nocturnas de cantores de vidalitas, porque esos no duermen sino cuando el fermento de la algarroba da en tierra con ellos; entonces, como los héroes de Homero, se desploman, haciendo encima de sus cuerpos siniestro ruido los tamboriles. Todo queda en silencio en la villa y pueblos adyacentes; sólo á muy largos intermedios llega á oirse el lejano eco de una vidalita llorona, que algún gaucho solitario, extraviado por el alcohol en un bosque, entona con toda la fuerza de su garganta.

Vuelven al día siguiente las comparsas callejeras, á cantar en frente de las casas de las personas notables del pueblo, dedicándoles coplas y dirigiéndoles bromas de tinte subido; de las puertas y de los techos les tiran agua á baldadas, la gente chayera sale en montones á quemar cohetecillos debajo de los caballos y á espolvorear de almidón á los jinetes, pero más á los canto-

res, impasibles ante el ataque é inertes para la defensa; ellos no atienden sino á la letra y al canto, importándoles poco ó nada que arda la tierra en derredor y que los briosos «pingos» se estremezcan de ganas de arrancarse del tumulto; su vidalita vale más que todo eso, y por nada de este mundo se dispersa aquel grupo de tres voces simpáticas, destacándose tristes sobre el torbellino de risas, gritos y estruendos de cohetes, como personificando la ilusión de la vida en medio del desenfrenado sainete carnavalesco.

Otras escenas de carácter indígena, y cuyo significado es ya imposible comprender, se desarrollan en los ranchos de las orillas, entre la gente más torpe, que no tiene otra manera de manifestar las alegrías ni los pesares que la embriaguez. Los actores de ellas son los descendientes más directos de los antiguos pobladores, raza intermedia, degenerada, llena de preocupaciones propias de la barbarie, y de costumbres que parecen ritos de alguna religión perdida, de la cual sólo restasen vagas nociones ó recuerdos imperceptibles. El carnaval ó «la Chaya» es para el indígena una institución, una orden con rituales y preceptos extraños, con prácticas tradicionales, con jerarquías, con relaciones curiosas á la historia y á la naturaleza de la religión, emparentada por vincu-

laciones singularísimas con la sociología de todas las razas de su mismo nivel de cultura, y en las cuales una observación profunda descubriría tal vez tenues vislumbres de la civilización conquistadora, en medio de los nebulosos hábitos de la edad prehistórica.

Cuando empieza á prepararse la gran fiesta; cuando los algarrobos principian á madurar el fruto, allá, en el seno de los valles del Norte, un personaje raro, que es como el pontífice de aquella comunión indefinible, se pone á componer la letra oficial de la vidalita del año, que ha de ser cantada por todas las comparsas, en todos los pueblos montañeses cuyo alimento esencial es la algarroba de los campos comunes, cosechada en pleno verano por las expediciones que he descrito. La canción se difunde por toda la montaña, con la música correspondiente; muchos días antes del de la fiesta, se oye en el interior de los ranchos murmullos de voces que la ensayan, acompañadas por el tamboril campestre; pero bajo, muy bajo, y sin que nadie pueda percibir las palabras, ni el tono, ni el compás. Un recogimiento casi religioso reina durante ese ensayo ó aprendizaje, hasta que llega el día y atruena los aires la canción misteriosa, impregnada de alabanzas al carnaval, de frases burdas, amorosas ó sentimentales, y algu-

na vez con alusiones á los gobiernos y á los sucesos que más impresionaron sus espíritus en la época.

He penetrado en el fondo de la sociabilidad de esos pueblos; he estudiado los ritos, las costumbres y las ideas embrionarias; pero una sombra impenetrable envuelve la filiación sociológica de aquella institución y de las ceremonias carnavalescas que voy á relatar, en las cuales parece aquella masa semisalvaje pugnando por volver al punto de partida, á la existencia selvática de la edad inculta, impelida por alguna fuerza latente de atavismo, ó por las influencias todavía vigorosas de la tierra que la sustenta.

Una de esas noches de carnaval, en que por todas partes se oye rumor de orgía y concierto de tamboriles, pude presenciar una escena que ha quedado en mi memoria como una incrustación, aunque velada por la niebla de veinte años. Era en el patio de un rancho de las orillas del pueblo. Circundábalo una fila de bancos de madera, sobre los cuales, en alegre y cortesano bullicio, se sentaban hombres y mujeres entremezclados, guardando al principio cierta moderación y compostura respetuosa; todos ellos ostentaban gruesos ramos de albahaca, y mostraban todavía en el rostro, en la cabeza y en los vestidos las señales del almidón y

del agua con que jugaron en el día. A un lado, y siempre en grupo, están los músicos con los tambores colgados del brazo izquierdo, esperando que empiece la fiesta; se nota el cansancio y la fatiga en las voces roncas que apenas se oyen entre sí; es el último día de la Chaya, y ellos han cantado los tres sin reposo. La reunión se advierte fría, desabrida, como trabada por algo que falta y que no viene, hasta que alguno reclama música y bebida, los dos auxiliares poderosos del hombre cuando quiere combatir el hastío, ó provocar una animación que no existe. Los tambores obedecen y también los dueños de casa; y pronto unos cuantos mocetones fornidos, entran cargados con una enorme tinaja llena del líquido tradicional de los festivales criollos; la depositan en el centro del círculo de concurrentes, y como si en su fondo se guardase la alegría, estalla de súbito, cuando empiezan á dar vuelta los jarros, ó los mates más preferidos por más familiares.

Se bebe con avidez, con sed desesperada, como que es la última noche y hay que hacer á la Chaya una digna despedida. Los vapores del fermento se suben á las cabezas; va aumentando la algazara y desatándose el humor encogido; ya se ven abrazos sin retraimiento, y esfuerzos por evitar-

los; empieza otra vez con furia y con saña la pelea á puñados de almidón, y de harina también, de contrabando, hasta convertirse la reunión en un entrevero informe, en medio del cual no se advierte caras ni se distinguen unos de otros. Alguien llama al orden con dificultad, porque la bulla ensordece, y los tamboriles y las vidalitas enronquecidos, en los que ya no hay tonos, ni compases, ni palabras, no dejan percibir el llamamiento. Luego se apartan en medio del concurso todos los hombres; las mujeres quedan en los asientos. Uno de los músicos, que ya no puede articular una sílaba inteligible, ocupa un banco en el centro de la rueda; los demás empiezan á dar vueltas con lentitud en torno suyo, cantando al compás del tamboril del desgraciado una especie de candombe ó de ronda báquica, de la que aquel fuese el Dios figurado, llevando todos levantado en la derecha un jarro de aloja; llegan en frente del ídolo ebrio, y cada uno bebe la mitad, arrojándole el resto á la cara; la ronda sigue impasible, acelerando el compás y repitiendo en cada vuelta la extraña ablución, que es saludada cada vez por las risas destempladas de los borrachos y por los chillidos ásperos de las mujeres, que permanecen quietas en los bancos. El dios improvisado de

la ceremonia tiene que beber casi todo el líquido que le arrojan á la boca, pues la mantiene abierta para eso, para que se la llenen los que pasan danzando alrededor. Así se mantiene el tiempo que le permite la borrachera creciente, sin interrumpir el compás de su tambor, á pesar de los chorros que lo ahogan, que le dejan ciego y que le bañan de pies á cabeza. Pero la bestia al fin se va rindiendo al alcohol, el tamboril ya ha perdido el compás y los golpes van siendo muy lentos, hasta que rueda por tierra, porque el brazo que lo sostenía ha caído rígido, junto con el cuerpo, que también se desploma como un tronco derribado por el hacha. Una salva de alaridos salvajes festeja el derrumbe de esa masa de carne vestida de andrajos, cubierta de coágulos formados por el agua y el almidón, la aloja y el polvo; los que pueden tenerse de pie lo rodean, lo arrastran por el suelo, lo pisan y dan vuelta, pero en vano: nunca la bestia humana ha merecido como entonces que su sueño estúpido se confundiera con la muerte. Los demás llevan también el veneno en las entrañas y en la cabeza, y unos más próximos, otros más distantes, todos van cayendo dormidos sobre el suelo, en medio de los arbustos ó sobre las piedras de los caminos...

Ya pasó la Chaya. En el espacio inquieto de las montañas han quedado vibrando los cantares y los ecos del tamboril melancólico, de la flauta campestre de caña y cera, de las risas femeninas y los gritos desacordes de la turba frenética. Todo ha tenido una repercusión en las rocas; todo ha dejado un rastro: en la tierra, las danzas y las correrías desenfrenadas; en el aire, las músicas y las palabras, retozando en una libertad de tres días.

Pasó la Chaya montañesa, y allá, como en las ciudades, todo se ha confundido: la más alta y etérea poesía de la naturaleza y de las almas inocentes, con la prosa descarnada, con la barbarie impúdica, con las desnudeces y las groserías de la bestia. Yo lo recuerdo todo, lo escucho aún como armonía nocturna que se aleja, y endulzan mi alma las cadencias moribundas, las vidalitas llorosas, las danzas campestres y el bullicio de las comparsas, que, como procesiones de bacantes, pasan poblando las selvas de risas, despertando los ecos dormidos en las grutas, mientras en andas, al son de rústicos tambores y flautas pastoriles, se conduce á su templo solitario al ídolo sonriente, de mejillas rojas, de ojos chispeantes, de cabellera desordenada, pero entretejida de hiedra, espigas y pámpanos. Pero

en medio de este conjunto deslumbrante, que veo reproducido con resplandores de luz á través de veinte años, se me aparece sin tregua la escena brutal de la noche postrera: veo tendido en el polvo, con rigidez de cadáver, al indio ebrio, desfigurado por el lodo, embrutecido por el vino; y á su lado, mudo y roto, el tamboril de las vidalitas de mis montañas.

XVIII

ESCENAS DE INVIERNO

Pasado el primer tercio del año, el invierno estaba de bienvenida en los valles andinos; de bienvenida porque los niños lo esperábamos con ansia, como al tío viejo cuando llega de otros pueblos, trayendo juguetes y contando maravillas. No sonará el bullicio callejero, ni circularán perfumes de viñedos por el aire, ni pasarán alegres bandadas de aves, asentándose á cantar en cada huerta de la villa; ni las nubes darán representaciones fantásticas sobre los picos del Famatina: los pájaros cantores buscan el calor del nido fabricado en la estación benigna, cuando todos los obreros trabajan al son de sus músicas, estimulados por las promesas del amor; las eminentes cumbres de la montaña fabulosa sólo aparecen rara vez al Mediodía, como descubriéndose para absorber un rayo de sol; las nieblas permanentes, densas, casi inmóviles, las

ocultan por largo tiempo á la contemplación del valle.

Parece un santuario velado durante la ausencia de los sacerdotes que lo guardan, sin himnos que se oigan á lo lejos, sin luces que broten de los altares, sin columnas de incienso que surjan al través de altas claraboyas, sin murmullos de plegarias, ni estrépitos de acordes repercutiendo como truenos bajo los arcos atrevidos; y cuando aquel denso y uniforme ropaje ceniciento abre sus pliegues un instante, sólo se percibe tras la profunda rasgadura un fondo blanco, purísimo, pero impenetrable. Creeríase que un escultor maravilloso, oculto detrás del velo de la nube, estuviese cincelando una estatua colosal del color de la nieve en capullo, para dar á la naturaleza y al hombre de los valles la sorpresa sublime, una súbita revelación del arte inconsciente pero inimitable de la inteligencia ignota, creadora de la belleza originaria. Cuando la obra está terminada, el artífice elige la hora propicia en que ha de exponerla á la contemplación del mundo, y combina las leyes ópticas, preparando la vista de los espectadores. Primero la noche envuelve todo el cielo y la tierra en la más negra, en la más caótica obscuridad; y en ese intermedio la retina ha perdido la noción del color, la

imaginación ha soñado con la aparición portentosa, el mundo sensible ha cesado de latir para concentrarse todo en la expectativa de aquel génesis del arte increado.

La aurora se acerca, y se siente esa honda agitación precursora de las grandes emociones esperadas. Sutilísima es ya la neblina que vela las formas del coloso, como para que una brisa la desvanezca; y cuando ha llegado el instante supremo, y se cree ver la mano de luz que va á descorrer la tela, el sol se presenta de un salto sobre las cimas del Oriente, bañando de súbito el escenario descubierto con la rapidez de una mirada, para que todo se asombre y se prosterne ante la obra invisible del genio de las alturas. ¡ Qué solemne silencio ante aquella escena! ¡ Qué sagrado recogimiento se advierte en todo lo animado, cuando el haz de oro del sol devela al fin la obra tanto tiempo forjada en el secreto inviolable de las nubes! Cincelado por cíclopes de mitologías desconocidas, y levantado por arquitectos fantásticos, el Famatina aparece sobre el fondo azul del firmamento como palacio de nieve de proporciones inmensurables, de formas inconcebibles, dejando ver cúpulas deslumbrantes de fuego y oro; pórticos y arcadas de vuelo inaudito; galerías caprichosas que desaparecen por la altura

y la distancia; escaleras colosales, ya rectas, ya curvas, ya en espirales y ziszás surcando como serpientes el inmenso cuerpo de la fábrica, comunicando entre sí los templos griegos con los castillos góticos, los coliseos romanos con las fortalezas germánicas; columnas enormes, sosteniendo bóvedas inverisímiles; pirámides egipcias y monolitos incásicos; muros como llanos, donde se ha dejado de relieve la historia y las fiestas atléticas de los habitantes fabulosos; y las secciones del coloso arquitectónico, separadas por abismos comunicados entre sí por subterráneos titánicos, á los que se imagina horadando los senos del granito revestido de mármol.

Todo esto se contempla por breves horas, hasta que el sol trasmonta la cima de un blanco reverberante y uniforme, matizado solamente por los reflejos irisados de la luz en los cristales de hielo; y á medida que la fantasía va encontrando las semejanzas con los monumentos construídos por la naturaleza en otras regiones del globo, ó con las creaciones inmortales del arte en las épocas y en los pueblos que han destellado en la historia del género humano. Cuando alguna vez la luna puede iluminar el cuadro, la impresión es indescriptible, y confieso mi impotencia para pintarla. Hay que pasar los

límites de la vida real, para ver un mundo de fantasía donde tienen realización escultural las más etéreas concepciones de las mitologías griega y germánica. Imaginemos un Olimpo resplandeciente de luz dorada, y sobre sus palacios, templos, grutas y jardines aéreos, pululando en torbellinos radiantes, la alada multitud de los dioses, que las razas madres de la poesía y de las religiones han forjado en sus sueños seculares.

Pero ¡cuán breves son esos estados del alma y cuán hermosas también las escenas de la realidad! El cerebro tiene instantes de irradiación en que se aparta de las formas visibles, para concebirlas incorpóreas, moviéndose en un espacio abierto por la expansión del pensamiento dentro de su propia cárcel, é iluminado por esa luz interna que no tiene representación por los colores conocidos. Las formas ideadas durante el éxtasis psicológico, no pueden perpetuarse en la memoria, ni trasladarse á la tela; son leves vislumbres de un mundo remoto, donde parece que nunca ha de penetrar de lleno el alma del hombre, destinado por las leyes de la vida á mantenerse amarrado á las formas de las cosas y de los seres que le rodean: puede levantar hasta lo sublime el diapasón de los sonidos, puede pulir hasta lo divino las líneas fijas ó reflejas de la ma-

teria, pero no sería ya el arte, desprendiéndose de la esfera real en donde respira y donde encuentra los tesoros inagotables de sus creaciones.

Reanudemos, pues, los recuerdos, y vamos á contemplar la alegría íntima de un hogar sencillo, donde debajo de un corredor espacioso, de techo pajizo, de horcones rústicos, ennegrecidos por el humo del fogón, y de paredes de barro agrietadas hasta ver la luz del lado opuesto, arde una hoguera ruidosa y movediza, circundada de un concurso de mujeres y hombres de servicio, entre los cuales nosotros, los niños de la casa, ocupamos también un banco. Afuera se ve caer los capullos de nieve como plumas de cisnes derramadas al pasar volando sobre la villa, cual si de propósito quisieran alfombrarla. Ha nevado toda la noche, y no se ve un solo objeto, ni un árbol, ni un edificio que no estén vestidos de blanco y de una tela tan suave, que dan tentaciones de rozar con ella la cara y las manos; y nosotros lo hacíamos desafiando el frío; apostábamos siempre á cuál marcaba primero el rastro de sus pies sobre la tersa superficie de la calle.

Era una sensación intensa de gloria y de placer la que, yo al menos, experimentaba cuando podía aventajar á mis hermanos en

aquella profanación, diré así, de la inviolada tersura de la nieve recién caída, tan leve, tan pura, tan deleznable, que parece cada copo una flor nacida de un rayo de luna... Después que correteábamos hasta destruir el encanto, ya la vieja cocinera tenía encendido el fuego cotidiano, compañero del que trae el día; pero esta vez ensanchábase el circuito de piedras que detiene las cenizas, aumentábase la carga de combustible, y pronto se rodeaba de gente que ama y busca su calor, que ha nacido y ha fraternizado al resplandor de sus llamas reparadoras, que ve en él como el símbolo de un sentimiento eterno, generador de virtud y de fuerza, y de una religión informe, manifiesta sólo en ese deseo de no separarse y de verse morir calentado por sus mismos reflejos.

Todos eran criados ó peones antiguos de la familia, que la habían seguido á todas partes, compartiendo miserias y prosperidades, y tenían una madre común—la reconocíamos como tal mis padres y nosotros—á la anciana Leonita, descendiente de caciques montañeses, y como ellos inflexible á las fatigas y á los años; allí tenía su sitio invariable que era la primera en ocupar. Antes de amanecer y cuando todavía no se distinguen bien las formas, ya se levantaba

de su ligera cama de chuse y de *puyos* tejidos en el pueblo, con un pasito lento, sin hacer ruido, é iba al depósito de leña, que empezaba á despedazar dando golpes sobre las piedras del fogón, en cuyo centro, bajo un montón de cenizas que ella apartaba con un trozo de madera, vivía aún la última brasa de la víspera para encender el fuego de hoy; y la pobre vieja no pensó jamás en la semejanza que había con su propio corazón, lleno de amor y de ternura, pero encerrado sin aparentes irradiaciones bajo la fría corteza de sus ochenta años.

Encima de aquella brasa resucitada ardía en breve la hoguera, á cuyo alrededor se congregaba luego la servidumbre, y donde hervían las teteras de agua para el mate del desayuno. Después todos tomaban el camino del trabajo y nosotros el de la escuela; y cuando caía mucha nieve y nos dispensaban la asistencia, á organizar las expediciones por las huertas á caza de pájaros entumecidos sobre los árboles donde los sorprendió la noche. Ya se ve que no sentíamos pena de andar toda la mañana sobre el hielo, y no obstante, el preceptor creía que nos haría daño salir de nuestras casas para ir á la escuela. Armados de largas picas preparadas con tiempo, envueltos bien las piernas y los pies, y después de meter-

los varias veces en el fuego para hacernos la ilusión de que almacenábamos calor por algunas horas, partíamos de carrera y á saltos, internándonos entre los zarzales de la viña, descuidada y sin desherbar durante el rigor del invierno.

Sobre los deshojados sarmientos, ó entre los gajos de los duraznos y los manzanos desnudos, y aun debajo de las bóvedas formadas por los arbustos tupidos, encontrábamos grupos de pajarillos, de palomas llantas y torcaces, acurrucados en apretados racimos, como queriendo abrigarse y comunicarse unos á otros un resto de calor de sus miembros ateridos, tiritando, piando casi en secreto y metiendo la cabeza debajo de las alas: nos acercábamos sin precauciones, porque no tenían fuerza ni movimiento para volar, y los aprisionábamos con las manos sin hacerles daño, para llevarlos á calentar en el fogón de la cocina.

¡ Y cuántas veces al tocarlos se desprendían de las ramas al suelo, como hojas secas que el simple tacto arranca, pues estaban exánimes hacía muchas horas, manteniéndose de pie con la inmovilidad y la actitud en que los sorprendió la ráfaga mortífera! Al pie de los grandes árboles y alrededor de los troncos, el suelo se hallaba sembrado de cadáveres de los que no pu-

dieron siquiera prolongar la vida al amparo de una techumbre de zarzas, y el viento los derribó de las copas donde hallaron tumba á la intemperie.

Para descubrir á muchos de ellos, teníamos que entrar todo el brazo en los agujeros que abrieron al caer sus cuerpos dentro de la blanda pero espesa capa de nieve que tapizaba la tierra, sin más mortaja que su propio plumaje multicolor y levísimo, como el soplo de vida que animó sus formas diminutas. Algunos, los que pudieron salvarse, antes de huir de nuestra presencia, volaban á posarse sobre nuestras cabezas y nuestros hombros, como implorándonos un abrigo, aun á riesgo de encontrar una muerte más dolorosa, como esas vírgenes indefensas, asediadas por el seductor tenaz, que se arrojan en sus brazos librando á su propia inspiración la guardia de su pudor y su inocencia.

Así caían sobre nosotros, desarmados por la compasión; los cubríamos con nuestras ropas, y ellos se escurrían por entre los pliegues y se apretaban dentro de los bolsillos. Ninguno fué sacrificado, por más que nosotros salíamos á eso, y la única crueldad era para los más hermosos, para los que sabían cantar: reducirlos á prisión perpetua dentro de una jaula, donde si bien

gozaban de calor y de cuidados, sufrían la muerte lenta de la nostalgia de los bosques nativos: así la libertad es el ambiente de la naturaleza, y todos los seres nacidos para ser libres se sienten dichosos de morir bajo el furor de sus inclemencias, antes que vivir esclavos, aun dentro de mansiones de oro y pedrería, y envueltos en dorados ropajes y en atmósfera de perfumes.

Por eso nosotros, que sin saberlo nos parecíamos á las aves de nuestras selvas, no podíamos darles la muerte, y después de volverles el calor cerca de la llama del hogar, y cuando ya el sol había templado el aire y derretido la nieve, las lanzábamos de nuevo al espacio para que fuesen á continuar sus amores, sus trabajos y sus destinos. También nos quedábamos tristes después que se iban, porque ya empezábamos á amarlas con el interés de un parentesco extraño, y las pobrecillas, al alejarse, parecían decirnos adiós con trinos de una infinita tristeza.

Luego el sol empieza á declinar, perdiéndose de vista detrás de la montaña, y la neblina espesa, cargada de nieve, comienza á tupirse otra vez y á correr el viento helado de las cumbres ocultas. Pronto llega la noche, la noche interminable, durante la cual se consumen las pilas de leña en el fuego;

los peones han vuelto muertos de frío, con las ropas destilando agua que secan dentro de las llamas avivadas por la viejecita cocinera, quien con un tizón en la mano, revuelve las brasas para cada uno que viene, como para aumentar la intensidad del calor, haciendo levantar hasta el techo un chisporroteo vivaz. Una olla grande, llena de maíz molido, hierve á borbotones en medio de la rueda; la anciana la retira cuando está en sazón el suculento grano, y en breve queda vacía y los jornaleros contentos; arman en seguida sus cigarros de tabaco criollo en la chala de la mazorca, y los devoran con deleite durante los primeros momentos de somnolencia, precursores de una digestión potente y provechosa.

Hay que pasar el tiempo hasta la hora del sueño y no se puede dar un paso fuera del corredor, porque la niebla es compacta y no se ve ni las manos. Nosotros, que en la mesa hemos estado saltando para ir á engrosar la rueda de los peones bajo el galpón de la cocina, y por escapar á las reprensiones, somos los iniciadores del entretenimiento; «la mamá Leonita», como la llamábamos, sabía muchos cuentos de los tiempos antiguos, de cuando imperaban los Incas y de cuando había rey; conocía los secretos de esa montaña fabulosa, y el sentido

de los rumores que llegan al valle desde sus negras quebradas é inaccecibles llanuras; recordaba, como si fuesen de ayer, las peleas de los salvajes entre sí, y con el invasor y dominador de sus tierras; descifraba y explicaba la historia de ciertas aves llorosas que andan por esas faldas y esas selvas, enterneciéndolas con cantos lastimeros; y más de una vez hemos dejado correr nuestras lágrimas, y las hemos visto relumbrar á la luz de las llamas sobre las mejillas rudas de los hombres de trabajo, cuando la pobre vieja nos contaba la triste leyenda de Crespín, que dejó sola en el mundo á su compañera, la cual, de tanto llorar y llamarle por los campos, corriendo con las ropas desgarradas ó trepando sobre las grandes piedras de las colinas convirtióse al fin, por compasión del cielo, en un pájaro pequeñito, de plumaje gris que le hace invisible: y así continúa volando de árbol en árbol, siempre gritando con voz doliente:—«¡Crespín, Crespín!»—sin que el novio vuelva más á consolarla de su eterna viudez.

Ella lo sabe todo, porque ha vivido mucho y nunca salió de los límites del valle natal, y porque sus padres le transmitieron el relato de sus abuelos, empapado en el sentimiento de la raza, en los dolores de la esclavitud y en la intensa fantasía nacida

de los espectáculos y obscuros fenómenos de la montaña. Aquellos ruidos nocturnos de origen inexplicable, que en medio de la neblina llegaban como gemidos de prisioneros en torres del hambre; esas risas estridentes que rompían la espesura de las nubes, haciéndonos helar de doble frío y clavar los ojos espantados en la tiniebla; los monumentos de piedra bruta, erigidos entre las quebradas ó sobre las laderas, unos coronados de pencas de doradas espinas, otros de cruces solitarias donde se han enredado las trepadoras silvestres: todo eso que se escucha con atención ó terror, ó se contempla con poético interés, y cuyos orígenes nadie ni signo alguno aciertan á iluminar con un rayo de luz, era lo que daba tema inagotable á las veladas junto al fogón de la casa, lo que ahuyentaba el sueño de mis párpados y lo que después, cuando he sido hombre, ha sumergido mi pensamiento en las más profundas cavilaciones. ¡Cuánto pesan en el destino de las sociedades humanas esas fuerzas ocultas, esos fenómenos inexplicados, esos imperceptibles impulsos, nacidos de la tensión de un nervio por un sonido destemplado, por una sombra que pasa, por una lumbre que surge y se apaga en el fondo de la noche!

Pero volvamos al relato de la anciana,

personaje saliente en aquel cuadro original donde un grupo de seres sencillos hasta la inocencia, rodeando el fuego y con los rostros bañados por el reflejo rojizo de las llamas, la escucha con devoción, como que está evocando un pasado de grandezas desvanecidas, con todo el estoico dolor de aquella raza cuya sangre animaba la mitad de su vida. Entonces he sabido que en las alturas del Famatina, vedadas á los hombres desde donde empiezan las nieves, habita, desde que los reyes indígenas entregaron la corona, un genio solitario, condenado á llorar eternamente la pérdida de la virgen tierra del sol. Sí, es el genio ó el dios, sobreviviente del Olimpo destruído, el que desterrado de todas las comarcas conquistadas por sus emperadores, fué á refugiarse en esa inexpugnable fortaleza.

Defiéndenla los vientos como leones de estentóreos rugidos; ellos guardan la frontera sagrada, y ¡ ay! del viajero que se atreve á franquear la línea divisoria entre la región de los mortales y la región de los dioses, porque el vendaval se desata derribando rocas y témpanos inmensos, que le arrastran á los abismos, en medio del estrépito más pavoroso que se haya escuchado sobre la tierra. Yo he visto á los ancianos del pueblo caer de rodillas y cubrirse la cara

con las manos, gritando:—¡ Misericordia!—cada vez que oían desde el valle el rumor de la cólera divina, y sentían estremecerse el suelo bajo sus pies. Ya fuera aquel espanto producido por el temor de un cataclismo inminente, ó por el cúmulo de supersticiones de esas almas sensibles, es de rigurosa verdad el hecho, que nunca supieron explicarme sino como lo he referido.

Los cuentos duraban todo el invierno, y la inocente narradora muy lejos se hallaba de pensar que algún día pudieran servir de base para reconstruir una sociología, para restaurar un pasado remoto, para hacer resucitar el alma de la raza que pobló la región del Famatina-Huayo, y la historia de los esfuerzos que soldados y misioneros realizaron para someterla al yugo de la civilización; pues para ella presentábase como tiranía sangrienta, ó como despojo inhumano de los más queridos tesoros.

Después ¡ cómo gozábamos todos, y la naturaleza con nosotros, cuando hacía un día de sol! Era como himno de júbilo el que se levantaba de todas partes, y aquel calorcillo suave del mediodía, difundiéndose por las selvas desnudas, por los nidos silenciosos y por encima de los arroyos congelados, iba despertando rumores de todas las intensidades, desde los cantos de las aves que

se creían en primavera, hasta el casi imperceptible crujido de las capas de hielo, que empezaban á romperse en radiaciones caprichosas como cristales expuestos al fuego.

El lecho de piedras de las corrientes que alimentan la villa, se distingue al través de las losas transparentes, con todos sus detalles, como paisajes en miniatura, donde brillan chispas de talco fosforescente, donde relumbran escamas doradas de pececillos arrastrados por las aguas y donde finísimas hierbas acuáticas, de un verde claro, forman el elemento decorativo de esos múltiples cuadros; y cuando la influencia del sol ha llegado al seno de aquellas urnas, se ve deslizarse unas tras otras las gotas de agua desprendidas del témpano, semejando reflejos de globos luminosos é irisados, que discurriesen por un firmamento reproducido dentro de diminutas cámaras fotográficas.

No puede idear la fantasía nada que no encuentre realizado en los accidentes de la montaña: desde las escenas de proporciones grandiosas, donde los proscenios son colosales, los personajes gigantescos y las decoraciones nublados repletos de sombras y rasgados por rayos repentinos, hasta las visiones del sueño, de formas, coloridos y actores imposibles, pero que viven un ins-

tante en la mente, asomándose á ella como resplandores de luz interna; que tienen la virtud de idealizar la vida, de hacernos sonreir con deleite, y luego pasan como exhalaciones, dejando borradas las huellas en la memoria, para que el pincel no pueda copiarlas, ni el verso fulgurar con la irradiación que las envuelve al cruzar por los espacios del cerebro. Esos pequeños cuadros que viven y se mueven dentro del hueco de una peña, en el fondo del arroyo transparente, se me figuran los que ven los niños cuando duermen, por eso sonríen y agitan sus manecitas creyendo atrapar la reina alada del enjambre, cuando pasa envuelta en lampos de luz, arrastrada por corceles radiantes en la carroza de Mab, y seguida por apiñada corte de damas y pajes, danzando al son de músicas sólo por ellos oídas.

Una de aquellas tardes incoloras y glaciales, mi padre y yo mirábamos á lo lejos, sobre la cima de la sierra de Velazco, un nublado denso en cuyo seno fosforescían á largos intervalos relámpagos difusos é indecisos; parecíanos hasta oir el eco moribundo de los truenos, como son en la época de los fríos, débiles, lánguidos, destemplados como tambores fúnebres, cual si brotasen de las nubes entumecidos, envueltos en pesados

ropajes donde se apagan al nacer las voces.

Representábame una batalla cuyo campo los dioses hubieran velado para ocultar horrores, y de la cual el estampido de los cañones sólo llegaba á nosotros al extinguirse en las ondas; sentía toda esa agitación profunda de los que á distancia contemplan un combate real, del que no distinguen sino los rumores y la gigantesca agrupación de los torbellinos del humo que cubre los ejércitos.—¿Habrá algún hombre, pregunté, que haya llegado al medio de esas nubes? —Sí, respondió mi padre, yo estuve allí muchas veces, los rayos han cruzado por encima de mi cabeza y los truenos han reventado cerca de mí. Le miré como á un ser extraordinario, con asombro, con terror, y más aun cuando me dijo que yo también iba á escalar esas mismas alturas. Eso me parecía un sueño; espantábame la idea de excursión semejante, pero una fuerza misteriosa me hacía desearla para muy pronto.

A los pocos días nuestras mulas se detenían al pie de la montaña, en el fondo de una quebrada honda, cubierta por una selva erizada de espinas, entretejida por lazos de enredaderas deshojadas, como cadenas de acero que ligasen unos con otros los árboles; se me figuraba el cordaje de un colosal navío encajado entre las rocas de una

montaña submarina que hubiesen dejado en descubierto las aguas; ó bien, la imaginación hacíame ver serpientes descomunales enlazadas, retorciéndose unas sobre otras en juegos perezosos ó en combates hercúleos. La senda apenas cruzaba aquel laberinto infernal, para encaramarse en seguida por las abruptas y empinadas faldas, donde á cada paso se abren cortaduras y grietas, que dan á los cerros el aspecto de cráneos partidos por el hacha en una batalla de cíclopes. Las bestias que nos conducen asoman la cabeza á las bocas de los precipicios, respiran con fuertes resoplidos y leves temblores sacuden sus músculos infatigables. Sienten ellas también el horror de aquella naturaleza primitiva, y cuando en los momentos de descanso miran hacia las cumbres, lanzan relinchos ahogados como sollozos que hielan las carnes.

Las tinieblas se adelantan á la noche, haciéndola presentir preñada de catástrofes y de visiones terroríficas; la neblina nos cierra el limitado horizonte que dejan entre sí las laderas próximas y luego ya no se ve más allá del espacio que ocupa cada uno de nosotros. Las ráfagas cruzan rozándonos la cara como manos de espectros que pasasen en ronda invisible, dejándonos solamente la impresión de sus caricias de hielo, y se

alejan y se desvanecen en los abismos los ecos de sus risas ásperas, como ruido de voces que se chocan, como crujido de secos troncos que raja el rayo, como graznidos de aves nocturnas, huyendo despavoridas del vendaval inminente.

No puede seguir adelante la pequeña caravana, porque los baqueanos han perdido los rumbos, y el viento ha borrado la senda que serpea entre rocas puntiagudas y arbustos enmarañados como reptiles interminables; á cada paso, en la profunda obscuridad, sentimos garras que nos detienen y rasgan los vestidos y las carnes, superficies erizadas de muros graníticos que nos estrechan y nos rechazan. Los cardones salvajes, cual colosales momias alineadas en desorden, revestidos de su cota de malla de impenetrables espinas, silban con siniestros y agudos chirridos al cimbrarlos el viento, y nos amenazan desde sus pedestales; los pedruscos que nuestras bestias remueven al costear los precipicios, lanzándose al fondo, arrastran otros mil á su paso, y por largo espacio se perciben, primero el rumor creciente, y luego el estruendo formidable de una avalancha que se derrumba hacia los abismos invisibles. De tiempo en tiempo levísimas claridades inundan los senos repletos de nubes, y se percibe, como viniendo

de muy lejos, el eco difuso y grave de un trueno perezoso, semejante al gruñido de un monstruo que soñara en la selva.

Ya es imposible continuar la marcha; echamos pie á tierra, obedeciendo al consejo del guía, extraviado y sin salida en aquel infierno de rocas apiñadas, de selvas desgarradoras y de grietas como fauces abiertas á nuestros pies, por donde nos conduce á tientas, indicándonos las direcciones con gritos que resuenan en la tiniebla como gemidos dolorosos de alma errante que implorase misericordia. En breve el resplandor de una hoguera se abre difícil paso á través de la neblina que nos envuelve; los peones la alimentan con brazadas de hierbas y gajos de árboles arrancados con estrépito; y entonces, en el limitado espacio que iluminan las llamas, aparecen de súbito con sus formas reales los seres fantásticos, los reptiles gigantescos, los sepulcros, las bocas famélicas, los esqueletos danzantes, las garras afiladas y los monstruos gruñidores que nos amenazaron en las alucinaciones del miedo.

Pero hay algo de extraordinario y de sublime en aquella súbita iluminación de la cerrada selva, por las rojas llamaradas de una hoguera, y es la transición repentina de ese estado de sobreexcitación terrorífica,

á la visión clara y perfecta de las cosas que trastornaron nuestro criterio en los momentos de la fiebre.

Hay siempre un estado intermedio, aquel en que se realiza la transformación de las visiones en objetos conocidos, y en que no bien definidos unas y otras, se produce en la mente esa informe confusión de lo real y lo fantástico, de lo verdadero y lo soñado. Así, pues, el primer cuadro que se contempla provoca las sensaciones más extrañas: las gruesas raíces de los talas añosos, torcidos en espirales alrededor de grandes peñascos, se nos figuran las serpientes fabulosas sorprendidas por la luz y haciendo las contorsiones de la fuga, para meterse en sus profundas cuevas; las grietas y ángulos de las peñas nos parecen caras deformes que se contraen de súbito para ponerse inmóviles, y en cuyas cavidades relumbran las láminas de talco, semejando pupilas encendidas; las capas de escarcha que caen de las ramas sacudidas por el viento, parecen las blancas vestiduras de nuestros fantasmas arrojadas al emprender la huída; los árboles raquíticos secados por el incendio, son los esqueletos de la fiesta macabra, presos por las marañas y las espinas, ó rendidos por la agitación de la ronda frenética: se ve á los pájaros volar á esconderse en lo

más tupido de los ramajes, lanzando graznidos de sorpresa al batir las enredaderas que obstruyen las aberturas; y los esbeltos cactus, dispersos como soldados en guerrilla sobre las faldas empinadas, aparecen, en efecto, al resplandor de la fogata, viniendo á calentarse en las llamas del vivac; cruzan en todas direcciones lagartos veloces, huyendo del fuego que invade los escondrijos y las hendeduras de las piedras ó de los troncos huecos; los insectos y las pequeñas aves, acurrucados de frío en intersticios invisibles, salen zumbando en bandadas, desalojados por las espesas nubes de humo que surgen de la hoguera; y todos estos múltiples detalles, observados en el corto instante que la mirada emplea para abarcar el cuadro, producidos en el espacio que ilumina la roja lumbre, hieren la imaginación con mayor intensidad que las extravagantes creaciones del espanto, enriqueciendo nuestra memoria con imágenes y coloridos, formas y tonos originales, que más tarde hacen su aparición deslumbradora sobre la tela que el pincel anima, ó en el poema que la inspiración corona de luces y satura de armonías.

XIX

EL CÓNDOR

Viene ahora á mi memoria—y ¡cómo he de olvidarlo!—el episodio más interesante de mis viajes, el que más hondas sensaciones de la naturaleza ha producido en mi vida, y el último que hice en compañía de mi padre por la montaña consagrada en las tradiciones de la familia. Quiero hablar—ya es tiempo—de esa ave soberana que tiene en las cumbres su vivienda misteriosa, y es como el espíritu errante de esas moles en apariencia mudas, pero que en las soledades de la noche como en las del mediodía, semejantes por su solemne silencio, tienen, no obstante, voz y lenguaje, revelaciones y confidencias que el viajero escucha, siente y traduce, sin poder definir el órgano que las exterioriza.

Sí; la montaña tiene un alma sensible difundida entre sus infinitos accidentes; ella da rumor cadencioso y melódico á los árboles; vibración sonora á las aristas agudas

de las cimas; repercusión cromática á los ecos fugitivos; resonancia de acorde sagrado al viento que roza la abertura de las cavernas; fragor pavoroso al trueno encerrado en las gargantas impenetrables; profundos y majestuosos tonos á las corrientes subterráneas, que circulan como ríos de sangre precipitados por colosales arterias; dulzura de somnolientes arrullos á los cantos de las aves menores; formas vivientes á las nubes, á las rocas y á sus sombras fugaces; perfume de incienso místico ó de profanos paraísos á las flores silvestres; colorido artístico á las laderas, á los bosques y á las brumas que velan los abismos, y efectos fantásticos de escenas de magia á los haces de luna caídos al través del follaje sobre las rocas y los torrentes.

Esto es el alma de la montaña; son las personificaciones que el hombre crea siempre, para dotar de vida á lo inanimado cuando éste tiene la virtud de conmoverle, de despertar los sentimientos y excitar la fantasía. No se puede concebir como aquel arrobador conjunto de sonidos y de visiones no sea la revelación de un algo viviente que anime las rocas, los árboles empinados sobre ellas, los manantiales que surgen de sus cimientos en filtraciones incesantes. Y en verdad, la naturaleza tiene siempre

consigo, formando parte de su ser, un signo visible que la personifica, ya sea el hombre autóctono nacido de la piedra, ya un pájaro que ostenta su vigor y su fuerza, ya una flor que guarda su perfume. Las montañas de mi tierra—los Andes—tienen el cóndor, el morador amante de las alturas, el ave inmortal, que por lo secreto de su vida y lo inconocible de sus hábitos domésticos, parece un símbolo indescifrable de la muda pero grandiosa historia de los montes americanos. El lleva marcada en la pupila la huella de un perenne insomnio, como en un momento de inspiración lo adivinó un poeta nacional, sin haberle contemplado de cerca, y los nerviosos é inquietos movimientos de su cabeza calva, para mirar á las profundidades y á los horizontes lejanos, sugieren la creencia de que algo más que la pesquisa de la presa le preocupa, y puede ser el temor de un acontecimiento presentido, que vendrá de ignoradas regiones, en día incierto y en son de exterminio.

Expongo en estas páginas las impresiones reales que me causó la naturaleza y lo que ellas han elaborado después, lentamente, en mi cerebro; y debo confesar que sentí un extraño temor al aproximarme á los parajes donde el cóndor habita. Veíalo recorrer sereno, con las grandes alas abiertas,

el espacio bañado de sol, describiendo círculos inmensos que parecían no tener un término, como esas parábolas en que circulan los cometas que no han de volver jamás á nuestro cielo; su sombra gigantesca, proyectada desde la altura, rodaba como la de una nube sobre las faldas, los abismos, las cumbres y los valles. Contemplarlo en el fondo azul del firmamento era lanzar, más que los ojos, el pensamiento por la ruta etérea de su vuelo olímpico. Lo he seguido por largo tiempo con la mirada: hallábame sobre una roca, distante de todo objeto que pudiera impedirme la plenitud de la visión, y á la hora en que el sol, oculto por elevada sierra, iluminaba el espacio sin herir la pupila, parecíame hallarme en el mundo del sueño, cuando una quimera vana, con forma de ángel, de mujer, de ave ó de llama intangibles, cruza por los espacios mentales, y nosotros nos arrojamos tras ella; persiguiéndola lo mismo que en el mundo real, sin noción de lugar ni de tiempo, hasta desvanecerse, difundirse ya en la sombra, ya en esas irradiaciones esplendentes que vemos al soñar, y que nos despiertan sobresaltados cual si un globo luminoso hubiese estallado dentro del cráneo. Yo no veía más que el azul inconmensurable, y sobre la tela infinita donde los astros son chispas de

fuego, mis ojos, mi pensamiento, mi fantasía, seguían fascinados al ave majestuosa, semejante á una estrella apagada que fuese por última vez surcando el firmamento, para sepultarse en el misterio de las sombras eternas. Por la imperceptible abstracción de mí mismo, absorbido por la idealidad, perdí bien pronto la conciencia de la vida, y era ya un espíritu alado, flotante en el vacío, pero fascinado por la visión del pájaro enigmático, viajero infatigable que yo seguía sin saber á dónde, ni darme cuenta de su derrotero ni de su destino. Cuando el punto sombrío se confundió con la tinta azulada del éter, el fenómeno psíquico convirtióse en algo que apenas acierto á definir: sentí como si el ser ideal que vivía por mí, se hubiese diluído también en el vacío, como la luz del día se diluye en la media claridad del crepúsculo, el aroma de las selvas en el aire, ó como se apaga la nota musical con las últimas oscilaciones de la onda sonora.

Bien pronto las estrellas comenzaron á encenderse en diversos puntos de la esfera, como las luces de un gran templo, sorprendiendo los ojos; empezaron á acallarse los ruidos y á venir ese susurrante silencio del crepúsculo; primero dulcemente, como zumbido de mariposa incorpórea, y después so-

noro y límpido, como voces de flautas campestres, de notas interminables, escuchadas á lo lejos en diversas direcciones. El colorido del cielo interior, reflejo del externo, se torna por grados en nebuloso y melancólico, como si entrasen velos finísimos, sembrados también de luces vagas, á apagar los resplandores de la mente; reprodúcese en el alma el crepúsculo del espacio, con sus colores indefinidos; cantos que mueren y murmullos que nacen; ruidos desacordes que se apagan y melodías somnolientes que surgen; paisajes de la montaña cuyos contornos se borran, y cuadros celestes cuyas formas, no bien acentuadas, aparecen en el lienzo obscuro de la noche, más bien como evocación de nuestra fantasía, que no dibujadas en verdad por la luz de las estrellas.

Cuando descendí de mi observatorio rústico, mis compañeros rodeaban la hoguera que alumbra y reconforta, vuelve el vigor al cuerpo y enciende alegría en el espíritu, después de aquellas ásperas y riscosas jornadas por los senderos montañeses. De un lado se levantaba una muralla de ciclópeas masas graníticas y cavidades profundas, rematando en un cono cuyo vértice apenas se advertía en el fondo del cielo sin luna; las llamas, avivadas á menudo, dejábanme ver

la puerta irregular de una enorme gruta, que hoy recuerdo semejante á la que daba entrada en el reino doloroso al viajero florentino; sentí al mirarla una vaga impresión de frío en todo mi ser, y volviendo los ojos al lado opuesto, la pendiente tenebrosa, el horizonte estrellado, aun debajo de nosotros, me sugerían la más perfecta ilusión de encontrarnos suspendidos en el espacio.

El arriero de la tropa, un negro de los muchos descendientes de los esclavos del Huaco, refirió después un cuento fantástico, de esos que nunca se olvidan si se oyeron en la niñez, y en los cuales aparecen gigantes, brujas y hadas habitando cavernas lóbregas, pero en cuyo interior poseen palacios encantados, verdaderos mundos ocultos donde la luz es deslumbrante, las aromas embriagadoras, las músicas de infinita dulzura, las mujeres prodigio de belleza, dotadas de maravilloso poder para transformarse en flores, en humo y en aves de plumajes y cantos desconocidos. A medida que el cuento se acercaba al término, las llamas de la hoguera languidecían; estrechábase el círculo de su reflejo luminoso, y el sueño cerraba mis ojos gradualmente. Recuerdo que las últimas palabras del narrador referían como el gigante de su

historia, después de encerrar en un cofre de oro la nubecilla en que había convertido á la beldad robada—la hija del rey cercano,—emprendió el camino de la montaña, y sumergióse en la negra boca de la cueva ignorada, en cuyo fondo hallábase su magnífica vivienda, servida por genios que él forjaba, que brotaban del techo, de los muros y del aire, pronunciando palabras mágicas... Cerré los ojos, no sin dirigirlos por instinto á la profunda cavidad del muro, donde se rompían las ráfagas con bramidos extraños, como de fiera perseguida que embiste á la cueva, y retrocede rugiendo si ve al perro heroico á la entrada del inexpugnable refugio.

Bien poco duró mi sueño, porque la fatiga de tan violentas sensaciones más bien lo ahuyenta que lo procura; á lo cual se añadía la influencia de la obscuridad con sus vagos terrores y sus vocerios interminables; el frío intenso de ese vientecillo de las noches límpidas de invierno, en que las estrellas brillan sobre el profundo azul como pupilas húmedas de lágrimas nacientes, y en que el rocío se palpa y se congela sobre las rocas, el césped y los árboles, cual si todos hubiesen amanecido llorando por causa de un sueño triste. Vinieron á interesar mi atención unos rumores para mí des-

conocidos, que llegaban del lado de la gruta: parecía como si en el fondo habitasen gentes de siniestra vida, ó seres sobrenaturales que celebrasen asambleas tumultuosas, conferencias á media voz, pláticas entrecortadas, ceremonias de cultos secretos, en los cuales desfilasen numerosos concursos al son de cantos graves y roncos, sin modalidades ni gradaciones de notas largas y solemnes, como coro de monjes en un subterráneo; ó bien, de súbito representábame la imaginación una *Salamanca* desconocida de los hombres de la comarca, y esos ruidos eran los ecos lejanos de las fiestas horripilantes de brujas y brujos asquerosos, entremezclados con demonios en vacaciones, concurrentes con permiso del rey del abismo; se oían los estruendos de las danzas grotescas y brutales, se adivinaba los trajes y las actitudes obscenas, las rondas desordenadas, las risotadas estrepitosas, combinadas con una música de sonidos sin resonancia ni vibraciones, como si se tocara para que bailasen condenados á muerte en el mismo tambor de la ejecución; luego un hondo silencio, y después una ilusión diversa; oíase con claridad casi indudable, palabras de timbre solemne, como de general que diese órdenes terminantes á secas en una avanzada nocturna; chasquidos de alas

inmensas que se baten con fuerza para emprender un vuelo precipitado, silbando en seguida al cortar el aire; crujir de huesos roídos por dientes de acero, y aplicando con mayor intensidad el oído, se percibía muy leve, pero distinto, el piar de polluelos que se aprietan debajo del ala materna para abrigarse todos á un tiempo.

Este conjunto y sucesión de imágenes, suscitadas por tan extraños ruidos, fueron de tal manera sobreexcitando mi imaginación, que llegué á sentir verdadero terror, hasta figurarme que esa gruta era realmente la guarida de alguna legión infernal, que deliberase el modo de arrastrarme á sus cuevas inmundas y despedazarme en un festín, en el cual mi sangre sería el licor servido en cráneos de víctimas antiguas. No me atrevía á respirar, por miedo de que al mover mis ropas, advirtiese algún espía de la endemoniada turba mi presencia, y hasta los latidos de mi corazón me parecían repercutir con estrépito en aquella soledad y en esas alturas, donde los ecos son tan susceptibles y fugaces, que no pueden guardar secreto de la caída de una hoja, ni de la levísima inclinación de la flor donde se posa una luciérnaga errante.

Hice un supremo esfuerzo de valor y abrí los ojos. El alba sonrosada dibujábase ya

en el horizonte, los astros palidecían, los vapores acuosos del rocío recogíanse en las hondas quebradas, en masas densas coloreadas de casi imperceptible rubor. Sobre el agudo pico de un cerro próximo asomó radiante, como una explosión de luz, el astro de la aurora, el planeta que viene del Oriente derramando torrentes de amor. Volvíme ansioso á ver la gruta de los rumores nocturnos, y lo que en ella contemplé, no ha de ser pintado en una frase, porque es un poema de primitiva grandeza, donde lo nuevo, lo virginal y lo sublime hacen que la mirada se suspenda, y el alma se sujete á la contemplación de sus cuadros y escenas sucesivas, impregnadas de solemnidad y de religioso misterio. Era el despertar de la gruta de los cóndores á las primeras claridades del día, y en medio del himno naciente que saluda, en toda la tierra y en todos los climas, la vuelta victoriosa del padre de la vida.

Silencioso y con paso mesurado, pero solemne, un enorme cóndor de plumaje gris obscuro, asomó de la cueva y se detuvo en un ángulo saliente de la roca; movió el cuello para probar sus músculos, abrió las alas en toda su amplitud, desperezándose de la inacción de la noche, y sacudiendo con violencia la cabeza, lanzó un poderoso grazni-

do, que voló á confundirse con los cantos que de todas partes surgían en honor de la mañana. Era el himno informe y rudo de su garganta de acero, entonado en pleno espacio; era el grito de alerta enviado á las cumbres altísimas, escuetas y desoladas, á las nubes que las coronaban aún porque reposaron sobre ellas, á las selvas profundas y á los valles distantes; era la voz del soberano, advirtiéndoles que iba á emprender el viaje cotidiano por encima de todas las alturas, hasta que el sol se ocultase de nuevo tras las cordilleras inaccesibles.

¡Cómo resonó en mi oído aquel eco ronco y fúnebre! Yo pensaba en la atronadora canción que él habría entonado en ese instante á la naturaleza y á los cielos abiertos, si Dios no lo hubiese privado para siempre del supremo poder de la armonía, al dotarlo de la fuerza y darle por dominio lo ilimitado, lo invisible, lo insuperable. Se advierte, en su concentrado y siniestro graznido, la desesperación de esa terrible condena. ¡Ah, cómo repercutieran de cumbre en cumbre el ¡salve! gigantesco á la alborada, desde las solitarias regiones de las nubes; el heráldico anuncio de sus paseos triunfales; el salmo grandioso de su culto al astro que enciende las antorchas del mundo, y el titánico himno de victoria, cuando sus-

pendido como un punto en las alturas, divisa cual una leve sombra las montañas seculares! ¡Y con qué sublimes y proféticos acordes haría á la América la revelación de sus secretos, guardados por tantos siglos, y destinados á perecer con el último vástago de su raza! El también cantaría sus amores ignorados, transcurridos en el fondo de las grutas al calor del nido, ó en la región de las nubes al calor del sol; los sueños de grandeza y los vértigos de lo alto, que lo acosan cuando se cierne, invisible á la tierra, y creyéndose muy cerca de otros mundos...

Largo rato permaneció de pie sobre la aislada piedra, con los ojos fijos en el Oriente por donde el día se acercaba con rapidez. De pronto batió las alas, voló un corto espacio hacia adelante, rozando con las garras las copas de los árboles y las aristas de las rocas, y entonces se remontó vigoroso, de un solo impulso, hasta una inmensa altura, desde la cual emprendió su peregrinación por las desconocidas y remotas rutas del firmamento.

Pero en seguida el cuadro de la gruta se ofrece más animado, más risueño, más gracioso. Empiezan á salir uno á uno, con aire grave y pensativo, los habitadores de la sombría vivienda, hasta formar bien pron-

to un enjambre movedizo y bullicioso, con sus medias voces de tonos y modulaciones incalificables, retozando á pequeños saltos sobre una ancha terraza de piedra laja, persiguiéndose unos á otros, girando en reducidos círculos, yendo á posarse en una piedra muy próxima, ó en la copa de un árbol, de la que era fuerza levantarse antes de asentar todo el peso, porque la rama se encorvaba crujiendo; entrelazándose los arqueados picos, los cuellos sin plumas y las garras negras; jugaban como niños, locos de contento, al sentir los primeros tibios rayos del sol de invierno que se levantaba disipando las brumas, mientras dos ó tres viejos patriarcas, inmóviles, soñolientos, desvelados, los contemplaban impasibles, como abuelos rodeados de sus nietos, indiferentes en apariencia á los encantos del nuevo día que lentamente volvía el vigor á sus alas entumecidas. Los polluelos salieron también á ensayarse en los primeros ejercicios atléticos; emprendían vuelos cortos seguidos de un cóndor viejo, como para adiestrarlos y protegerlos en cualquier desfallecimiento, y regresaban después á la terraza de la gruta, donde los esperaban otros que á su turno partían á los mismos paseos.

Era el espectáculo de una familia numerosa y feliz, en la cual las ocupaciones se

comparten con método y se ejecutan con matemática uniformidad. Luego, cualquier ruido extraño, el relincho de un huanaco asustadizo, el derrumbe de una piedra desquiciada, el grito de un campesino que pastorea su ganado, traen súbita alarma al seno del pintoresco cuadro; todos, menos los chicuelos, toman la fuga por las sendas aéreas, en direcciones distintas, hundiéndose los unos en vuelos oblicuos, en abismos insondables, desapareciendo los más entre las serranías laterales, ó perdidos de vista por la distancia.

Desierta quedó la granítica vivienda, y ni un leve ruido salía de sus entrañas. Sentí viva curiosidad de penetrar en ella, y descubrir por mis propios ojos el secreto de aquello que yo creí una guarida de brujas, ó un salón subterráneo de la corte universal de Luzbel. Seguido del criado traspasé el dintel, tan alto que no me fué preciso inclinar la cabeza; marchaba sobre un pavimento de grandes rocas encarnadas, y por debajo de una bóveda cuyos troncos y arcos no se derrumbarán sino por el sacudimiento terrestre que derribe la montaña misma; porque el admirable arquitecto que la construyera no hizo más que horadar una mole compacta con el más sutil y poderoso de los instrumentos—el agua—experimentán-

dola con la más irrefutable de las pruebas—los siglos.

A cada palmo que adelantaba, la obscuridad se hacía más profunda, y nuestras voces repercutían con esa resonancia propia de los subterráneos; pero luego fuimos sorprendidos por una claridad que parecía venir de una alta claraboya abierta en la parte superior del cerro; y al llegar á donde el haz de luz hería el fondo de la cueva, miré hacia arriba, y muy alto, á través de la abertura por donde respira el pulmón de la montaña, pude ver el azul del cielo, y algunas aves cruzar por delante de él, como se ven pasar los corpúsculos errantes de la atmósfera por el campo de un telescopio. Reinaba el silencio; ni una respiración, ni un graznido, ni un murmullo que denunciasen la presencia de seres animados. Los cóndores habitadores de la caverna la habían abandonado, para volver á la noche á ocupar sus nidos cavados en el granito por las filtraciones incesantes, ó por las férreas garras en alguna blanda masa de greda ó arcilla; y también, formado de ramas de árboles de la comarca, en la época de los amores, cuando todas las aves circulan por el espacio llevando en los picos gajitos secos, manojos de paja mullida y amarillenta, hojarasca desprendida por el viento, para pre-

parar los lechos de las futuras madres, y al mismo tiempo las cunas en que han de abrigar á sus pequeñuelos. Hacia arriba la gruta se extendía en graderías imperfectas pero practicables, y en los muros veíase amplias cornisas, nichos de imágenes ausentes, hendeduras y cavidades que parecían otras tantas grutas laterales, cuyos fondos quedarán ignorados para siempre de los hombres.

A la media luz de la inaccesible boca de la cueva, vi lo que puede llamarse el nido del cóndor; y en verdad, invitan á la reflexión más grave, la rígida desnudez y la pobreza estoica del lecho en que descansa de sus viajes imponderables el rey del mundo alado de América. El impera sobre las cumbres, domina las más altas tempestades, asiste invulnerable á los ventisqueros aterradores y á las erupciones volcánicas; preside á la formación de las nieves en la nube y en la roca, lucha victorioso con las más bravas corrientes atmosféricas, rompiéndolas con el borde de las alas, sin alterar la serena majestad de su vuelo; sacrifica para su alimento multitud de seres vivientes, y conoce tesoros ocultos por los cuales la humanidad promovería guerras exterminadoras: y no obstante, su vivienda es una gruta fría y desnuda, que el viento

azota, el rayo calcina y la lluvia anega; su nido es el hueco de la piedra donde rara vez descansa su cuerpo, manteniéndose de pie, cubierto con su propio plumaje, cuando no pasa las noches á la intemperie, solo como un espíritu maldito, sobre la última roca de una cima ennegrecida por el rayo, contemplando el eterno y mudo rodar de los mundos luminosos, y á sus pies la sombra de la tierra, inmensa y difusa como el vacío en que resonó por vez primera la palabra de Dios. ¡ Problema impenetrable es ese, sin duda: la vanidad de nuestra miserable naturaleza humana no se sacia jamás de poderío, de esplendores y de fugitivas grandezas terrenales, mientras hay seres que repudiando lo que ella adora, insomnes eternos del pensamiento y de la hermosura, luchan sin reposo contra las leyes de la vida, con la única esperanza de alcanzar la región de la luz sempiterna, de la contemplación infinita de la belleza originaria é imperecedera!

Sí; el cóndor es un ave simbólica, de esas en cuyas formas y hábitos los pueblos sintetizan los más altos ideales; el fénix mitológico era la encarnación de un estado del espíritu; el águila representa otra tendencia del alma humana; el cóndor, hijo de la América, tan antiguo por lo menos como

su edad histórica, es la más alta, la más grandiosa representación de sus destinos en la vida y de los caracteres predominantes de su naturaleza; y limitando la extensión de la idea, puede decirse que él sería un emblema perfecto de las inteligencias superiores, de los que iluminan la marcha de la historia desde las alturas del pensamiento puro, libre, impecable, que no abandona la órbita invisible pero real en la cual ejercita su fuerza increada, y desde la cual envía á los hombres, en forma de creaciones y de dogmas, las verdades sucesivas, arrancadas de misteriosas y primitivas fuentes.

¿Dónde están esos focos de luz, que de tiempo en tiempo, de siglo en siglo envían á la humanidad sus rayos salvadores, encendidos como fanales para alumbrar senderos desconocidos, en la tiniebla donde se descamina y desorienta conturbada y desviada de los caminos rectos? ¿Por qué cada uno de los que constituyen la peregrina grey de Adán no ve la misma antorcha, ni oye la misma voz, ni siente la misma inspiración en medio de la selva obscura? Cuando el hombre, el pueblo, la multitud de los pueblos vagan extraviados en el desierto de las pasiones, de los horrores ó de los instintos rebelados, enciéndese una nube en el Sinaí, y hablan los relámpagos con

la voz del trueno, levántanse las miradas á la cumbre, y una sublime visión, un hombre anciano como la sabiduría, enseña los ígneos caracteres reveladores del misterio que perturba los sentidos, los afectos, las inteligencias. Avanza en filas ordenadas y al son de cantos marciales por la ruta abierta, durante otros siglos, y la intrincada selva cierra nuevamente el paso, y los gritos de desesperación y de angustias llegan á las alturas envueltos en densas sombras. Pero arde de súbito el incendio; al resplandor de las llamas que iluminan el espacio aparece una mano fulgurante, señalando el derrotero, y se oye una palabra profética: los pueblos la escuchan, la obedecen y resuenan de nuevo los himnos marciales. Pero los que no alzaron la cabeza para contemplar la nube encendida por el rayo, ni la aparición celeste al rojo fulgor de la hoguera, quedaron aprisionados para siempre entre las zarzas y las breñas del bosque tenebroso; y ya no repercuten sus gritos de dolor ó de furia, ni se despejan las nieblas, ni voz alguna les habla desde el firmamento.

La historia es una inmensa llanura donde alternan á vastos intervalos los desiertos inconmensurables con los oasis regeneradores, los laberintos sin salida con los valles de verdor eterno y corrientes de cristal, y

la raza humana, viajera sin reposo, no tiene otros guías que los astros, las cumbres, los relámpagos y los incendios, pero siempre la luz y las alturas. Por eso los pueblos que se salvan, marchan con la mirada fija en las cimas y el pensamiento en el ideal, y en todos los tiempos hicieron de las grandes aves emblema de ese instinto, de ese anhelo insaciable de lo alto, de lo desconocido, de lo sobrenatural. ¡Oh, si mi patria no olvidase que hacia el occidente se levantan las cumbres más elevadas de América, y que más arriba de ellas tiene su región soberana el cóndor de los Andes; que por ellas cruzaron las legiones heroicas de otro tiempo, llevando una gran luz como signo de redención y un pensamiento como arma invencible, con cuánta claridad aparecería sobre el fondo azul del firmamento la visión del porvenir, que en vano busca hoy en horizontes nebulosos é indecisos! ¡Allí, sin apartarse nunca de sus montañas amadas, el cóndor espera sin cesar, inquieto, silencioso, ora perdiéndose en alturas infinitas para divisar más lejos, ora emprendiendo viajes á regiones remotas, la hora de entonar su primero y último canto, el canto de la gloria, levantando entre su corvo pico hasta los astros un jirón de esa bandera que tiene el azul de su cielo y la nieve de sus

cumbres, para ungirla con luz de sol á la vista de dos mares!

Desierta está la guarida de los cóndores; el esplendor del día los seduce; la ignota ley de su destino los impele á errar por los aires, y á ellos se lanzan todos, dispersos, sin más consigna que escudriñar lo recóndito y emplear la potente garra para alimentar, fortalecer y prolongar la vida. La madre asiste á los hijos jóvenes en los trances peligrosos, vuela lo que ellos pueden volar, y cuando los rinde la fatiga, reposan sobre una roca, para emprender de nuevo la peregrinación. Muchas veces, no obstante, se los ve revolotear en enjambre á grandes alturas, en círculos concéntricos, alrededor de un solo punto, y sin que su ronda parezca tener fin; todos miran hacia la tierra, al fondo de un valle ó al interior de una selva. ¿Quién ha tocado la llamada que los congrega desde tan remotas distancias? Uno de ellos olfateó ó divisó la presa al pasar, y levantándose á enorme altura, para que lo vieran los más lejanos, comenzó á girar sobre aquel paraje, donde una víctima olvidada del cazador, la mula viajera caída de cansancio, ó la cría abandonada al nacer, por el ganado ó el rebaño, ofrecen alimento á todos los cóndores de la comarca. Aquella es la señal convenida de reu-

nión, y uno á uno van llegando y siguiendo al primero en sus círculos interminables, hasta hacer imposible contar el número, y hasta nublar levemente el sol, como una negra tela que el viento removiese sin cesar; y parecen acometidos de vértigos ebrios de dar vueltas por la misma órbita; la vista se fatiga en vano siguiéndolos, porque ninguno desciende al plano mientras un vago peligro, la presencia de un observador, un viajero que costea á lo lejos una falda del monte, una nubecilla de humo que anuncia vivienda humana, les advierten que el festín va á ser interrumpido, ó que tal vez ha mediado el ardid del hombre para darles caza.

He observado mil veces esta escena, ya durante mis viajes, ya desde el viejo corredor de un rancho de la hacienda, perdido entre los valles de la montaña, ó entre las rocas de una ladera pastosa. Mas quiero situarme en lugar solitario para transmitir lo primitivo, lo salvaje, lo grandioso. El día se ausentaba, y el enjambre de los cóndores seguía girando con la misma estoica serenidad en remolinos innumerables; repercute de súbito el eco de un ruido extraño, que las ráfagas conducen de muy lejos, el relincho del potro indómito que pace y retoza en sitio distante, ó una piedra que se desquicia y se estrella con estrépito detrás

de un cerro vecino, y se ve entonces á uno de los buitres desprenderse sólo de la ronda, y volar hasta el punto donde resonaron el relincho ó el derrumbe, volviendo en seguida á continuar la jira. Si durante el día no han desaparecido sus temores, no abandonarán la región, aunque la noche los sorprenda; antes bien, la esperan porque á su amparo, y cuando todo descansa, ellos descenderán al fin á gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole jirones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una víscera: el corazón desprendido de sus profundas raíces; el hígado chorreando sangre negra; los intestinos dispersos ó enredados como cuerdas entre aquel laberinto de plumosas y calludas patas, que se los disputan, estirándolos para cortarlos en pedazos. Allá uno ha enterrado sus férreos ganchos en la cuenca del ojo inmóvil de la víctima, y apoyado en la pata izquierda tira con fuerza hercúlea; óyese un seco estridor de fibras y músculos que se rompen, y el corvo pico rasga después la suplicante pupila.

El cuadro se desarrolla en un rincón tenebroso de la selva; la hambrienta banda ejecuta la fúnebre tarea sin darse reposo; sólo se desprenden del conjunto los fatigosos resoplidos de la horrible y trágica faena, y de tiempo en tiempo gruñen y graznan, ahogados por los trozos engullidos aprisa, para volver más pronto á renovar la ración sangrienta. Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo; cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, ó porque antes se agotara la provisión, empiezan á levantarse como á escondidas, volando á las rocas próximas, donde limpian los picos frotándolos como cuchillos contra la piedra. Entonces comienza á adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y por breves instantes se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales, ni en las tinieblas de las noches pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno ó por las convulsiones internas... Después, un gigantesco rumor de alas que azotan el aire y las ramas en medio del abis-

mo, y á desparramarse de nuevo más arriba de los altos dorsos de piedra, en el espacio estrellado, por donde sus sombras se desbandan como nubes de tormenta que el viento dispersa de súbito. ¡ Ya pagó su tributo á la miseria de la carne el señor ideal de las etéreas comarcas; el misterio, la obscuridad, velaron el acto salvaje, el momento prosaico del rey de los dominios inmensurables de la luz!

Para apresar á este osado ocupante de la hacienda ajena, sólo en virtud de ese derecho inventado por los fuertes y los poderosos, el hombre ha debido recurrir á la astucia y al veneno, porque se siente incapaz de perseguirlo en su vuelo, y porque sólo así la humanidad ha podido vencer á los grandes rebeldes á sus leyes y á sus dogmas. Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando, conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada á la voracidad de las aves carniceras, él espera la noche para tender la celada á los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima á alturas increíbles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero ungüento la carne muerta, y escondido

á larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, ó en paraje cerrado por tupidas é impenetrables ramas, aguarda la catástrofe. El hambre congrega á la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación é inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de una prolongada abstinencia; y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que los agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables; se esfuerzan por huir, y se revuelcan como ebrios; abren los picos, untados aún en el cebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando postreros graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, rasgándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las en-

trañas, hasta que por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan su cuerpo al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en toda su extensión las gigantescas alas, expiran...

XX

UNA CACERÍA

Debíamos en breve tiempo abandonar por muchos años la tierra nativa, para ir al célebre colegio de Monserrat á emprender nuestros estudios superiores; mi padre mantenía el secreto, y aquella visita á las montañas, donde tenía la hacienda hereditaria, era la de despedida. Nada nos dijo entonces, por temor de entristecernos, y sólo ponía todo su cuidado en hacernos gozar con hartura de los espectáculos de la naturaleza y con las escenas de la vida campestre, en las cuales tantas veces fuimos actores durante la infancia. Yo sorprendí su conversación con el capataz una noche, á la hora en que todos dormían sobre sus camas de viaje tendidas en el suelo, dentro del patio del rancho de pirca, limitado por un cerco de largas vigas amarradas en doble hilera sobre gruesos troncos, como para resistir al empuje de los toros, cuando embisten encolerizados ó luchando entre sí.

«Estos pobres muchachos—decía mi padre, con profunda melancolía—¡quién sabe cuándo volverán á estos lugares en que han sido tan dichosos! Yo me siento viejo, y una enfermedad incurable va consumiendo mi vida: hasta tengo miedo de separarlos de mí, porque quizá no vuelva á verlos... Mañana, al salir el sol, disponga la gente de la estancia, y los perros y todo; nos pondremos en marcha, porque quiero mostrarles los límites de lo que ha de ser suyo cuando yo muera, y para entretenerlos, hágalos ver una *corrida* de huanacos.»

Yo lo oí, y cubriéndome hasta la cabeza, me puse á llorar convulsivamente. La partida á Córdoba, en Marzo, era para mí una separación eterna; y ya pude explicarme la tristeza de nuestro pobre viejo, y por qué se quedaba siempre solo detrás de la caravana cuando marchábamos; por qué guardaba silencios tan prolongados y por qué se esforzaba para reir y darnos bromas, mostrando un buen humor excesivo y extemporáneo.

Pero muy pronto vino á distraerme el movimiento de los aprestos para el viaje, las llamadas á los campesinos para mandarlos á traer las bestias, las órdenes minuciosas del capataz, los fuegos encendidos para hacer luz y para preparar el desayuno de los

expedicionarios, los cantos y los silbidos de los peones, cuando en medio de la obscuridad se internaban en las quebradas donde pacían las mulas, los bramidos del ganado en todas direcciones, multiplicados al infinito por los ecos de tantas serranías.

Entretanto venía el alba, asomándose como muchacha enclaustrada por las rendijas abiertas entre unos y otros picos de la sierra vecina, y empezaba á correr ese airecillo helado de las mañanas montañesas, quedado como una memoria del invierno que se va, y un anuncio de la primavera que llega; pero que viene á verter en nuestro ambiente todos los aromas de otros valles distantes, y á levantar ese olor peculiar de las aglomeraciones de ganado, que hace abrir las fauces con avidez, en vez de cerrarlas con repugnancia. Centenares de terneros encerrados por la noche, claman casi con acento humano, todos á un tiempo, por la ubre materna, alzando un vocerío aturdidor. Las mujeres de la hacienda salen luego con grandes cántaros y tinas, asentados en la cabeza sobre el *pachiquil* hecho de hojas de retamillo ó de algarrobos nuevos, y arrollados en los desnudos pero fornidos brazos los *tientos* para amarrar las crías impacientes, mientras ordeñan. Corremos á presenciar esta faena y á aprovechar la le-

che recién salida, caliente, confortante y coronados los vasos de espuma, que sorbemos á todo pulmón.

En otro sitio se sacrifica una vaca para el avío, recogiéndose en bateas la sangre para los galgos y los «bulldogs» de presa, los amigos de cuya compañía y auxilio no es posible prescindir; y en aquella época gozaban de fama y de respeto en toda la comarca dos de ellos: Humaitá, el rey de la jauría, corpulento y membrudo como un león, y á cuya fuerza no hubo novillo embravecido ni venado gigantesco que resistiesen; y Curupaytí, menudo como ardilla, pero astuto sin rival para elegir la parte donde había de morder á la presa cuando se apartaba del *rodeo,* promoviendo el desbande de los demás, y así, dejábala sin movimiento, ó entre todos la derribaban. Respetábamos á Humaitá, así como á un semidiós de la fuerza; queríamos á Curupaytí porque era travieso y cariñoso con los amitos, mientras en el primero veíamos un señor terco y grave, gruñidor y déspota, que, si bien no nos ofendía, nos trataba con cierto desdén. Mi padre lo amaba con locura; confiaba en él la vida, como en una potencia sobrehumana, y por el eco de sus ladridos huecos y estentóreos, y por el vigor de su férrea musculatura, lo bautizó

con el nombre de la fortaleza paraguaya, donde tan alto resplandeciera el heroísmo argentino. Manteníase siempre á su lado cuando dormía en las soledades desiertas del monte, con la cabeza erguida sobre el robusto pecho, extendidas las manos en actitud de emprender un súbito ataque y con los ojos abiertos, brillando como carbones incandescentes á la sola claridad de las estrellas, y aun en el seno insondable de las neblinas.

Alegre y bulliciosa emprendióse la marcha por un amplio y pastoso valle con ondulaciones de ola mansa al principio, y luego con asperezas y sinuosidades, ángulos y desfiladeros propios de esa región salvaje y primitiva, donde sólo transitan los ágiles huanacos y las cabras monteses. Marchaba á la cabeza la jauría capitaneada por Humaitá, con su lugarteniente el festivo Curupaytí, al costado; el primero grave y silencioso, con aire de portaestandarte real, el segundo movedizo y desordenado, saliéndose á cada instante del grupo para disolver alguna reunión de *caranchos* ó de cuervos, ó perseguir una *llanta* solitaria, ó un *yacopollo,* que bebía á pequeños sorbos el agua de algún agujero horadado por las lluvias sobre las piedras de los torrentes. Humaitá lo mira de reojo, entornando las pu-

pilas enrojecidas con gesto de reprensión más bién paternal que de dominio, y sólo se permite una variante á la monótona regularidad de su trote, cuando en los espesos matorrales de *garabato,* entre los olorosos bosques de *chilcas,* ó las verdes selvas que en las márgenes de los arroyos forma el *palanchi,* de grandes y aterciopeladas hojas, asoma la cabeza altanera algún torito retozón y engreído, amenazándolo con su aspecto bravío, como de mozo pendenciero. ¡Eso sí que Humaitá no lo tolera! y lanzando su ladrido formidable, que repercute de cumbre en cumbre, de un salto descomunal se precipita sobre el osado provocador, á quien el súbito espanto pone en fuga hacia arriba por las empinadas pendientes, hasta que el noble perro, satisfecho su legítimo orgullo, vuelve, como sonriendo de una travesura, á recobrar su puesto en la columna viajera.

Plácido está el día y lleno de sol otoñal que no deslumbra ni quema, pero aclara la atmósfera hasta hacer perceptibles los menores accidentes del cielo y de la tierra, ya fuese en las más lejanas serranías, ya en los valles vistos de tiempo en tiempo por alguna abertura repentina, entre dos conos eminentes; porque los senderos, ora buscan el lecho arenoso de las corrientes, ora costean

y ascienden en ziszás los planos inclinados de las cuchillas, erizados de peñascos y de zarzas, ó remontando hasta las cumbres mismas, nos permiten pasear la mirada por los cuatro vientos, dominando horizontes remotos en cuyos fondos turbios ó azulados se dibujan al Occidente los Andes limítrofes, al Oriente la llanura inmensa, que sólo termina allí donde los anchos ríos, con el caudal inagotable de sus vastos senos, vierten en el Océano el limo fecundo de la tierra argentina. Allí hay que suspender la marcha, porque los ojos se difunden en el espacio abierto, las almas sienten impulsos de alas gigantescas por lanzarse más arriba de los más altos vértices, y los pechos detienen su batir incesante para absorber en un diástole prolongado la infinita plenitud de los aires... Sacuden el espíritu ansias de dar un grito inarticulado y salvaje, que fuese como el estridor de un clarín del empíreo, evocador de mundos extintos, que llegase á sacudir las aristas esfumadas de los volcanes más remotos y á sublevar las olas de los mares invisibles.

Alegre y bulliciosa sigue la partida; los ecos multiplican en diversos tonos los ladridos de los perros y los gritos y las risotadas de los peones, puestos de buen humor por la perspectiva de la fiesta; las mulas, con-

tagiadas del general contento, relinchan también, y con las narices abiertas al aire pleno, lanzan resoplidos formidables, como á media noche, cuando presienten al león en las proximidades del paraje donde pastan, y cuando retozan sueltas de su carga y servidumbre. Pero ya nos acercamos al valle amplio y dilatado, donde los huanacos acostumbran congregarse á tomar el sol, á revolcarse y desflorar la hierba naciente, siempre en grupos capitaneados por el *relincho* de alto y redondo cuello, el cual, al propio tiempo que gobierna la tropilla, se encarga de vigilar los caminos y dar la primera señal de alarma, apenas ha divisado el polvo sutil que levantan las cabalgaduras, ó ha percibido con oído finísimo sus pasos cautelosos, mientras descienden las cuestas ó marchan ocultas entre los matorrales de las quebradas.

Cuando la entrada al valle se acerca, hay que combinar el plan de ataque, porque las tropas de huanacos, descuidadas y en abandono, pacen ó descansan sobre las blandas arenas que las crecientes dejaron aglomeradas, formando el tapiz mullido de las vegas. Distribúyese las gentes según el plan estratégico para cerrar las salidas á las ágiles manadas, para evitar su fuga del círculo de cazadores, y para facilitar la carrera y el

funcionamiento del lazo y de las *boleadoras* en terreno abierto, ó bien para obligarlas á pasar por parajes estrechos, donde serán aprisionadas sin más recurso. Cuando cada uno ha ocupado la posición señalada, las cinchas están bien seguras, los lazos armados y fuertemente fijos por la presilla del extremo, los perros, los héroes del combate, gruñen de impaciencia, sujetos del collar, esperando el grito de guerra.

Hay un momento de solemne agitación en todos los pechos, y de pensar en los peligros que antes el entusiasmo no dejó calcular ni prever. Nosotros, mi padre y mis hermanos, apostados sobre una colina dominante, presenciamos con las emociones más profundas y diversas el cuadro que comienza, la escena de corte épico, iniciada con espantoso estrépito de relinchos de furor, aullidos de pelea, gritos desesperados y desacordes, tropel de angustiosas carreras, crujidos de ramas rotas, alaridos feroces ó dolientes de lucha á muerte, y todo reproducido por los ecos y cubierto por nubarrones de polvo.

Humaitá, contenido con gran esfuerzo por los gritos de su amo y por la mano férrea de un negro atlético, no pudo esperar más tiempo, y lanzando un ladrido que estremeció las serranías, cual un toque de carga en trompa guerrera, dió la señal de la

lid, y de un solo salto, un salto inverosímil, cayó de improviso en medio de la tropa, como desde el follaje de un árbol cae de súbito el tigre sobre el rebaño que pasa. Un relincho agudísimo y doliente, mezcla de furor y de espanto, le responde, y levantando un torbellino de arena la manada emprende desesperada fuga.

Los galgos de cuerpo flexible y elástico, descuélganse á la vez desde sus escondrijos, y cual si obedeciesen á una orden militar, cada uno elige la presa que ha de perseguir y aprehender; el viejo, el hercúleo Humaitá, como esos reyes de los tiempos heroicos que combatían á la cabeza de sus soldados, busca entre el tumulto al padre, al jefe de la tropa enemiga, un enorme huanaco de alto y musculoso cuello, de corpulencia colosal y de carrera tan veloz, que apenas puede distinguirse su contacto con la tierra; el noble perro le sigue de cerca, sin pararse en breñas, ni en rocas, ni en hendeduras, sobre las cuales salta como si tuviese alas invisibles, y de tiempo en tiempo interrumpe el terrible silencio de aquella persecución á muerte con ladridos de furia y de amenaza, que redoblan el espanto y la desesperación de la gigantesca presa, y difunden por el aire presentimientos fúnebres.

Pero el valle no tiene salida salvadora, y

así que el huanaco perseguido embiste á la boca de la quebrada espinosa y profunda para escapar por sus sendas impracticables, asoman los cazadores, apostados para cerrarle el paso, amenazándolo, aterrorizándolo, aturdiéndolo con boleadoras lanzadas á los pies, con golpes secos sobre el guardamonte, y gritería infernal repetida y multiplicada por la repercusión; el huanaco, que aun no ha vencido el horror de la primera sorpresa, al estrellarse en nuevos y mayores peligros no ya relincha, sino ruge con estridentes voces, y para huir á otros rumbos, para salir ileso de la emboscada y del ataque del perro, pronto á saltar sobre su grupa, tiene que atacar á su vez con tanta fuerza, que más de un jinete rueda derribado por su empuje, logrando inutilizarlo mientras desvía el salto de Humaitá, para precipitarse de nuevo en busca de otra senda accesible y tramontar los muros de aquel campo de batalla; hasta que convencido de sus inútiles estratagemas, espera extraviar al encarnizado agresor, y conducirlo á paraje propicio para librarle combate singular, y morir luchando con la fuerza postrera, que suele ser irresistible.

De pronto, el grupo fantástico de Humaitá y su presa, desaparece de nuestra vista detrás de un espeso bosque de arbustos y

de piedras, hacinadas como columnas en ruinas, y sólo oímos el eco de los ladridos y de los relinchos que se alejan. Han tramontado una cuchilla del cerro y se han lanzado por sitios desconocidos, donde nuestro viejo Humaitá se pone en peligro inminente de caer en precipicios ignorados, ó rodar por los despeñaderos. Mi padre no puede contener la ansiedad, y montando á caballo corre detrás de sus huellas, llevando consigo otros jinetes; nosotros le seguimos también, trepando al galope por las subidas escabrosas, rasgando los matorrales al abrigo de nuestros guardamontes, costeando abismos, saltando sobre anchas y hondas aberturas del terreno.

Después de una fatigosa y agitada carrera, llegamos á contemplar la última escena de un drama lúgubre; en un paraje solitario y abrupto, cubierto de talas y *molles* gigantescos, Humaitá logró dar caza al infatigable relincho, el cual, convertido en héroe por su propia desesperación, ha vuelto el frente á su enemigo, y luchan cuerpo á cuerpo, entrelazados como dos serpientes, jadeantes, rendidos, y próximos á caer exánimes. Nuestra presencia, aunque á larga distancia, pareció infundir nuevos alientos al pobre perro, porque le vimos incorporarse de súbito, hundir sus dientes en la

garganta del adversario, que cayó á sus pies con todo el peso de la extenuación y la fatiga. Humaitá mantúvose así, sin soltar la presa, hasta que las dificultades del camino permitiéronnos llegar hasta él.

Encontrámoslo ya más bien como un amigo que guardase el cadáver de un compañero caído en una jornada común, en la misma clásica actitud de sus guardias nocturnas, sentado sobre las patas y con la cabeza inclinada, mirando tristemente en los grandes y negros ojos de su víctima los últimos reflejos de la vida que se ausentaba. Tenía el cuerpo acribillado de heridas, la cabeza abierta como á golpes de maza, y cuando mi padre puso sobre su cuello la mano cariñosa, el noble guardián de su sueño se recostó á sus pies lloriqueando y como pidiéndole que no se apartase de su lado. Rodeámoslo todos con cierto religioso respeto. Imponíanos silencio el aspecto del cuadro: la sangre corría de su cuerpo, vertía de sus plantas desolladas por las asperezas del granito, y chorreaba de algunas venas abiertas por las espinas ó por los dientes de la víctima durante la lucha. Resolvimos permanecer en aquel sitio hasta que el bravo, el leal Humaitá recobrase alientos para la vuelta.

Del otro lado de la cuesta llegaban toda-

vía los gritos de los cazadores y los ladridos de los galgos. La lucha continuaba, y vamos pronto á asistir á otros episodios que no deben dejar de aparecer en estas páginas, donde, por lo menos, han de adivinarse las costumbres y el temple de la gente montañesa. El resto de la manada perseguida ha perdido ya la esperanza de la fuga, y entre el terror, la fatiga y la cólera, sólo atina á correr y correr hasta caer rendida, ó extraviar á sus perseguidores entre el laberinto de la montaña.

Aseguradas las salidas del valle con los adiestrados y sumisos perros, que no abandonan la guardia, aunque sean ardientes los impulsos de lanzarse á la carrera para lucir la ligereza y el vigor, los forzudos jinetes dispónense á emplear el lazo tradicional del paisano argentino. Uno de los mozos de la estancia, invencible en la maestría con que lo maneja, ha tomado por ayudante al veloz y flexible Curupaytí, el cual sabe á maravilla y con ardides sólo de él conocidos, obligar á la presa á pasar por el sitio conveniente; y cuando á toda velocidad, dando saltos y relinchos desesperados, cruza al alcance del tiro siempre certero, agita el brazo robusto, y el lazo vuela en ondulaciones elegantes, llevando abierto en su extremidad el círculo opresor, como si un atleta arrojase el

arco en juegos olímpicos, á envolver el cuello de un huanaco gigantesco; es el momento de la ansiosa expectativa, que dura un instante, mientras el lazo se desarrolla en toda su longitud; porque la presa, al sentir sobre el cuerpo el anillo que va á estrangularla redobla la rapidez de la carrera, para cortar de la *estirada* el lazo, arrancar las cinchas que lo sujetan á la montura, ó derribar del golpe á caballo y caballero. Pero no: ya aquel lazo tiene glorias conquistadas en las duras jornadas de la hierra; resistió la fuerza de toros tanto más bravíos y rebeldes al *bramadero,* cuanto por más tiempo vivieron entre las serranías, entregados á los placeres de la libertad y de la lucha con sus rivales.

—¡ Sí, tirá con ganas—gritaba el mozo con orgullo;—este lazo no se corta nunca, porque es de tu propio cuero!—El huanaco, al llegar el instante supremo, inclinó la cabeza para forcejear mejor; pero todo fué inútil; aquella cuerda que más bien parecía de acero, crujió con un sonido de fibras pulsadas en su máxima tensión, penetró el anillo en el tronco del fornido y velludo cuello, oyóse un ronco estertor, y el animal, detenido de súbito por la contracción violenta del lazo, cayó de espaldas con sordo estrépito y desgarrador gemido.—¡ Hola!—

gritaba el mozo envanecido;—¡mi lazo no se corta nunca!—Y era porque lo había construído con piel de huanaco, la cual, según los estancieros de mi tierra, resiste las más formidables pruebas.

Curupaytí ya estaba al lado de la víctima caída, caracoleando y haciendo piruetas para mostrar que se le debía la mitad de la gloria. Asemejábase á esos valientes llegados á última hora, desnuda la espada, jadeantes, encendidos los rostros, lamentando no haber sido ellos los que hubiesen expuesto la vida en la pelea; corrió en seguida hacia nosotros, zarandeándose como una coquetuela, lamiéndonos las manos, entre gimoteos de gozo, para decirnos que había sido él el vencedor. Curupaytí era el clown de la partida; sus prodigios de velocidad y de astucia eran siempre celebrados por sí mismo con gracias infantiles y zalamerías provocadoras de aplausos.

El hombre de la montaña todo lo poetiza, con esa fecunda imaginación acostumbrada á volar con la libertad de las aves; y esa facultad, nutrida además por las infinitas supersticiones á que vive sujeto su espíritu, hace de cada fenómeno ó accidente, ajenos á la vida cotidiana, motivo para un canto triste, para una leyenda fantástica, para una tradición perdurable. Aunque pálida y des-

colorida esta descripción de la caza primitiva, ella constituye en la vida montañesa uno de los espectáculos más sorprendentes é interesantes, no ya sólo para el paisano habituado á sus emociones de actor, sino, en más alto grado, para el observador, ajeno á las influencias de aquel medio.

Cada uno de los detalles de esos cuadros es una fuente de hondas impresiones artísticas, difíciles de concebir si no se las ha recogido por la experiencia, y más arduas aun de pintar, si no se llega á imprimir al lenguaje la misma rapidez y la misma infinita riqueza de tonos y de elementos salvajes, diré así, los cuales, no por haber quedado fuera de la cultura moderna, son menos ricos en colores, en imágenes y en asuntos. La magnitud del teatro, las proporciones inmensurables de los obstáculos á la acción humana, la rudeza nativa de los actores, esa inconsciencia estoica del peligro para jugar con la vida como los niños con sus muñecas, son agentes que antes ofuscan y ciegan el criterio, que lo conducen y lo iluminan. En aquella cacería he visto episodios de eterna impresión, por lo inverisímiles al simple entendimiento, y por el terror que me causaron al verlos realizados por seres de mi especie.

Uno de los jinetes de la partida, montado

en diestro caballo montañés, provisto del guardamonte y del lazo tradicionales, seguía con aturdido entusiasmo, por dar alcance á uno de los huanacos de la manada, el cual corría sin que lo detuviesen las selvas espinosas ni las afiladas cumbres. Pronto el grupo parecía diminuto á nuestros ojos, y oíase el estrépito con que rodaban al fondo de los abismos las piedras derribadas á su paso. A veces ocultábanse á la vista, cual si ambos se hubiesen derrumbado juntos en un precipicio, y luego, con nuevo asombro, volvíamos á verlos asomar sobre alguna eminencia, el huanaco dando saltos fantásticos, el jinete revoleando su lazo, siempre á la espera de tomarlo á tiro, azuzando á su caballo y desesperando á la presa con gritos agudos, destemplados, horribles, que llegaban á nosotros, traídos por el eco, como si fuesen de un demonio sanguinario que persiguiese por las serranías un alma fugada del infierno; levantábanse á su paso bandadas de cóndores, sorprendidos en sus festines ocultos, y ávidos de ver el fin de aquella atrevida ascensión, adivinando una nueva víctima; los relinchos del fugitivo nos llegaban unas veces como carcajadas siniestras que anunciasen la muerte del cazador temerario, y otras como sollozos de desesperación ó de angustia, de impotencia ó de fa-

tiga. Luego los perdimos de vista por completo; no venía el eco á revelarnos nada; los cóndores desaparecieron del espacio; una bruma opaca se extendía sobre el teatro de aquella escena, en la cual vislumbrábamos un sombrío desenlace, y todos guardamos silencio como si orásemos por el alma del esforzado campesino. Mi padre, con voz temblorosa por la emoción, ordenó marchar en su auxilio, aunque no volviesen nunca si no le hallaban. Todos partieron seguidos de los perros, y cuando la noche empezó á encender sobre nuestras cabezas los astros, la tristeza de nuestros corazones era más fúnebre. Los ruidos nocturnos venían y pasaban sin una noticia. Encendimos el fuego de aquel *rodeo* melancólico, y á sus resplandores rojizos veíase el cuadro que formábamos, mi padre sumido en el más caviloso silencio, á su lado Humaitá en su actitud escultórica de mastín medioeval, despidiendo de las pupilas chorros de luz al reflejo de los tizones, y nosotros, poseídos de un vago terror, en el cual había, lo recuerdo muy bien, mucho de las supersticiones recogidas en los cuentos del fogón, y de la creencia en el Diablo, habitador de aquellos fantásticos laberintos.

De pronto y nuevamente irguióse el noble perro, miró á mi padre y corrió hasta

el límite de los reflejos de las llamas; volvió en seguida lleno de júbilo, y miraba hacia la obscuridad como diciéndonos: ahí vienen. No tardamos en sentir el tropel de las cabalgaduras, y luego los ecos de las conversaciones de los jinetes. Humaitá retozaba y se daba vueltas sobre la arena: quería decir que el cazador volvía salvo y sano de la peligrosa jornada. Nuestro grupo tornóse bullicioso y alegre; los perros de caza eran recibidos por el viejo mastín, quien parecía hablarles en secreto, ó recibir de cada uno el parte de la misión cumplida. Curupaytí esquivaba el saludo á su venerable jefe, y todo por no dejar de inferirle un agravio, ó porque se sintiese ya satisfecho y orgulloso de alguna proeza realizada en la expedición; vino hacia nosotros é hízonos algunas morisquetas, como para advertirnos de la broma que jugaba al rey de la jauría; pero éste ya no podía tolerarlo, y acercándosele, le puso sobre el cuello una de sus manos de león, y un gruñido tosco y mal humorado bastó al travieso Curupaytí, para comprender que el viejo Humaitá no estaba para juguetes, ni para permitir que se le faltase al respeto.

Toda nuestra ansiedad—pasadas las escenas peculiares de esas llegadas de campesinos á un fogón de la montaña, y sus mil pe-

queños incidentes vistos al rojo resplandor del fuego siempre vivo—se contrajo á inquirir del cazador rescatado el relato de su brava expedición, de los peligros, de los accidentes, de la suerte del huanaco perseguido. El mozo, entre avergonzado y creyente, nos confesó que tal vez á esa misma hora iría aún corriendo tras él, porque se había encarnizado con la caza, y propuesto no volver al campamento sin una señal, por lo menos, de su triunfo; pero cuando llevaba más terreno adelantado, y quizá á punto de alcanzar la presa, ésta, de improviso, introdújose en la *Quebrada del Diablo.* Recobró él, entonces, por primera vez la conciencia de sí mismo, recordó la historia de ese paraje misterioso, de donde no vuelve cazador alguno, y comprendió que aquel huanaco apartado de la tropilla, sin que los obstáculos, ni los ardides de los galgos, ni la fatiga lo detuviesen, era el mismo Diablo, que hacía tanto tiempo, convertido en venado, había conducido al infierno al pobre perro Yankee, y hubo de lograr igual cosa con el campero enviado en su auxilio, si un pensamiento parecido al suyo no le hubiese advertido el riesgo irremisible.

Interesóme ardientemente la historia, apenas esbozada en el relato del campesino, y prometió referírmela esa misma noche,

así que reposara de la fatiga, y mientras el fuego ardiese y el sueño tardase en sellar nuestros párpados, nuestros oídos y nuestros labios.

Hacía muchos años, mi padre viajaba por uno de los ásperos senderos de esa montaña, seguido de algunos peones y llevando consigo al perro favorito, de nombre Yankee, cazador invencible de los venados más corpulentos. Descendían por una falda montuosa, cortándola al sesgo, en líneas quebradas mil veces para disminuir las pendientes y bordear los abismos, con ese tardo paso de las mulas serranas, que cuidan de su jinete cual si conociesen los peligros del vértigo en esas alturas y perspectivas, atrayentes como el vacío, donde los ojos pierden la libertad, para no mirar sino las lejanas y microscópicas sinuosidades de un arroyo que brilla en el fondo como serpiente luminosa, ó si no, las trémulas palpitaciones de la bruma, amontonada en los profundos senos, abiertos entre unos y otros de los inmensos macizos escalonados sin término. Aquellas espirales del camino son eternas; el viajero va sumergiéndose sin sentirlo, como en cráteres apagados de volcanes que hubiesen antes abortado moles inmensas, y á medida que se acerca al vér-

tice de esos ángulos invertidos, siente ansias de volver la vista hacia las cumbres, y ver como van desvaneciéndose en el azul del cielo, las rocas admiradas antes por sus colosales proporciones. La fatiga viene pronto, á cada momento, á exigir descanso; las bestias detiénense á respirar asfixiadas; el espíritu, sacudido por emociones no comprendidas, siente también el peso de un mundo de sombras, apagadas las fuerzas expansivas y como amarradas las alas entre sí.

Era más de mediodía cuando los viajeros hicieron alto en un desván del plano inclinado, sobre el cual deslizábanse con sordo tropel de herrados cascos, resbalando sobre la senda pedregosa. Todos formaron círculo, acostados sobre las mantas de viaje, y en medio del silencio y de la quietud de la siesta; sólo Yankee, el bravo cazador é inseparable compañero, no reposaba un instante. Iba y venía de carrera, corría hasta encaramarse en altos conos, desde donde divisaba con mirada fija hacia uno de los ángulos de la montaña; diríase que presentía algo sobrenatural, porque sus movimientos eran bruscos, como si sintiese deseos de comunicar graves presentimientos, y renegase desesperado por no tener palabra. Comenzaban todos á preocuparse y á temer

del acecho de alguna fiera, agazapada entre los matorrales; pero el bravo mastín lanzó de pronto un ladrido, que estremeció con impresión extraña á los viajeros, y cuyos ecos alejáronse por encima de las cumbres, y abalanzóse en son de ataque sobre un venado de inmensa corpulencia, de piel primorosa, de cornamenta extraordinaria, que acababa de levantarse de entre un agrietado montículo, mirándolo con ojos de desafío. Emprendieron ambos hacia el fondo de los despeñaderos la carrera, la persecución á muerte; y no pudiendo seguirlos la vista, oíase el estrépito á lo lejos, como el de una tempestad que se fuese de prisa, batiendo marchas fúnebres con el redoble pavoroso de sus truenos...

Toda señal era inútil para que el pobre perro volviese. El sol se ocultó detrás de una cumbre, y la noche anunciaba ya su llegada con difusas oleadas de sombras, que caían á apiñarse en la quebrada, á hacer más densa cada vez la obscuridad. Cuando se lograba un momento de silencio, mi padre disparaba sus armas de fuego, para que los ecos llevasen á Yankee la señal; y si á esa llamada no respondía, pues le llegaba, de seguro, así se hallase en el paraje más remoto, era porque ya no volvería más el noble amigo, ó porque, herido ó muerto, es-

taría abandonado de los suyos, perdida la esperanza de socorro, ó próximo á entregar su cuerpo atlético á la glotonería de los cuervos. Fué forzoso enviar en su auxilio. La noche era negra ya, muy negra, y hacia el fondo de la quebrada no se percibía sino tinieblas, repercusiones sepulcrales, murmullos terroríficos, y sólo alzábanse de ella visiones demoníacas envueltas en nimbos de rojiza vislumbre.

La noche fué de horribles ansiedades en el campamento; nadie hablaba sino para recordar hazañas del perro amado, del cazador sin rival, del guardián celoso é insomne en los peligros nocturnos, y del auxilio irreemplazable en las homéricas faenas de la hierra, cuando había que derribar los novillos salvajes, ó reducirlos á prisión dentro de los corrales de la hacienda del Huaco. Entonces Yankee hacía la tarea de muchos hombres, vencía con fuerza y astucia los toros enfurecidos, así lo atacasen bramando para despedazarlo con sus afilados cuernos, ó ya corriesen por entre las marañas de los talares espinosos á buscar refugio en las cumbres.

El nuevo día alumbró los senderos del precipicio, y entonces pudo verse al campesino, volviendo en silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y escalando ape-

nas, sobre la fatigada mula, las arduas pendientes. Venía solo y triste.

—¡Yankee ha muerto, Yankee se ha perdido para siempre!—fué el grito íntimo, el pensamiento de todos al ver acercarse al jinete, cuya marcha parecía tanto más lenta cuanto más acelerados eran los latidos de los corazones que esperaban sus nuevas. Cuando el pobre paisano pudo llegar al campamento, mi padre le interrogó impaciente, y el campesino, todavía agitado y con visibles muestras de terror en las facciones de bronce, no tuvo sino pocas palabras reveladoras de una psicología y creadoras de una leyenda:

—«Señor, llegué hasta el fin de la quebrada, y he visto á Yankee seguir corriendo al venado por una cueva sin fondo, donde ardían árboles y piedras, y brotaban llamaradas de azufre; el perro y el venado seguían corriendo uno tras otro sin darse caza, y los dos, arrojando chorros de fuego por los ojos, se perdieron en la gruta, pasando por medio de las llamas. Oí unos ruidos extraños, sentí que los cerros se estremecían, y unas voces desde el fondo de la tierra me amenazaban, y he visto al Diablo sentado en la puerta de la cueva; le mostré la cruz de mi cuchillo, recé unas oraciones y di la vuelta; la mula huía es-

pantada; no podía contenerla; y vi que me seguían unos animales desconocidos, arrojándome chispas, pero sin acercárseme, porque les mostraba por encima del hombro la señal de la cruz. Sólo cuando asomó la mañana dejaron de perseguirme los demonios. ¡Era uno de los diablos, señor, ese venado, que ha venido á llevar á los infiernos al pobre perro!...»

Cuando en su lenguaje rudo, pero sensiblemente conmovido, el joven paisano concluyó su relato, yo no podía mantenerme sereno, ni mis ojos dejaban de clavarse con nerviosa impulsión en la obscuridad, hacia donde se extendía la misteriosa *Quebrada del Diablo,* tumba del perro legendario de la estancia de mis padres, y objeto de íntimos temores de parte de las gentes que transitan con los ganados por todas las sinuosidades de la montañosa comarca.

Los tizones de la hoguera iban apagándose bajo la capa de sus cenizas, como las pupilas de un moribundo cuando va ausentándose la vida; y con el fuego que se extinguía, empezaron á llegar las ráfagas de la noche, empapadas en rocío, como para borrar de un golpe los últimos átomos de calor de las cenizas amontonadas. No pude dormir; volvieron á mi cerebro las ideas de

la partida, de la ausencia de mis montañas, de gentes y pueblos desconocidos y distantes, de la enfermedad de mi padre, la soledad en que quedaría el huerto plantado de olivos, naranjos y rosales en nuestro hogar de Famatina; la escuela donde tantas cosas me habían sido reveladas, y por último, viniéronme amagos de sollozos cuando presentí ese porvenir incierto, velado y sombrío, ese vacío indefinible que empieza desde la separación del hogar, desde que se entra en la adolescencia, desde que se comienza á ver la vida, á sentir sus realidades y á profundizar sus inmensurables abismos...

XXI

LA FLOR DEL AIRE

Antes de abandonar el terruño nativo, quiero hablar de la *flor del aire,* el adorno y el orgullo de mis montañas, como quien buscase embriagar el alma en el momento de la partida, con un perfume favorito que mantuviese durante la ausencia vivos los recuerdos. Yo me alejaba sin término conocido, con inquietudes indefinidas y con tristezas vagas en el fondo de mi ser; por eso absorbía con ansia la naturaleza, sin darme cuenta del anhelo íntimo por condensar en esos últimos coloquios muchos de aquellos años futuros, inciertos, incoloros, que en vano trataba de sondear.

Si alguien lee este libro, salvando riscos, matorrales, cumbres y precipicios, oyendo sólo rumores gigantescos, cantos extraños, alaridos salvajes y estrépitos ensordecedores; si ha llegado á concebir, á través de sus informes páginas, la grandeza de la montaña, debe también saber que ella tiene

escondida en medio de los peñascos y de las marañas, en sus laderas y en sus abismos—como fuente misteriosa de la poesía tierna y sentimental, de esa poesía de las almas enamoradas de la belleza pura é ideal—una flor diminuta y blanca, comparable solamente á lo más suave é incorpóreo que es posible imaginar dotado de formas materiales.

Los que no han nacido en las montañas de mi tierra, ó en la selva inculta que las viste como de una coraza erizada de garfios, y llegan á contemplarlas de cerca, imagínanlas desnudas de ornamentación riente y colorida, de tonos suaves y blandos, de efectos acariciadores y somnolientes, de flores aromáticas y de avecillas de canto refinado. ¡Oh! yo no quiero dejar viviente esa calumniosa opinión, y en nombre de la belleza olvidada, de la virgen poesía desconocida, y del alma de la patria errante en la vasta región de las cumbres, he de contar sus maravillas, sus peregrinaciones, sus soledades; he de decir lo que ella dice en las noches de luna, desde el borde invisible del témpano de hielo, por el dulce rumor de la ráfaga serena; desde la copa del árbol, atalaya del valle risueño, por la canción de zorzales, jilgueros y calandrias, trovadores enamorados y vagabundos, poseídos del divino mal de la armonía, imitadores adora-

bles de los tonos secretos del granito, desde el fondo de las quebradas, por la juguetona y embrollada palabrería de los torrentes, mientras corretean y saltan, con algazara de locuelas desnudas en baños ocultos; y he de hablar ¡oh, sí! de esas flores montañesas, nacidas y renovadas en generación incesante sobre las grandes peñas, en las ramas del bosque, sobre el lecho de las vertientes silenciosas, en la estrecha abertura de las grietas, en las planicies elevadas, en las faldas de los macizos, como para bordar sobre sus rostros adustos filigrana graciosa, encaje ligero ó sonrisas infantiles; he de hablar de todas ellas, porque son la suntuosa corte de la reina de las flores americanas, porque son la inagotable corriente con la cual ella enamora y adormece, satura y embriaga de inmaculada poesía á la tierra y al cielo.

La *flor del aire* no tiene hogar limitado; nace sobre la roca escueta como sobre el árbol centenario, sobre la corona rubia del cardón gigante, lo mismo que entre los espinosos follajes de los talas; su región es el espacio, su alimento un soplo de savia y de frescura comunicado por las otras plantas, ó por la ráfaga mensajera; porque ella no tiende á descender de la tierra, sino á levantarse, á desvanecerse como su perfume

mismo en el éter sutil; porque es, antes que una flor, un rayo de luz modelado en la forma, en la forma de los lirios místicos, con tres pétalos de suavísimo y casi volátil tejido, con la blancura y el aroma de la virginidad seráfica; porque es el alma de la tierra, y encarnada en tan delicioso cuerpo vive encima de ella, impregnándola de su aliento, que es gracia y amor. Pero no siempre se ostenta á la mirada y al tacto de la naturaleza, porque la brisa del otoño y el frío del invierno convertiríanla en gota de agua y en grano de nieve; por eso cuando ellos reinan sobre la comarca, se oculta dentro de sus verdes urnas, para reabrir los albos broches á los cariños de la primavera, y multiplicarse y brindarse á los hombres y á las aves, fecundada por misterioso connubio con la luz radiante y encendida del estío.

Si no fuese un alma y no tuviese vida extraterrena, no podría vivir más lozana y rica de su aroma cuando más arde la tierra bajo los candentes soles estivales. El fuego que caldea la atmósfera, apenas la obliga á replegarse en sí misma, para ocultar adentro del cofrecillo de sus hojas la esencia riquísima, para conservarla y verterla luego sobre los valles, ó enviarla hacia las eminencias de la montaña, sobre el ala micros-

cópica de las mariposas ó de los vientecillos errantes. La selva que borda los caminos se cubre con sus flores, reproducidas con pródiga profusión, y en las horas del desfallecimiento y de la fatiga, aspira el viajero con deleite inefable el perfume regenerador, difundido en el aire, como si hadas invisibles de las cimas estuviesen vaciando á escondidas todas las esencias que su reina guarda en las grutas encantadas. Y luego, cuando el largo crepúsculo montañés empieza á dibujar sobre el cielo, con nubes de mil colores, sus paisajes prodigiosos, y la penumbra de las serranías cubre la planicie lejana, ¡con cuánta esplendidez y magnificencia abren las flores del aire sus cálices blancos! Diríase que un enjambre de vírgenes aladas aparecía sobre las selvas inmensas, desplegando toda la deslumbrante desnudez de sus cuerpos de nieve.

Tesoro infinito de fantasías y de sueños reserva aún para el amante de la montaña, cuando viene la noche y las estrellas brotan sobre el fondo obscuro, como lampos de fuego arrojados al azar desde el abismo. A su débil claridad, la flor del aire, erguida entonces, arrogante y amorosa sobre su tallo, parece despedir reflejos luminosos, y encender la tenue vislumbre á cuya vista acuden con levísimo rumor miriadas de se-

res animados, seducidos por la magia de su hermosura, y formando su ejército innumerable, esparcido por toda la comarca; y al amparo de la noche, vuelven de sus correrías y expediciones al llamado misterioso de la divina emperatriz, la cual, sentada sobre su trono de verde follaje, los espera sonriente y perfumada, vestida para la regia audiencia con intangible manto de luz. Observemos desde la piedra del torrente vecino, mientras la espuma salpica nuestras sienes, y el rumor de las pequeñas cascadas nos convida á la fantasía y al delirio, todo el aparato de aquella corte imperial, abierta al aire pleno bajo un dosel de estrellas y sobre tapiz de flores tributarias.

Rápidos, y como apresurando el vuelo por la tardanza, empiezan á llegar los caballeros de la reina, vestidos de fuerte armadura y coronados por dos focos de verde y radiosa luz, que alumbra su ruta por las tinieblas, á través de los zarzales y de las hendeduras graníticas. Son los generales de la inmensa multitud de luciérnagas de foco intermitente, difundidas por los ámbitos del imperio, á conquistar en parajes distantes, con el beso de las flores de otras regiones, el néctar escondido entre sus senos virginales; al llegar al pie del solio, adelántanse los jefes, y van á posarse sobre uno de

los pétalos de la *flor del aire,* envolviéndola en sus luces siderales, cual una corona de astros, y liban un átomo de miel de sus labios, más frescos y más puros que la gota de rocío; y asentándose sobre las hojas del árbol que les sirve de alcázar, esperan la llegada de sus infinitos ejércitos, caballeros y damas, que vienen, los unos con ese grave *rum, rum, rum* de la flecha que va cortando el aire, montados los otros sobre corceles alados—las ráfagas veloces—y las últimas, bulliciosas y entonando en coros apenas perceptibles, cantos de alegría, reflejando á la incierta claridad de las estrellas el brillo de sus joyas, dones de la madre naturaleza, que las adorna con los encantos de esos mundos microscópicos despiertos sólo por la noche, y en las horas plácidas de la primavera y del estío.

¡Cómo bulle y hormiguea en torno de la sede real todo aquel maravilloso universo! Pero para percibir sus rumores, es preciso que el oído se concentre sólo en ellos, y para contemplar todo el esplendor de esa nocturna congregación, sería necesario que una magia ideal bañase el cuadro con un golpe de luz intensa, y entonces aparecería en esplendente apoteosis la más bella de las flores: apoteosis tributada por todo un mundo desconocido, diminuto, casi invisible,

porque es esa alma de la montaña, esparciendo su efluvio por todas las regiones vecinas, ya en forma de llamitas vivarachas y fugaces, ya sobre el ala de mil insectos que vuelan desparramando por toda la región las esencias de las flores, ya, por fin, sobre vientecillos errantes, conductores de acentos vagos, de notas perdidas y de diálogos melodiosos, sostenidos á media voz con los astros inmóviles. Y mientras este extraño espectáculo bulle y rumorea en torno, el aroma de la flor, esparcido por el ambiente, remueve, sacude en el fondo del cerebro los ensueños desvanecidos, evoca en ese espacio infinito idealizaciones nunca presentidas, cuadros fantásticos bañados de luces y colores intensos, y en cuyo fondo se agitan personajes y objetos esplendorosos, profusión de todo lo que maravilla y ofusca, enjambre movedizo de visiones que aparecen en formas indefinidas, porque sus contornos se desvanecen en la luz y viniendo á posarse sobre la frente ó los labios, á hacernos sentir el tacto de sus alitas perfumadas y frescas como el beso de un niño recibido en sueños.

¡Qué sublime, qué plácida inconsciencia del mundo exterior, y qué amor á lo grande, lo supremo, lo divino, en medio de ese éxtasis, en el seno íntimo de la montaña,

allí, junto á su corazón, sintiendo su latido interno, oyendo sus secretas confidencias traídas por los millares de mensajeros de su alma difusa! Os creéis, sin duda, y con toda la sensación de la realidad, reclinados sobre el seno de la mujer querida, ausente ó deseada; sentís caer sobre vosotros los reflejos de sus miradas, la onda embriagadora de su aliento, escapado entre las dulces palabras de la pasión, y la caricia casi impalpable de su mano, posándose tímida sobre el cabello, así como ese airecillo perezoso de las noches de estío, cuando encantada la naturaleza de su propia hermosura, ni siquiera se estremece una hoja, ni se altera la cadencia de la música nocturna, ni rielan los astros, inmóviles por temor de despertarla. ¡Ah! daríais la vida, toda la vida, porque no se desvaneciese aquel encanto, por pasar sin sentirlo de la existencia material á ese otro mundo de la imaginación, de la idea, en el cual seríais uno de tantos geniecillos alados, incorpóreos, pero radiantes de sobrehumana belleza. Yo no quiero transmitir en estas páginas, que llevan mi alma, impresiones engañosas ni mentidos sentimientos; pero he de decir que en esas horas de contemplación y de soledad, en medio de la montaña, y sobre la roca enhiesta bañada apenas por la vislumbre de

las estrellas, he sentido fuerzas é impulsos extraños, que me aislaban de la tierra y de sus gentes, incitándome á abandonarla, á difundirme en el cielo entrevisto en la meditación; he sentido llegar á mi pensamiento, como un torbellino de nubes tormentosas, todas mis afecciones humanas, los vínculos y las leyes que atan al hombre sobre el planeta, pidiéndome revoltosos y encolerizados la libertad absoluta, y allí, tan cerca de los astros, de la sombra infinita, de la nada pavorosa y absorbente, he deseado mil veces tender los brazos y arrojarme inerme en el vacío.

Tiene la *flor del aire* entre las avecillas nativas una compañera, un ser como ella, blanco con su misma blancura, y de plumaje suave como sus hojas. Llámanle en mi tierra *la monja,* porque siempre vive triste, piando tan bajo como si orase en secreto, y porque nunca se ha sabido de cierto la novela de sus amores ni de su nido; diríase que es también otro espíritu huérfano, errante, en busca de una redención prometida, ó condenada á llorar por las selvas del mundo la perdida ventura. Ella no huye de los hombres, sino cuando se acercan á tocarla, y entonces parece en su fuga una hoja seca, una pluma de cisne levantada por el aire pasajero. El alma de la gente montañesa

es poética, sensible, y ha indagado la historia del pajarillo melancólico. Sabe que fué una joven, enamorada de un imposible, de un caballero del bosque, de un Lohengrín de ignorado y quizá celestial origen; vivieron mucho tiempo solos, amándose y cantando juntos las canciones más apasionadas, pero de un amor ideal y místico que nunca debía convertirse en fuego de himeneo. Su idilio era así, tan delicioso como íntimo; deslizábase á la orilla de las silenciosas vertientes, á la sombra de los *aromas;* alimentábanse de las plantas silvestres y bebían el licor de las flores en la hora del alba, cuando en el fondo de los cálices aparece depositado como en copitas de cristales de colores. Empezó un día el caballero á ponerse triste y pensativo, callaron en su garganta los cantares y una sombra tenaz obscurecía sus ojos transparentes. Y una tarde, fué en la primavera, mientras encima de una roca contemplaban el juego de las nubes alrededor del sol poniente, oyó el caballero misterioso una nota penetrante, como de música religiosa que brotase de un templo aéreo; sintió un mágico flúido correr por su sangre, y durante un breve sueño que nubló los ojos de la amiga, convirtióse en un pájaro de pintadas plumas, y emprendió el vuelo hacia donde parecía

surgir la música extraña... Despertó la virgen de su sueño, y viéndose sola, púsose á llorar desesperada, loca, delirante; luego corría hasta el borde de los precipicios, hasta las cimas desde donde pudiese divisar horizontes remotos; llamaba, llamaba sin cesar, sin oir otra respuesta que la del eco burlón y cruel, que la engañaba siempre, repitiéndole cien veces sus llamamientos quejumbrosos é inútiles. Cuando había pasado la noche, recorrido las cumbres, implorado á los astros y á los vientos, se sintió desfallecer, apagarse su voz, y cual si se evaporase su carne de rosa entre los perfumes de la alborada, cayó su cuerpo extenuado sobre un tapiz de flores rústicas... Y de allí surgió después una avecilla blanca como la virginidad, y ceñía su cuello impalpable una cinta negra, como símbolo de una eterna despedida. ¡ Ah! desde entonces vaga y vaga por todas las comarcas, asentándose en los árboles á mirar hacia el fondo de los llanos, sobre la flor de los empinados cardones que coronan las últimas rocas del cerro, y así vivirá sin término, llorando en secreto su dolor, hasta que, convertida en rayo de luz, se desvanezca en la irradiación del astro del día.

Sí, los pueblos de la montaña son inocentes, infantiles y amigos de símbolos poé-

ticos; sus amores son idilios ternísimos, cuya historia se condensa en una flor guardada sobre el corazón hasta secarse, en un ave cuidada con solicitud religiosa, en una estrella contemplada á solas mientras conversan mudas las almas; ¿y cómo no ha de ser la flor del aire el símbolo delicioso de esos amores primitivos, llenos de rubores y delicadezas, de esos sentimientos tan virginales y candorosos, si ella tiene todas las cualidades del amor ideal? La joven adolescente que empieza á soñar con las primeras visiones del amor, á sentir cómo nacen en su corazón esos anhelos vagos de adorar y de consagrar sus caricias á otro ser, apenas se aproxima la primavera, comienza á recoger de los árboles de la selva, y á tejer con ellas una corona, las plantas de la flor del aire, eligiendo las más frondosas y ricas de savia, para que, adheridas al muro de piedra ó de *quincha* de su vivienda, den allí, muy cerca de su lecho humilde, su florescencia, cuando les llega el tiempo á todas las flores de abrir los broches ocultos y de embalsamar todo el ambiente. Diríase que entonces la naturaleza se ha vuelto loca de pasión, y á manos llenas, cantando alborozada, arroja esencias y perfumes para que todo ame y cante como ella el himno eterno del amor victorioso. ¡Cuánta gracia y do-

nosura prestan al rancho solitario de la ladera florida, aquellas coronas salpicadas de albos capullos! El viajero que pasa, escalando los caminos, puede decir entonces: «allí palpita un amor naciente, ansioso por asomar á los ojos y á los labios». ¡ Feliz, feliz mil veces el que recoja la primera mirada, la primera promesa de esas almas, abiertas al mismo tiempo que se abren á la luz las flores del aire!

También allí en medio de las montañas, forja el amor poemas inagotables; son sus heroínas las muchachas nacidas entre los esplendores de la primavera, en el corazón de los bosques entretejidos de marañas y trepadoras, al rumor del follaje del árbol protector, ó los cantos de las aves selváticas. Se aman allí los corazones como se juntan dos zorzales á anidar en un solo gajo; y se cuentan sus cuitas y sus deseos en un lenguaje sin palabras, pero desbordante de adivinaciones maravillosas, de fulgores tropicales, de cadencias agrestes. El amante se esclaviza en redes tendidas por la más inconsciente magia femenina, porque los torrentes son espejos, y las flores adorno de gracia y de belleza seductoras. Las flores del aire, tan blancas, tan cristalinas, resplandecen como diadema de brillantes sobre la cabeza de ébano, ó prendidas en desorden

sobre la trenza renegrida y abundosa; y cuando el pacto íntimo de la pasión se ha sellado por fin, junto al arroyo cercano, y ocultos por las tupidas enredaderas del bosque ¡con cuánta emoción la mano de la joven campesina las desprende de sus cabellos para darlas en prenda de la fe jurada, mientras las pestañas negras velan sus pupilas, y una ráfaga de fuego enciende la mejilla morena!—«Guárdalas sobre tu corazón, ámalas como á mí, porque llevan mi alma y mi vida»—son las palabras que allá, en lo más hondo de su ser, susurran sin asomar á los labios, pero que el amante escucha como transmitidas por el flúido misterioso que ha confundido sus dos vidas. Pero ese talismán sagrado ha de volver á su dueña, el día en que el juramento se cumpla al pie de la imagen de la Virgen, en el pueblo vecino, y cuando entre músicas y cortejos nupciales, vayan á ocupar el nido de los amores suspirados. ¡Cuántas veces he contemplado en esos albergues escondidos entre las altas serranías, escenas como aquella, digna del arpa del *Cantar de los cantares,* con todo su colorido bíblico, su intensidad salvaje y su místico perfume! Son en vano allí la ciencia de la vida y el refinamiento de la cultura, que nos hacen percibir ante todo y repudiar lo grotesco y lo

prosaico; la naturaleza nos absorbe las facultades, nos transforma los sentidos, nos disipa las nociones adquiridas, nos embriaga y nos convierte en instrumentos dóciles de sus influencias y hechizos. Volvemos sin pensarlo á la infancia, sintiéndonos capaces de las purezas y de las ternuras de niños; vuelven, como evocados de súbito, los inocentes placeres de aquella edad en la cual nos conmueve una tórtola que gime, nos regocija una flor arrebatada á la corriente, y nos dormimos para soñar con los nidos, con los cantos y con las visiones de la noche. ¡Oh vosotros los sabios y los doctores, que buscáis inquietos los caminos de la dicha, entregad vuestros enfermos innumerables á la sagrada, á la augusta naturaleza; ella arranca las impurezas y las sombras de la vida, despoja al espíritu de la ciencia que lo conturba, lo purifica en el cristal de los torrentes, lo corona de flores inmaculadas, le enseña á seguir la ruta de las aves y á volar hasta las cumbres, desde donde se ve á las miserias humanas desvanecerse, diluírse entre la densa bruma de los llanos!

El escritor que ha comparado la llanura de mi provincia con la Palestina, ha tenido una visión local y por ella ha calumniado al conjunto. Cuando el viajero abandona La Rioja para ascender la montaña, cruza

por un campo desolado y desnudo de vegetación decorativa, pero cubierto de cardones, gigantes, deslustrados y tristes, cual si fuesen columnas de una ciudad derruída, levantándose sobre los escombros desaparecidos. Todo á su lado se cubre de su misma melancolía; parece llorar con ellos la perdida opulencia; pero en el fondo del cuadro se alza la montaña, allí, muy cerca, ofreciendo abrigo, frescura y recreo. Los soles del estío abrasan el aire, y sus rayos devoran los brotes de la tierra, la hierba espontánea de los campos y toda esa vida que forma el matiz y el colorido de las campañas dichosas. ¡Ah! pero los pintores de la Naturaleza, si no la aman y el amor no mueve el pincel, ó la pluma, suelen recibir de ella el justo castigo por su irrespetuosa profanación, porque tiene también sus caprichos, y á veces oculta, como orgullosa de su pobreza, sus mejores y más bellos adornos. ¿Quién, si no ha vivido en su intimidad y su privanza, podría sorprenderla en los momentos de desplegar los tesoros de su hermosura esquiva? Aquellos cactus macilentos y tétricos, que á veces parecen candelabros abandonados de una procesión de cíclopes invisibles, tienen una época de transfiguración y una hora de esplendidez y de gracia: es la época en la cual sus gran-

des flores empiezan á abrir los cálices blancos, y la hora en la cual vierte por ellos, como brindis nupcial á la primavera, una gota de su aroma, como si fuera un soplo de su vida. Es la hora del alba; y debe ser ella la amada preferida, porque apenas pasa su reino fugitivo, la inmensa flor del cardón corpulento se encoge, se contrista y esconde el riquísimo perfume de un instante. Durante la noche, la flor se atavía para la cita cautelosa; van y vienen servidores alados por todas direcciones, unos á traer del arroyo una gota de agua, otros un grano color de rosa ó de oro para matizar su excesiva blancura, y yo he podido contemplar alguna vez un detalle de imperecedera impresión, al pie de uno de esos gigantes espinosos y en medio de una obscuridad profunda: en la cima del cardón abríase una de sus flores, y llegaron en rápido vuelo dos luciérnagas de grandes focos; asentáronse en los bordes de aquel cáliz de nieve, y luego penetraron en su interior, cual si lo hubiesen elegido por lecho nupcial. En el fondo negro de las rocas, la flor fulguraba como una copa llena de licor luminoso, que invitase á un festín á los genios de la noche. Luego vinieron ese silencio y esa brisa precursores de la alborada, y en cuyo intervalo se cruzan la noche y el

día: parece que hubiera emoción en todas las plantas, movimientos de expectativa y de acomodo en las flores, como si diesen el último toque al vaporoso traje de la solemne ceremonia. Cuando la primera franja rosada del horizonte dió la señal, sentí descender una onda de deleitoso perfume, como si aquella flor de lúcido mármol se hubiese inclinado para hacerme libar de su licor celestial á sus bodas con el día naciente. Pero apenas el primer rayo de sol colora las aristas del monte, la esencia de la flor evapórase en el espacio, ó sumérgese en el corazón del tallo colosal, donde no llegan los punzantes dardos; apenas se ostenta ya, durante el pasaje del astro por el firmamento, como uno de esos ornamentos que han quedado solos en un fragmento del capitel desmoronado.

Símbolo sencillo y puro de las almas rústicas, ese aroma sólo se manifiesta al observador amante que sabe arrancar la revelación, así como el sentimiento de aquellas jóvenes campesinas, apenas perceptible al mundo, pero que derraman los tesoros de sus corazones incultos cuando se les habla el lenguaje conocido, el que, como nota unísona, despierta en ellas la armonía hermana; es la voz de la naturaleza semejante á la de los grandes templos, donde el esfuerzo

material no basta, si de lo íntimo del ser no brota al mismo tiempo el sentimiento religioso, el arrebato místico. Entonces el canto tiene resonancias y matices que conmueven y vibran bajo las bóvedas, como si llevase en sus ondas flúidos del espíritu del artista. La naturaleza no es otra cosa que un templo—ya lo dijeron los poetas—donde debe penetrarse lleno de unción y de fe, para recibir de ella las revelaciones íntimas, los dones de sus riquezas ocultas; tonos y ritmos nuevos para las arpas, colores y cuadros desconocidos para el pincel que quiera reproducirla, para la poesía toda su alma y todos sus solemnes misterios!

Para mostrar á los profanos y á los incrédulos, á esos que no ven y no traducen lo que vive debajo de las formas rudas, ásperas ó salvajes, que tiene también las galas comunes de toda la tierra, la flor del aire puede llenar sus manos de mil flores, de las que tejen el tapiz donde levanta su aéreo trono; todas ellas la siguen, escalando los troncos ó los peñascos, arrastrándose á la margen de las corrientes, estirándose y cubriendo de enredaderas los árboles en cuya copa se yergue, como para embriagarse de luz; todas quieren abrazarse á su pedestal, aspirar un átomo de la savia que le da belleza, blancura y esplendor extraordi-

narios. Y todo ese conjunto deslumbrante, la pompa de los colores y de las formas, la gracia de los movimientos y las actitudes ¿qué son sino el atavío real, el decorado suntuoso de la montaña, que aparece, no obstante, como un hacinamiento desmedido é informe de rocas sobre rocas, de cumbres sobre cumbres, de abrumadoras alturas, de aniquilante pesantez y de espantoso y brutal aspecto? Si al ascender los flancos sombríos os asustan el alma las rígidas formas asomadas sobre el abismo, como enormes endriagos forjados por el vino de la bacanal, en cambio ¿por qué no agradecéis con una sonrisa el regalo gentil de la flor levísima, que parece saltar de la caverna medrosa para acercarse á vuestros labios ó acariciaros el rostro? Si os hace estremecer el estruendo de las moles desencajadas, ó del trueno, reventando en las entrañas obscuras, en cambio ¡con cuánta dulzura de acordes y embriaguez de melodías, os invita después á reposar el alma fatigada, sobre el césped de sus manantiales, enviando alrededor de vosotros toda la corte de sus trovadores, y la corriente apacible de sus ráfagas conductoras de frescuras y de aromas! ¡Así como la suprema esencia de la poesía alienta y late en lo íntimo de nuestra armazón humana, un alma invisible, la

fuente de toda armonía, color y perfume, vive y se agita con impulsos creadores en el seno profundo é inexplorable de la montaña!

Cuando después de muchos años, ya convertido en hombre, cubierta de sombras el alma, llena de dudas la mente y de heridas el corazón, he vuelto á la comarca montañosa de aquellos tiempos de mis memorias felices ¡cómo he bendecido la aparición risueña de esas flores, de esos paisajes coloreados por sus tintas frescas, inalterables y siempre nuevas, con que los bordan y animan! ¿Cómo hacer sentir á los que lean estas páginas sin reflejos y sin perfume, toda la intensa emoción de mi espíritu al aspirar otra vez, con la honda ansiedad atizada por los recuerdos, aquella atmósfera impregnada de aromas, semejantes á la inocencia de la primera edad?

Todo un poema inenarrable de ventura, todo un paraíso sepultado para siempre, todo un cielo de memorias dichosas, se iluminaban ante mis ojos, recobraban vida en mi cerebro, contornos visibles, palabra, murmullos y cantos; veía cruzar, medio envueltas en radiante neblina, las imágenes de los seres amados, y todo el suave rumor de aquella vida. Es que tienen las noches estivales, cuando se abren las flores y se aquietan los insectos, y los pájaros y los

astros parecen como adormecidos por un sueño amoroso, un poder invencible de evocar el pasado, el porvenir y lo ignoto; circulan por el aire flúidos que trastornan la visión real, encienden de súbito luces extrañas sobre escenarios de prodigios, y en el alma una sed voraz de ver trocado en certidumbre aquello que más fulgor despide, que más lejos se halla en el tiempo, lo más absurdo y lo único que nos haría dichosos; y sueña y sueña siempre la imaginación, hasta advertir que es ahondar el dolor acercarse á la percepción de la felicidad...

Pero digamos ya nuestro adiós á la montaña; cesen los encantos y los deleites, si han de ser pasajeros, fugitivos, y en breve sólo un recuerdo más; si con ellos sólo aumentamos esta ansiedad sombría que devora los corazones hasta apagarse en la noche final. Yo no puedo ir más allá, porque siento desbordar en lo interior de mi ser, en el fondo de mi mente, palabras que no se pronuncian, estallidos que deben ahogarse, votos solemnes que sólo se formulan sin sonidos, anhelos que no se expresan sino en la confidencia solitaria, allí, sobre la roca aislada de la cima, donde el grito desgarrador se desvanece en el azul, y el alma de la Naturaleza y la sublime majestad de los mundos errantes, puedan sólo escucharlo y

responderle en su idioma. ¡Adiós, pues; al alejarme de esas montañas que sombrean los escombros de mi hogar, y velan el sueño de mis mayores, llevo un recuerdo inmortal: he desprendido de la más abrupta de sus cumbres la más hermosa, etérea y virginal de sus flores, para ofrecerla á los poetas de mi patria como símbolo del arte nacional y prenda sagrada de un himeneo fecundo!